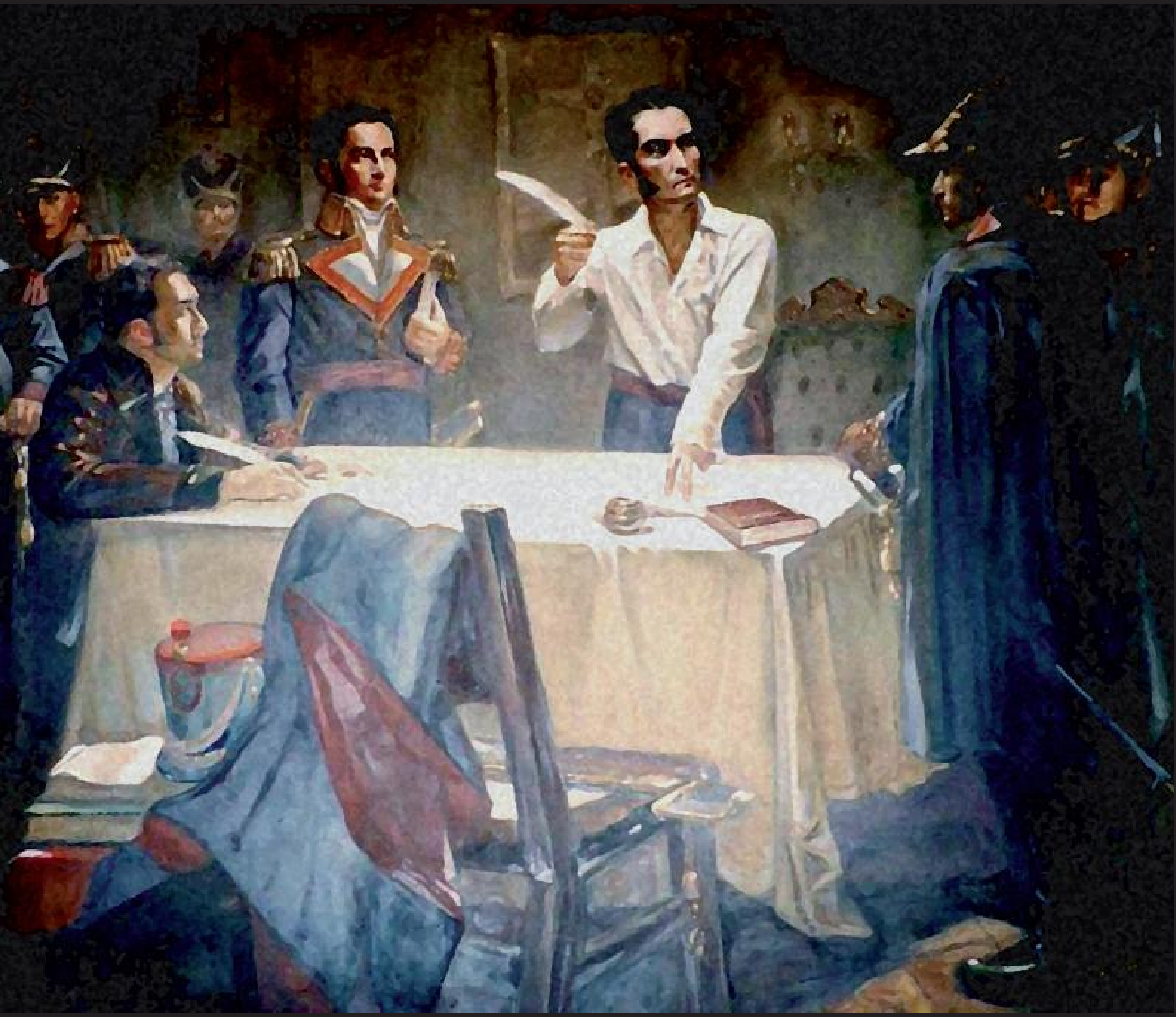
JUAN BOSCH

# BOLÍVAR

Y



# LA GUERRA SOCIAL

Fundación Editorial
el perro y la rana

Juan Bosch

# Bolívar y la guerra social

Fundación Editorial
el perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Edición al cuidado de
Ángel Cristóbal
David Herrera

ISBN 978-980-14-3408-5
DC2018000081

Juan Bosch

# Bolívar y la guerra social

## *AL LECTOR*

Este libro ha sido escrito sin tener a mano las obras necesarias para ampliar a sus últimas posibilidades la tesis que en él se expone. Por ausencia de esas obras el autor no ha podido señalar la fuente bibliográfica de cada cita; éstas se han reproducido copiando las notas que el autor había tomado durante su estancia en Venezuela, especialmente para escribir una biografía del Libertador [1], y en esas notas no figuran las fuentes bibliográficas.

El autor pide excusas al lector por esa falta, pero puede asegurar que el hecho de que cada cita haya sido tomada, y escrupulosamente copiada, de la correspondencia y de otros papeles de Bolívar, así como el hecho de que en cada cita se mencione la fecha de la carta, la proclama o el discurso del Libertador en que figuran sus palabras, permite hallar con facilidad la fuente.

En tres libros aparecen esas cartas, proclamas, discursos y hasta recuerdos: Simón Bolívar, *Obras completas*, Editorial Lex, La Habana, 1947, 2 vol.; Fundación John Boulton, *Cartas del Libertador,* tomo XII (1803-1830), Caracas, 1959, y Biblioteca Venezolana de Cultura, Colección Andrés Bello, *Diario de Bucaramanga*, por L. Perú de Lacroix, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1949.

Desde luego, esas obras no bastan para cubrir el tema en toda su extensión, pues ellas no dan ni el panorama de la evolución económica y social de España, América y Venezuela en el siglo XVIII ni el curso de la vida de Bolívar ni detalles sobre Boves. Acerca de Boves, el personaje más destacado de la guerra social venezolana de 1812, conocemos un solo libro: *José Tomás Boves*, de A. Valdivieso Montano, Editorial González, Caracas, 1955.

---

1. *Simón Bolívar: biografía para escolares*, Distribuidora Escolar, S.A.,Caracas.

Venezuela es un país de abundante bibliografía histórica, que en los últimos años ha estado siendo ampliada con estudios de especialistas en el aspecto económico y social del pasado venezolano; pero no es fácil hallar fuera de Venezuela obras nacionales debido a que la mayoría de los libros de historia del país es para consumo interno y de escasa circulación en el exterior. Por otra parte, el autor de este libro no pensó que iba a escribirlo en circunstancias un poco azarosas, en un nuevo exilio, de manera que el lector debe perdonarle, entre otras fallas, la ausencia de fuentes bibliográficas.

Ojalá que a pesar de esa falta, el lector encuentre en él algo de interés.

*Juan Bosch*

Aguas Buenas, Puerto Rico, abril de 1964

# PRIMERA PARTE
# Los antecedentes

# I. LAS GUERRAS AMERICANAS

Los hijos de América conocemos cuatro tipos de guerra: las coloniales, las de independencia, las internacionales y las civiles.

Las coloniales fueron cortas o limitadas a pequeños espacios, pero en términos generales crueles y costosas, especialmente en bienes; y entre ellas las hubo desde los ataques de piratas a ciudades marítimas o de tierra adentro, hasta las que se llevaron a cabo para reconquistar colonias tomadas por ejércitos de naciones enemigas de España. Las primeras alcanzaron un número alto y cubrieron de hecho tres siglos —el XVI, el XVII y buena parte del XVIII—; en cuanto a las segundas, dos ejemplos son las reconquistas de Buenos Aires y de la colonia de Santo Domingo, hechas a principios del siglo XIX por fuerzas coloniales en lucha contra ingleses y franceses respectivamente.

Las guerras de independencia tuvieron diferentes aspectos antes de que se perfilaran como guerras nacionales contra los poderes metropolitanos. Casi todos los países de América conquistaron su independencia con las armas, pero es muy difícil hacer una clasificación de conjunto de esas guerras, porque algunas se definieron desde el primer momento como luchas para lograr la independencia, otras comenzaron como movimientos defensivos contra la agresión napoleónica, otras se iniciaron como guerras civiles, en alguno o algunos de los variados matices que presentan las contiendas civiles. Sin embargo, dado que esas guerras se distinguen en la historias de cada país porque terminaron produciendo el establecimiento de un nuevo Estado, se conocen con el nombre de guerras de independencia.

Las internacionales han sido entre dos países, como la de Estados Unidos contra México en el siglo XIX y la de Bolivia y Paraguay en el siglo XX; han sido de varios países contra uno, como la de Brasil, Uruguay y Argentina contra Paraguay; o de un país contra varios como la de Chile contra Perú y Bolivia, ambas en el siglo pasado. Entre ellas hay casos peculiares, como el de la

guerra centroamericana contra los filibusteros, que participó a la vez de características de guerra civil entre nicaragüenses y de guerra centroamericana contra extranjeros que no eran fuerzas de un Estado enemigo; y el de la guerra mexicano-francesa, que era al mismo tiempo una guerra internacional y una contienda civil.

Las guerras más frecuentes en el mundo americano han sido las civiles, al grado que pueblos que no tuvieron guerra de independencia propiamente dicha, como algunos de la América Central, han conocido numerosas guerras civiles.

En América se han producido muchos tipos de guerras civiles, y en ocasiones se han mezclado varios tipos en una sola guerra. Es en ese campo de las guerras civiles donde nuestros pueblos tienen, al mismo tiempo, el renombre más penoso y el terreno de estudios sociales y políticos más rico y más sorprendente.

Las guerras civiles han sido simples, ideológicas y sociales.

Las guerras civiles simples, llevadas a cabo por dos facciones caudillistas que se disputan el poder, han sido las más abundantes y son las que menos deben llamarnos la atención.

A las simples han seguido en número las de cierto contenido ideológico, con una alta proporción de caudillaje en busca del poder, como las de liberales y conservadores, no tan simples como las de facciones caudillistas pero no tan complejas como las guerras sociales, si se exceptúan la revolución liberal mexicana que acabó llevando al poder a Benito Juárez y a la liberal de Venezuela que se llamó Guerra Federal. Además de guerras civiles hechas por los partidos liberales de ambos países, estas dos fueron guerras sociales.

Las guerras sociales fueron las provocadas por antagonismos raciales, económicos y sociales que no tenían solución pacífica. En número, han sido las menos; pero en intensidad y en resultados, han sido las más importantes.

De las guerras sociales americanas, la más compleja fue la de Haití —a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX—, porque tuvo todas estas características: guerra social, de esclavos contra amos; guerra racial, de negros contra blancos; guerra de independencia, de haitianos contra franceses; guerra colonial ofensiva, de haitianos contra la colonia española de Santo Domingo; guerra colonial

defensiva, de haitianos contra ingleses; y guerra civil entre facciones caudillistas, la de Toussaint contra Rigaud.

Entre las llamadas guerras de independencia, la que más ha atraído la atención de los historiadores es la de Venezuela. Hay varias causas para que cautivara la imaginación de escritores, pintores, poetas; una de ellas es la presencia de Simón Bolívar a la cabeza de la facción americana; otra es la participación, en las filas de los libertadores, de figuras militares tan atractivas como el mariscal Sucre y el general Páez —para mencionar sólo dos de la legión de jefes que tomaron parte en la guerra—; otra es el amplio escenario en que se libró la larga campaña militar, y otra es el fruto que dio: cinco repúblicas libres por acción directa y varias más por acción indirecta.

Pero sucede que esa guerra, que cubrió costas de tres mares, llanuras inmensas y montañas gigantes en varios millones de kilómetros cuadrados, no fue una simple guerra de independencia. Pocos acontecimientos históricos, en el mundo americano, tienen causas tan diversas operando a la vez como esa guerra de trece años. Lo que comenzó siendo en 1810 una declaración de autonomía de la provincia de Venezuela y se convirtió en julio de 1811 en declaración de independencia y en establecimiento de un Estado federal —todo ello sin que apenas se derramara sangre—, pasó a ser en 1812 una guerra social que fue creciendo en intensidad, en crueldad y en capacidad destructora, hasta llegar a ser la razón oculta de la vasta acción libertadora de Simón Bolívar.

Los resultados de la guerra social venezolana de 1812-1814 fueron inmediatos y tardíos. Los primeros significaron la destrucción física de la nobleza criolla, los mantuanos que proclamaron la independencia; los segundos resultaron, desde el punto de vista de la lógica aparente de la historia, los más inesperados. Pues fueron los mismos hombres que aniquilaron a los independentistas de Venezuela los que hicieron bajo el mando de Bolívar la independencia de ese país y de varios más, y fue el miedo de Bolívar a que la guerra social venezolana se reprodujera en Venezuela lo que le llevó hasta el Potosí y lo que le hubiera llevado, de permitirlo la situación política internacional, hasta Cuba y Puerto Rico. Bolívar libertó media América porque les buscó ocupación en lugares lejanos a los hombres que podían resucitar en Venezuela la guerra social;

esto es, convirtió en libertadores de Nueva Granada, de Ecuador, Perú y Bolivia a los llaneros de Boves y Morales, y faltó poco para que los llevara a las islas españolas del Mar Caribe, por miedo a que hicieran de nuevo lo que ya habían hecho una vez.

Simón Bolívar no hizo eso de manera inconsciente o por afán de gloria, aunque él amaba la gloria en forma casi desesperada. En muchos de sus manifiestos, en muchas de sus cartas, dejó dichas cuáles fueron las razones que lo llevaron a derramar ejércitos libertadores por lugares lejanos; y no lo dice de manera confusa o sibilina, sino en forma que no deja lugar a dudas.

El país que Bolívar quiso verdaderamente, con pasión casi primitiva, fue el suyo, Venezuela, "Caracas", como le llamaba él en las horas en que se quedaba a solas con los recuerdos de su infancia; y esa Caracas, desorganizada primero por Monteverde y destruida después por Boves, fue la imagen que tuvo siempre en el corazón. Bolívar llegó como Libertador hasta los Andes del Sur porque necesitaba alejar de Venezuela a los que podían reiniciar en cualquier momento la obra de Boves. Vano intento el suyo, pues como las condiciones sociales que hicieron posible la aparición de Boves permanecieron sin transformación, a mitad del siglo XIX, cuando todavía no habían comenzado a pudrirse los huesos del Libertador, Venezuela volvió a ser el escenario de otra guerra social de poder destructor parecido al de la primera.

Esta fue la llamada Guerra Federal. Su jefe no era el asturiano José Tomás Boves sino el venezolano Ezequiel Zamora; su bandera no era la del absolutismo de Fernando Séptimo sino la del liberalismo que predicó Antonio Leocadio Guzmán; sin embargo, a pesar de las diferencias entre las nacionalidades, las ideas y las banderas de sus jefes, la Guerra Federal fue una segunda parte de la guerra social, ni más ni menos. De manera que el miedo de Bolívar había tenido razón de ser, y la historia lo justificó.

La segunda parte de la guerra social venezolana hubiera podido evitarse únicamente mediante la transformación de las condiciones sociales y económicas del país; no, como lo pretendió Bolívar, sacando de Venezuela a los que podían hacerla. Ésos no la hicieron, pero la hicieron los que eran o podían ser sus hijos. Ahora bien, el genio de Bolívar produjo resultados de gran utilidad a la historia americana,

pues con los llaneros que sacó de Venezuela libertó a Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia. Otro con no menos categoría que él hubiera pretendido resolver el problema llevando al patíbulo a los jefes de los posibles revolucionarios —y de hecho, él comenzó a actuar así cuando fusiló a Piar—. A su claro juicio político, pues, hay que atribuir la desviación de la guerra social venezolana hacia una guerra libertadora americana, y no a falta de condiciones para imponer el terror.

Bolívar fue el hombre de la guerra a muerte, el que ordenó los fusilamientos de La Guaira. No le temía a la sangre derramada. De manera que si hubiera creído que con el uso de terror podía evitar el renacimiento de la guerra social en su país, lo habría hecho sin la menor duda. Pero el Libertador sabía que los alcances del terror tienen un límite. El terror puede evitar un levantamiento caudillista, paralizar ambiciones pequeñas, contener durante cierto tiempo una fuerza social. Pero es incapaz de detener para siempre una verdadera revolución.

Ahora bien, en el punto en que se hallaban los conocimientos de la época, hubiera sido imposible que Bolívar tuviera idea de cómo podía evitarse, en forma radical, el renuevo de la guerra social venezolana. La guerra social que inició Monteverde y que encarnó Boves había tenido el propósito inconsciente de igualar a los de abajo con los de arriba mediante la destrucción de los de arriba. Para hacer iguales al llanero sin más amparo que su lanza y su caballo y al mantuano dueño de tierras, esclavos, casas y oro, el camino más corto era hacer desaparecer a los mantuanos; y eso hicieron los soldados de Boves. La igualación no se buscó mediante la creación de un Estado que la garantizara y la mantuviera con la autoridad de la ley; se buscó mediante la destitución del mantuanismo; la guerra social venezolana de 1812 a 1814 fue, pues, destructora, no creadora. Sólo Bolívar trató de buscarles, y les ofreció, una salida creadora a los que la habían hecho.

Desde el punto de vista del historiador que busque un ejemplo puro de fenómeno histórico, la guerra social de Haití tiene más definiciones categóricas que la de Venezuela. En Haití hubo la lucha de los esclavos contra los amos, y en Venezuela no sucedió eso, aunque con Boves pelearon esclavos fugitivos. La libertad de los esclavos vino a alcanzarse en Venezuela en 1854, es decir, cuarenta años después de haber

terminado la primera guerra social. En Haití, además, hubo la guerra racial, de negros contra blancos; y si bien en las filas de Monteverde y Boves abundaban los negros, los zambos, los mulatos y hasta los indios —y sin duda el factor racial fue un ingrediente de mucha importancia en la lucha—, la verdad es que también había blancos, y la lista de éstos puede ser encabezada por los jefes, los propios Monteverde y Boves. La guerra social haitiana fue llevada a cabo por negros de Haití contra blancos franceses —si se exceptúa aquella parte de la guerra en que combatieron haitianos contra haitianos bajo el mando de Toussaint L'Overture de un lado y Rigaud del otro—, mientras que en la de Venezuela pelearon de un lado españoles y venezolanos contra los venezolanos de todas las razas que estaban con Miranda, primero, y con Bolívar al final.

Para convertir esa guerra social en nacional libertadora —es decir, de independencia—, Bolívar decretó en 1813 la guerra a muerte. Mediante el debatido decreto de Trujillo, el joven general mantuano dividió a los combatientes de la guerra social en dos bandos: españoles y venezolanos. En ese momento, Bolívar pretendía separar a los jefes de la guerra social, que eran españoles, de los venezolanos que les seguían. Pero sucedía que en la lucha estaba presente, aunque en medida menos importante, un factor que podríamos calificar como guerra civil entre españoles; había republicanos españoles combatiendo contra españoles realistas. Bolívar quiso preservar para Venezuela a esos españoles republicanos, y así se explica que en el decreto de Trujillo ofreciera garantías a los españoles y canarios que combatieran en las filas libertadoras. De todos modos, el esfuerzo que hizo Bolívar en 1813 estaba destinado a fracasar, porque había una guerra social en marcha y sólo la muerte de sus jefes la detendría. El decreto de guerra a muerte que Bolívar lanzó como un rayo en medio de la tormenta, no logró darle regularidad a la guerra a muerte que se llevaba a cabo en toda Venezuela desde hacía algún tiempo. Si el joven general venezolano hubiera dicho como el general haitiano Jean Jacques Dessalines, que debía desaparecer del país toda una raza, hubiera podido definir mejor la guerra social, como se definió en Haití.

La guerra social de Venezuela no tuvo definiciones tan categóricas como la de Haití; pero por esa misma razón tiene más matices, resulta más compleja y ofrece más material para el análisis. Un amasijo histórico tan complicado no se encuentra fácilmente en América, y para los fines de ver con claridad en el espejo del porvenir, la guerra social venezolana de 1812-1814 es ejemplar.

En la segunda mitad del siglo XX un alto número de americanos ven en cualquiera actividad subversiva a lo largo de todo el hemisferio la mano comunista; pero cuando estallaron las guerras sociales de Haití y de Venezuela no había comunismo y pasarían todavía muchos años antes de que Marx y Engels escribieran el manifiesto comunista. ¿Por qué, pues, se produjeron esas dos guerras sociales, tan feroces, relativamente, como la rusa de 1917?

Los acontecimientos de Venezuela fueron, desde luego, sólo una parte de los que se presentaron en toda América al comenzar el siglo XIX. La revolución estalló casi simultáneamente en varios puntos: en La Paz, en Quito, en Caracas, en México, en Buenos Aires. Todos esos brotes eran hechos que obedecían a las mismas causas que habían provocado la revolución norteamericana y la francesa, esto es, el paso, en la sociedad occidental, del sistema feudal al capitalista. Pero el movimiento venezolano tenía algunas de sus raíces bien cerca; pues aunque la desigualdad social y las diferencias raciales venían desde los orígenes de la colonia, la desigualdad económica se había producido, por lo menos en sus aspectos más violentos, en el siglo XVIII.

Para comprender la trayectoria de esa revolución, que terminó con varios países libres en más de cinco millones de kilómetros cuadrados, tenemos que volver los ojos hacia el siglo XVIII en América y ver después qué produjo ese siglo en Venezuela.

## *II. EL SIGLO DE ORO AMERICANO*

El XVIII fue el siglo fecundo de América. Todo lo que nuestros países acumularon en riqueza, cultura, organización civil y contradicciones sociales durante doscientos años, entró a florecer en esa centuria decimoctava.

En cierta medida, en el siglo XVIII retornaron a América los galeones que habían cruzado el Atlántico cargados de oro, plata y piedras preciosas. Las riquezas americanas habían tenido una participación notable en el desarrollo de la sociedad europea, y por tanto habían contribuido en mucho a la formación de ese fenómeno social de fuerza arrolladora llamado capitalismo.

Aunque la América de origen español tuviera su manera peculiar de ir hacia su porvenir, era una dependencia política de España, y a través del poder político la metrópoli manejaba la vida económica y social de nuestros países. Un cambio en España no podía tardar en producir efectos en América. Y precisamente al nacer el siglo XVIII, la casa real francesa de los borbones —que en esos días reinaba en Francia con el Rey Sol, Luis XIV—, entró a gobernar en España con un nieto de Luis XIV, el Duque de Anjou, llamado a asumir el poder en el imperio español bajo el nombre de Felipe V.

Al iniciarse el siglo XVIII, Francia era el país europeo de cultura más desarrollada, lo que explica que Felipe V solicitara con frecuencia la ayuda de políticos, hacendados y hasta militares de otros países de Europa para organizar el imperio español; pues siendo francés, daba importancia a la superioridad intelectual.

No conocemos un estudio en que se exponga la influencia de esos hombres — y de los que fueron llevados a España por los herederos de Felipe V— en la formación de la corriente de ideas que acabó transformando a España y su imperio; pero sabemos que esa corriente fue encabezada por un hijo de Felipe V y que culminó con el despotismo ilustrado de Carlos III.

Las medidas de tipo liberal que adoptaron los Borbones en España, afectaron a América. Algunas fueron de carácter directo para una provincia americana; otras modificaron las relaciones comerciales de la metrópoli con las colonias, y por tanto tuvieron consecuencias inmediatas en el alza o la baja de precio en productos americanos; otras fueron impositivas y provocaron rebeliones en varias partes del Continente, lo que contribuyó a crear el espíritu de nacionalidad en nuestros países.

Ejemplo de una medida de carácter directo para una provincia americana fue la fundación de la Compañía Guipuzcoana en Venezuela, punto que se tratará en el próximo capítulo.

El hecho de que la dinastía borbónica española estuviera ligada a la dinastía borbónica francesa por lazos de sangre, influyó en la política europea de Felipe V y sus sucesores. Los reyes de Francia se mantenían mezclados en todas las intrigas europeas de la época, y, arrastrados por los franceses, los reyes Borbones españoles se vieron en el caso de tener que tomar parte en todas las guerras provocadas por sucesiones dinásticas que tenían lugar en Europa, y cada una de esas guerras producía consecuencias en América.

A veces una provincia americana se hallaba de buenas a primeras autorizada a vender determinados productos a uno de los beligerantes, lo cual significaba casi siempre aumento de la riqueza para algún sector de los colonos, y en consecuencia se producía el ascenso de ese sector en la escala social, puesto que los reyes Borbones vendían títulos de nobleza; a veces la marina española, ocupada en la acción militar, no podía atender las necesidades del comercio con América, y el resultado era que nuestros productos de exportación no tenían salida y su precio era "abatido", como se decía en los memoriales de la época; a veces las guerras provocaban cambios de soberanía, como sucedió con la ocupación de La Habana por los ingleses en 1762 o con las cesiones a Francia de la parte española de la Isla de Santo Domingo en 1795 y a Inglaterra de la Isla Trinidad en 1798.

Carlos II, el Hechizado, el último de los Austria, murió en 1700, al terminar el siglo XVII. La estirpe de Carlos V y de Felipe II se extinguió con él en España. Aprovechándose de que el Hechizado era un débil mental, años antes de que muriera había comenzado a tejerse

alrededor suyo una red de intrigas que cubrió toda Europa. El fin de las intrigas era asegurar para una de las casas reinantes europeas la herencia del trono español, con su rico imperio ultramarino; pues en esa época todavía un rey testaba dejando el reino a favor de quien quisiera, como si el reino fuera una propiedad privada. Los enviados de Luis XIV, cuya mujer era tía de Carlos II, consiguieron que éste diera testamento a favor del Duque de Anjou, nieto, como hemos dicho, del rey francés.

El Duque de Anjou, convertido en Felipe V, tuvo que guerrear para que no le quitaran el trono, pues los Austria reclamaron sus derechos a cañonazos y hallaron aliados que querían aprovechar la oportunidad para entrar a saco en el imperio español. Inglaterra, Holanda, Portugal, el imperio austro-alemán y hasta Amadeo de Saboya, suegro del afortunado Duque de Anjou, se lanzaron a la guerra como aliados del pretendiente Carlos de Austria. Regiones importantes del país, como Cataluña, Valencia y Aragón, dieron su apoyo a Carlos de Austria; Castilla, en cambio, peleó por Felipe V.

La guerra en territorio español duró hasta 1710, año en que tuvo lugar la batalla de Villaviciosa, en la cual las fuerzas invasoras quedaron decisivamente vencidas en el territorio de España. Pero fuera de España, en los territorios que tenía España en Europa, se siguió combatiendo hasta 1713, año en que la parte europea del imperio español quedó liquidada con el tratado de Utrecht.

En ese tratado se reconocía a Felipe V como heredero legítimo de Carlos II, el Hechizado; pero a cambio de ese reconocimiento España tuvo que entregar a sus enemigos todos sus territorios europeos —Flandes, Nápoles, Cerdeña, La Toscana, el Milanesado, Sicilia— y partes del propio territorio español, como Gibraltar, Menorca, la Gueldres española; y tuvo además que reconocer el derecho de Inglaterra a comerciar con las colonias americanas.

Como se ve, el siglo XVIII entró en España y sus colonias con ímpetus renovadores.

En 1715 Felipe V firmó la paz con Portugal, y parecía que España iba a recogerse en sus posesiones de América y Asia para buscar en ellas lo que ya no podía hallar en Europa: medios con qué resucitar el poderío hispánico, dinero para sostener la economía nacional y el

trono mismo, oro con qué organizar una fuerza militar que hiciera al país respetable y una fuerza naval que le permitiera mantener libres de enemigos las líneas comerciales de la Metrópoli con las colonias. Sin embargo no sucedió así, y ya en 1717 las naves españolas estaban atacando a Cerdeña y Sicilia.

Esa guerra de 1717 terminó en 1720 con la Paz de Cambray. Felipe V, que comenzaba a dar señales de conducta extraña, abdicó la corona en favor de su hijo Luis I, el cual gobernó sólo un año, pues murió de viruelas en 1724. Felipe V volvió al trono, que no abandonaría hasta su muerte, ocurrida en 1746.

En 1739, siete años antes de morir el rey, España se había enfrascado en otra guerra. Al principio el adversario fue Inglaterra, cuya flota atacó a Cartagena de Indias y a la Guaira en 1739 y en 1742. Poco a poco, el número de adversarios fue ampliándose, y en 1746, a la muerte de Felipe V, los españoles combatían otra vez en varios lugares de Europa: en Austria, en el Piemonte, en Cerdeña y en Milán.

Felipe V fue un hipocondríaco que a medida que envejecía iba abandonándose a sus manías, pero tuvo un mérito como rey: supo rodearse de buenos consejeros. A lo largo de sus cuarenta y cinco años de reinado gobernó con ministros franceses, italianos, españoles, y aunque entre ellos apareciera un aventurero como el barón de Ripperdá, la mayoría de sus colaboradores fue gente que acertó a dar salidas, con medidas de gobierno, a la inquietud que iba creando en los círculos directores de Europa el movimiento creciente del capitalismo.

Los consejeros y ministros del rey fueron hombres como Amelot, Orry, Alberoni, Orendain, Arriza, Grimaldi, el marqués de Castelar, Zabala, Patiño, y el autor del "Nuevo Sistema de Gobierno Económico para la América", don José Campillo y Cosío, hombre capaz de decir en 1743 que el capital humano era el bien más importante de un país y que quien gobernara la vida económica de otro pueblo no necesitaba dominarlo ni militar ni políticamente.

Esos hombres no produjeron un cuerpo de doctrinas, pero formaron un conjunto de ideas avanzado para la época, ese conjunto que los historiadores calificarían más tarde con el nombre de "neo mercantilismo español", con el de "liberalismo español del siglo

XVIII", o, al definirse y personalizarse en Carlos III, con el más conocido de "despotismo ilustrado".

Al neomercantilismo se debieron medidas como la reducción de los derechos de aduana para los artículos destinados a América y para algunos productos americanos cuyo mercado era España; la sustitución de la Flota de Indias por los navíos de registro y la autorización para que ciertas regiones americanas comerciaran entre sí y dispusieran de espacio, para ese comercio, en los barcos imperiales; autorización, casi siempre por tiempo limitado, para que algunas provincias pudieran vender determinados artículos a países y colonias extranjeros; la formación de compañías comerciales, asociadas al Estado, como la de Filipinas y la Guipuzcoana; y por último, la libertad comercial de las provincias americanas.

Algunas medidas de otra índole, como el estancamiento del tabaco o la creación de impuestos para atender a gastos de guerra, provocaron reacciones y movimientos populares como las rebeliones de los cultivadores de tabaco de Cuba, en los años de 1717 y 1724, y la de Juan Santos en el Perú, en 1742.

Las guerras de Felipe V provocaron cambios importantes en las colonias americanas, bien porque los colonos se veían aislados de España y tenían que producir más para atender a muchas de las necesidades que antes satisfacía España —con lo cual se formaban nuevos grupos de poder económico—, bien porque los enemigos victoriosos del rey presionaban, a la hora de la paz, para obtener libertades comerciales que les permitieran negociar con las provincias de ultramar. En casi medio siglo de gobierno de Felipe V, los cambios fueron extraordinarios.

En lo que se refiere a Venezuela, esos cambios son notables en la historia del país, según veremos en el próximo capítulo, y es casi seguro que sin ellos no habría habido guerra social en 1812, y por tanto quizá no habría habido un ejército libertador venezolano que llegara hasta Potosí.

Fernando VI, el sucesor de Felipe V, se impuso la tarea de lograr la paz y de hacer de España un país neutral en las luchas europeas. Igual que su padre, tuvo a su lado ministros excelentes, entre los cuales descolló el marqués de la Ensenada, discípulo de Campillo y Cosío. El marqués de la Ensenada encabezó un movimiento organizador de la hacienda pública, de la producción agrícola e industrial de España

y sus colonias y de relaciones más justas entre la metrópoli y sus dominios de ultramar, que dio en pocos años frutos notables. Durante los años de gobierno del marqués, la América española alcanzó el más alto grado de desarrollo económico conocido hasta entonces.

Ese alto grado de desarrollo económico se reflejaba, como es lógico, en formación de grupos de poder político en las provincias americanas; en formación de grupos de más cultura; en nuevos nobles, y por tanto en fortalecimiento de los sectores aristocráticos criollos.

Casi inmediatamente después de la formación de esos grupos iba a llegar una nueva etapa: la de una política más liberal para los sectores no oligárquicos. Esa política se produjo en el reinado de Carlos III, hijo de Felipe V y medio hermano de Fernando VI, a quien sucedió en el trono cuando Fernando VI murió en 1759. Ese Carlos III fue el jefe del movimiento bautizado por los historiadores con el mote de "despotismo ilustrado", que en cierto sentido equivale, a la aplicación de la fuerza para lograr el progreso. El mismo rey describía gráfica y graciosamente esa política cuando decía: "Mis vasallos son como los niños; lloran cuando los lavan".

Carlos III era rey de Nápoles cuando heredó la monarquía española. Al llegar a Madrid llevó con él refinamiento e ideas muy propias de la Italia del siglo XVIII. Rodeado durante sus veintinueve años de gobierno de ministros de gran capacidad, fue, en cierta medida, un rey revolucionario. Y en verdad, tenía que serlo, pues Europa se hallaba entonces en los umbrales de una gran revolución que iba a comenzar en territorio colonial inglés, es decir, en las colonias inglesas de América del Norte.

A pesar de su deseo de mantener a España neutral, Fernando VI se vio en el caso de entrar en la Guerra de los Siete Años del lado de Francia. La guerra iba avanzada cuando Carlos III heredó la corona. Francia negoció con su aliada España la devolución de Menorca, que estaba en manos inglesas, pero en cambio obtuvo la cesión de algunas de las Antillas menores. Inglaterra tomó La Habana en 1762 y sólo la abandonó en 1763 a cambio de la Península de la Florida y otros territorios españoles de la América del Norte.

La guerra terminó con la Paz de París, firmada en 1763; pero las consecuencias de esa guerra iban a ser largas y sorprendentes, para

España y para todo el mundo occidental. Pues la revolución norteamericana fue la hija legítima de esa guerra de siete años.

Mientras Inglaterra combatía en Europa y América contra Francia, España, Austria y Rusia, sus colonos americanos se vieron obligados a suplir el comercio inglés y a prepararse militarmente para hacer frente a una posible agresión de cualquiera de los países enemigos de Inglaterra, y en siete años las trece colonias inglesas alcanzaron tal grado de desarrollo económico y militar, que se habían convertido de hecho en un poder autónomo.

En realidad, la revolución norteamericana comenzó en 1765, dos años después de la Paz de París, y desde ese año de 1765 empezó España a intervenir en favor de los colonos ingleses de Norteamérica. Catorce años después, en 1779, cuando la guerra de los colonos del Norte contra Inglaterra se hallaba en su apogeo, Carlos III se lanzó abiertamente a la lucha, otra vez aliado a Francia. Las fuerzas españolas recapturaron Menorca —que los ingleses habían conquistado después que había vuelto a manos de España—, asediaron Gibraltar, reconquistaron la Florida y expulsaron a los ingleses de Honduras.

La guerra terminó con el Tratado de Versalles, firmado en 1783. España aparecía vencedora; pero sucedía que la expulsión de los ingleses de sus colonias americanas había dado lugar a un hecho de enorme importancia para todo imperio colonial: había nacido la primera república libre de los tiempos modernos, los Estados Unidos de América. España, imperio colonial, quedaba herida de muerte por ese hecho, pues el ejemplo norteamericano sería seguido más temprano o más tarde por las colonias españolas del hemisferio. Carlos III y algunos de sus ministros lo sospecharon, a juzgar por la propuesta de uno de ellos para que se les diera autonomía política y económica a las colonias españolas de América.

De Nápoles había llegado a Madrid, en el séquito de Carlos III, el siciliano Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache. Esquiladre fue el principal inductor de la política progresista que adoptó Carlos III. Fue él quien aconsejó derogar las medidas que impedían el desarrollo del comercio español —incluyendo en éste el colonial—; fue él quien llevó la voz cantante en las disposiciones contra los privilegios eclesiásticos y quien encabezó la conspiración

contra la Orden de los Jesuitas, que fue expulsada de España y de todos los dominios españoles en 1767. Alrededor de Esquilache se formó un grupo de prohombres activos en la creación y la propaganda de ideas nuevas; entre ellos estaban el conde de Campomanes, el peruano Pablo de Olavide, Gaspar Jovellanos, el conde de Aranda, y José Miniño y Redonda, conde de Floridablanca.

Este grupo de consejeros y ministros, el más brillante que se reunió junto a un monarca español en toda la historia del imperio, sacudió a España y a América con sus reformas en la economía, en la administración, en el orden civil, en la enseñanza. A su acción se debieron cambios y renovaciones que causaron agitaciones serias en las colonias americanas. Las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Catari en el Perú y lo que hoy es Bolivia, la de los Comuneros en Nueva Granada y los Andes venezolanos, fueron reflejos de esos cambios. La inercia social, económica y política de las colonias quedó rota, y tanto los aciertos como los errores de Carlos III y sus ministros contribuyeron a que así sucediera.

Carlos III murió en 1788, un año antes de que se iniciara la revolución en Francia. Su sucesor, Carlos IV, fue desde el primer momento un juguete de los acontecimientos que desató en el mundo la revolución francesa.

## *III. VENEZUELA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVIII*

Al comenzar el siglo XVIII, Venezuela era una tierra de gente pobre. Es muy importante tener en cuenta eso, si se quiere comprender la evolución histórica venezolana, porque cincuenta años después en el país habría numerosas familias criollas enriquecidas, y ennoblecidas por haber comprado títulos de nobleza con la riqueza adquirida en tan cortos años; y ese paso tan rápido de una condición económica y social baja a una alta explica los sucesos que tuvieron lugar a principios del siglo XIX. Hombres que comenzaron compartiendo la pobreza con sus vecinos de las ciudades y las Villas del País, o que llegaron de la Península con cargos medianos, pasaron a ser ricos, a tener carruajes y esclavos, a contraer matrimonio con mujeres que llevaban apellidos linajudos, a ennoblecerse con títulos comprados.

La situación del país era tal al iniciarse el siglo XVIII, que el duelo por la muerte de Carlos II, el Hechizado, no pudo manifestarse porque los vecinos de Caracas no podían comprar telas negras y por tanto no podían salir a la calle ni podían asistir a los funerales del difunto monarca. En Caracas no se conseguían telas, fueran o no negras, ni vinos ni aceite; la Cajas Reales no disponían de un céntimo para las necesidades de la defensa. En 1703 no había harina; en 1704 hubo que llevar maíz y casabe desde Santo Domingo.

En el año de 1704 sólo se exportaron 8.000 fanegas de cacao, el producto criollo de más salida en el exterior. Sin embargo, en los diez años transcurridos de 1720 a 1730 se exportaron 256.081 fanegas de cacao, es decir, treinta y dos veces lo que salió del país en 1704; y estas últimas cifras dan idea de cómo y con qué rapidez comenzó a desarrollarse el país bajo el gobierno de los Borbones y sirven para explicar, de paso, por qué el pueblo comenzó a llamar "grandes cacaos" a los nuevos ricos.

Al terminar en 1725 el primer cuarto del siglo, Venezuela estaba exportando cacao, tabaco, cueros, mulas, y produciendo azúcar, queso,

maderas, algodón. A base del trabajo esclavo, los terratenientes se enriquecían de un año para otro, pero al mismo tiempo —como sucede siempre en momentos de cambio económicos beneficiosos para una minoría—, la moral pública se relajaba gracias al soborno. En un minucioso informe rendido en 1720 por don Pedro José Olavarriaga, juez de comisos y futuro primer presidente de la Compañía Guipuzcoana, se afirma que la moral de los funcionarios era baja, especialmente la de los encargados de evitar el comercio ilegal, tanto si era el de importación de contrabando como si era el de exportación sin autorización.

Los terratenientes esclavistas y los comerciantes prosperaban sin trabas, porque si había trabas, desaparecían mediante el soborno; y con el dinero que acumulaban compraban títulos de nobleza e iban formando una casta que se aislaba del pueblo mediante un complicado sistema de prejuicios que llegó a ser de los más intolerantes de América. Cuanto más reciente era el título comprado, más se aferraba el propietario a ese sistema de prejuicios.

En 1728 se fundó la Compañía Guipuzcoana, con privilegios para monopolizar el comercio exterior de la provincia. La corona era accionista de la compañía, lo que indica que el trono español había pasado a tener conciencia de que en la nueva era, el Estado tenía un papel que jugar como socio en empresas comerciales. La explotación de una colonia no se basaba ya sólo en participar a través del cobro de impuestos en la explotación de la riqueza natural, sino que había que ir más allá y participar en lo que hoy se llama "promoción de la riqueza".

La creación de la Compañía Guipuzcoana derogó, automáticamente, el papel monopolista de la Casa de Contratación; por tanto, Venezuela no seguiría dependiendo de la flota anual sino de su propio poder productor, y cuanto más produjera, más barcos viajarían a sus puertos en busca de sus frutos y más mercaderías llegarían para beneficio de sus mercaderes. Esto significaba un avance importante, pues bajo las condiciones anteriores, si había un año de alta producción de cacao, por ejemplo, y no llegaban barcos de la Casa de Contratación, el cacao no tenía salida hacia el exterior, con lo que se perjudicaban los productores, y si no llegaban buques con efectos de importación, el comercio se arruinaba.

La oposición a la compañía fue viva desde el primer momento. Las naves de la empresa comenzaron a llegar a Venezuela en 1730, y en 1732 se produjo la primera sublevación, la del zambo Andresote, en el Yaracuy. El zambo Andresote. pretendía defender el derecho de los venezolanos a comerciar libremente con las Antillas holandesas. La compañía tenía fuerza militar propia, dedicada a asegurar sus privilegios pero pagada por el Real Tesoro, y con esas fuerzas la compañía se enfrentó al zambo Andresote- Los criollos protegieron a Andresote, y entre esos criollos abundaron los grandes terratenientes de Yaracuy y hasta de Caracas, que no estaban a gusto con la aparición de un poder nuevo que llegaba a competir con ellos en la posición dominante que habían tenido hasta entonces en la vida económica de la provincia.

En 1736 hubo una sublevación de funcionarios de la compañía contra el vecindario de Carora y las autoridades de la Santa Hermandad; en 1741 hubo en San Felipe motines que tuvieron como resultado la rebaja de categoría de la ciudad, cuyos habitantes se rebelaron debido a que un funcionario de la compañía había sido designado teniente y justicia mayor de San Felipe; en 1745 se descubrió un complot en que figuraban nobles de Caracas, muchos canarios y algunos clérigos que se habían confabulado para evitar que el cabildo de la capital siguiera en manos de funcionarios de la compañía. Por último, en 1749 estalló la sublevación de Juan Francisco León, la más importante de cuantas había conocido el país hasta entonces.

Visto que la compañía y el trono eran asociados, los funcionarios públicos tenían órdenes de dar protección a la compañía; ésta, a su vez, realizaba ciertos trabajos públicos, como la vigilancia de las costas. En cierto sentido, el gobernador, representante de Su Majestad, era un miembro de la compañía; pero cuando el gobernador era más adicto a actuar como funcionario real que como agente comercial de Su Majestad, se presentaban conflictos, que generalmente eran resueltos a favor de la compañía mediante la compra de la buena voluntad del funcionario con influencias en Madrid o con regalías en dinero.

La compañía procuraba que los delegados reales en ramos del gobierno conectados con el comercio fueran hombres suyos, de preferencia vizcaínos. En abril de 1749, el vizcaíno Martín de Echevarría se presentó en el pueblo de Panaquire a hacerse cargo del puesto de juez

de comisos, que le había sido asignado por el gobernador Luis Francisco Castellanos. El juez de comisos de Panaquire era el canario Juan Francisco León, que desempeñaba también el cargo de teniente cabo de guerra. La población de Panaquire se negó a aceptar la sustitución del canario Juan Francisco León por el vizcaíno Martín de Echevarría, y reclamaba que si León había de ser sustituido, que no lo fuera por un vizcaíno .

Este incidente, ocurrido en un pequeño pueblo del interior, provocó la rebelión. Acompañado de gente de Panaquire, León salió hacia Caracas; en el trayecto se le unió gente de Caucagua, Guatire, Guarenas, y al llegar a Chacao —que hoy es parte de la ciudad de Caracas—, el 19 de abril, era ya la cabeza de una poblada en que participaban, según afirmaba el mismo León, "la nobleza y la plebe". Al escribir al gobernador explicándole las causas del movimiento, León dijo que su intención "es la destrucción de la Compañía Guipuzcoana", no únicamente como empresa comercial sino además como centro de un grupo racial, política y económicamente privilegiado, pues pedía que "la gente vizcaína. . . no ejerzan. . . los empleos de tenientes o ministros de justicia que actualmente ejercen", y además reclamaba que "en toda la provincia no han de quedar de esta raza persona alguna, que todas se han de embarcar en el primer bajel o nao que se hallare en la bahía y en defecto se aprontará, a costa de dicha gente vizcaína, nao para el asunto".

Juan Francisco León hacía saber claramente que era leal al rey, pero que pedía "en nombre del común" —esto es, de toda la población de la provincia— una nueva política económica. Con notable visión de lo que significaba la opinión pública, se dirigió a los cabildos pidiéndoles que declararan si la compañía había sido o no había sido conveniente al desarrollo del país; explicaba que no debía expulsarse a los vizcaínos que trabajaban por cuenta propia sino sólo a los funcionarios de la compañía. El cabildo de Caracas, que desde el movimiento de 1745 estaba compuesto por los oligarcas esclavistas dueños de cacao y de ganado, expuso sus quejas contra la compañía. El gobernador Castellanos parecía acceder a todo.

Pero el gobernador estaba ganando tiempo. Cuando advirtió que el cabildo de Caracas apoyaba a León, Castellanos abandonó la

capital de la provincia y se hizo fuerte en La Guaira. León marchó sobre Caracas al frente de una tropa de ocho mil hombres, entró en la ciudad el 1 de agosto y siguió hacia La Guaira. El gobernador ordenó que fueran enviados a Macuto, para embarcarlos hacia España, todos los funcionarios de la compañía, con lo cual León se tuvo por satisfecho y dispersó su ejército.

Tres semanas después llegaba a Venezuela un oidor de la Audiencia de Santo Domingo. Todavía para esa época Santo Domingo era la cabeza judicial de la provincia venezolana, a pesar de que Venezuela había alcanzado para entonces un desarrollo económico, político y cultural mucho más alto que la vieja colonia de Santo Domingo. El oidor abrió juicio sobre la rebelión. Juan Francisco León presentó informes de los ayuntamientos, de las personas más notables, así religiosas como seglares, y testimonios de todas las actuaciones violentas o perjudiciales al pueblo que había realizado la compañía.

En noviembre de ese año de 1749 —es decir, casi ocho meses después de haberse iniciado la revuelta— llegó a Venezuela don Julián de Arriaga y Rivero para sustituir al gobernador Castellanos. Habiendo estudiado el juicio que se seguía, comprendió que la mayoría de los habitantes de la provincia que tenían negocios de alguna índole habían participado, en una o en otra forma, en los hechos capitaneados por Juan Francisco León; y por tal razón concedió un indulto y prometió tomar medidas que mejoraran la situación de agricultores y comerciantes.

En enero de 1750, León dirigió a Arriaga un memorial notable, por cuanto es todo un tratado de política económica avanzada, muy parecido al que preconizaban, justamente por esos años, los neo-mercantilistas como don José Campillo y Cosío, el autor del ya mencionado "Nuevo Sistema de Gobierno Económico para la América".

Resulta notable también que ese movimiento de rebeldía, expresión pública de un estado social injusto, estuviera encabezado por un canario y que en la lista de los implicados abundaran los canarios. En la composición social de la Venezuela del siglo XVIII, los canarios tenían una situación ingrata. Ni la nobleza criolla, ni los latifundistas, ni los altos comerciantes españoles les daban a los canarios categoría de peninsulares. En cierta medida, eran considerados raza inferior, al extremo que los matrimonios de canarios con las jóvenes de familias

criollas distinguidas se consideraban atentados imperdonables contra la dignidad del grupo oligárquico. Precisamente, por canario fue vejado el padre de Francisco de Miranda, y por ser éste hijo de canario nunca sería aceptado por los "grandes cacaos" caraqueños. Es una curiosa coincidencia que ese año del memorial de León al gobernador Arriaga naciera en Caracas Francisco de Miranda, el precursor de la independencia venezolana, y no es coincidencia que los canarios comenzaran la guerra social de 1812 bajo la jefatura del también canario, Domingo Monteverde.

Juan Francisco León conocía la situación de la provincia. Los tenientes justicias monopolizaban el pequeño comercio en los valles de Aragua, que eran las tierras más ricas en las vecindades de Caracas; a la vez que funcionarios públicos, los tenientes justicias eran negociantes y empleados de la Compañía Guipuzcoana y exigían derechos ilegales por el transporte del ganado de un pueblo a otro; a los peones agrícolas que cobraban su trabajo en productos, no en dinero, se les prohibía sacar esos productos de los pueblos si no pagaban derecho de salida que la ley no establecía; los comerciantes que traficaban entre pueblos con mercancías tenían que pagarles mesadas ilegales.

Por otra parte, la compañía pagaba los productos agrícolas a precios tan bajos que los pequeños agricultores se arruinaban, y no había otro comprador a quien venderle; a la vez, la compañía pagaba los frutos que adquiría con mercancías llevadas de España y obligaba a los agricultores a aceptar en pago muchos productos que ellos no necesitaban. A menudo la compañía se negaba a recibir tabaco porque decía que era de mala calidad, pero no lo devolvía a sus dueños sino que lo tiraba al mar.

Venezuela era víctima de un monopolio férreo que atacaba a todas las clases sociales, pero sobre todo a las más débiles debido a que los funcionarios de ese monopolio se corrompían con facilidad y rapidez, y los productores más débiles no tenían con qué sobornarlos; los productores más fuertes, los "grandes cacaos", conseguían privilegios porque tenían medios para sobornar a los funcionarios. Como jefe del movimiento contra el monopolio, Juan Francisco León presentó una lista de las medidas que el país reclamaba para que la

situación mejorara. El historiador venezolano Eduardo Arcilla Farías ha resumido esas medidas en trece puntos:

Que se permitiera la fluctuación de precios según la oferta y la demanda; que se garantizara la libre conducción del cacao desde los campos de producción hasta los puertos de embarque; que el cacao pudiera venderse libremente al mejor comprador; que hubiera libertad de exportación del cacao a otros lugares del imperio, sobre todo a Veracruz, y que se ampliara el cupo fijado al cacao en los barcos que viajaban a México; exclusión del comerciante de la ciudad en la venta de cacao para el exterior y eliminación del padrón por el cual se repartía la tercera parte de cada buque de Nueva España (México) entre todos los cosecheros de la provincia (venezolana); eliminación del impuesto de un peso por cada carga de cacao que se conducía desde el interior hasta los puertos de embarque; prohibición de permuta obligatoria, y por tanto libertad para comprar y vender por plata o por frutos, según convinieran los contrayentes; libertad de navegación; eliminación de las restricciones que afectaban al tabaco; prohibición absoluta de que los funcionarios administradores de justicia ejercieran el comercio; que se prohibiera usar la caña en fabricar aguardiente, para que no se encareciera el dulce (azúcar); que el contrabando se combatiera con la importación de todos los géneros indispensables; y por último que la compañía indemnizara a todos los perjudicados y que restituyera a la provincia "todo aquello que por su causa ha perdido y dejado de aprovechar en el precio del cacao, en los embarques de este fruto y en las compras de los efectos que han venido de fuera".

Es casi seguro que ese memorial fue escrito con la colaboración de personas que procedían de muchos círculos sociales, de casi todos los círculos sociales productores de riqueza. En él se defendían los intereses de los poderosos latifundistas que deseaban vender libremente su cacao en el exterior, el de los comerciantes canarios, el de los productores de caña y tabaco y hasta el del arriero que llevaba mercancías de pueblo en pueblo en función de buhonero. El memorial unificaba a muchos sectores sociales y además fue redactado con el criterio económico más moderno a la fecha, el mismo que exponían en Madrid los hombres más avanzados. En medio siglo, la provincia venezolana había pasado de la miseria, la ignorancia y la timidez política, a ser campo donde se

debatían y se presentaban con firmeza intereses importantes e ideas atrevidas.

El año de 1750 resultó así decisivo en la historia de Venezuela. Si no se atendían las peticiones de la provincia, los colonos se llenarían de peligrosos resentimientos; si se atendían, llegarían a ser pronto más ricos, más ambiciosos, menos dóciles. El destino de Venezuela quedó trazado en esos días, y con el destino de Venezuela, como sabe todo el que tiene alguna noticia sobre la historia de América, quedó trazado también el del Continente.

A comienzos de 1751 llegó a Caracas un nuevo gobernador, el brigadier Felipe Ricardos. Llegaba a imponer la autoridad real, que había salido maltrecha de los sucesos de 1749. Ricardos restableció la Compañía Guipuzcoana y se dispuso a castigar sin contemplación a los revoltosos.

Al iniciarse la prisión de muchos de sus partidarios, León respondió con una sublevación armada. Convocó a gente de Barlovento, de la costa y de Aragua. Su hijo atacó y tomó Caucagua el 15 de agosto, pero tuvo que abandonar la plaza cinco días después. Mientras tanto, el nombre de León era aclamado por partidas que se alzaban en Maracay, Guacara, San Diego, Los Guayos y Cagua.

El gobernador Ricardos actuó con energía; apresó, desterró, mantuvo la persecución de Juan Francisco León con tanta tenacidad, que el rebelde se vio forzado a entregarse. Sus bienes y los de sus hijos fueron confiscados; su casa quedó arrasada y se sembró sal en los cimientos.

Pero en su nueva etapa, lentamente, la Real Compañía Guipuzcoana fue satisfaciendo, en su mayor parte, las reclamaciones que figuraban en el memorial de Juan Francisco León.

## *IV. UNA CARTA EXPRESIVA*

La política de los Borbones españoles fue una sola a través de Felipe V, de Fernando VI y de Carlos III; y nada lo demuestra mejor que el caso de la Compañía Guipuzcoana. La compañía fue establecida bajo el reinado de Felipe V; la rebelión de Juan Francisco León y su castigo se produjeron bajo el de Fernando VI; sin embargo bajo este mismo rey comenzaron a tomarse las medidas que liberalizaron el sistema monopolista, y bajo Carlos III esas medidas liberales llegaron a su plenitud.

La casa de Juan Francisco León fue destruida —y el solar sembrado de sal— en agosto de 1751; pero un año después, en 1752, se admitió a los criollos como accionistas de la compañía, y dos años más tarde, en 1754, se amplió la capacidad de bodega que en cada barco podían usar los productores de la provincia y se incluyó Maracaibo entre los puertos de operación de las naves.

La libertad económica creciente estimuló a los productores, a tal punto que entre 1760 —cuando ya estaba en el trono Carlos III— y 1764 se embarcaron hacia España más de 305 mil fanegas de cacao. La situación económica mejoraba en Europa. En 1764, el precio del cacao había subido casi al doble y a más del doble en 1769. Además de cacao, Venezuela exportaba tabaco y algodón. El aumento de la producción y de la exportación favorecía a los productores grandes, pero la política de la monarquía era favorecer también los intereses de los pequeños agricultores y de los comerciantes grandes y pequeños. Hasta el artesano resultaba tomado en cuenta. Hubo, pues, un desarrollo armónico en los sectores de la sociedad colonial que se hallaban sobre el nivel de los esclavos, los indios encomendados y los peones.

Desde luego, a medida que los estratos libres mejoraban, aumentaba la distancia entre ellos y los estratos sometidos. Los latifundistas que se enriquecían compraban títulos de nobleza; los comerciantes que se enriquecían compraban derogaciones de medidas humillantes; los tenderos de las villas que se enriquecían iban formando centros de

poder en el interior del país; hasta los artesanos pardos compraban privilegios. Pero los esclavos, los libertos, los zambos, los mulatos, seguían humillados, cada vez más debido a que la nobleza de nuevo cuño era tanto más altanera cuanto más reciente había sido su ingreso en los altos círculos y cuanto más le había costado la adquisición de los títulos. Las contradicciones que se acumulaban en la base de la sociedad colonial se agravaban, pues, al mismo ritmo a que se desarrollaban los sectores más altos.

El imperio español era tan grande, y resultaba tan complicado y difícil mantener a un mismo tiempo una política para el imperio y otra para la metrópoli, que tenían que producirse medidas contradictorias. Así, entre 1777 y 1780 se ordenó para América a la vez, la introducción de negros esclavos y la libertad comercial, dos disposiciones que eran en esencia opuestas entre sí; se estableció el estanco —o monopolio estatal— del tabaco y la desintegración de la Real Compañía Guipuzcoana; se crearon impuestos a causa de la guerra de 1779 declarada por España y Francia a Inglaterra y volvieron a ordenarse restricciones de tipo económico. Para la provincia de Venezuela se destinó al contador Abalos como Intendente de la Real Hacienda con instrucciones de ser rígido en la cobranza de impuestos.

Al declarar la guerra de 1779, España necesitó fondos y trató de sacarlos de sus colonias americanas. Éstas se hallaban en una era de bienestar como no lo habían conocido nunca, ni aún en los años de las grandes riquezas minerales. El desarrollo de Venezuela, que hemos descrito en forma sucinta, es sólo un reflejo de lo que pasaba en toda América. En poco más de medio siglo la porción española del Nuevo Mundo se había transformado, y agricultores, mineros, mercaderes —todos los productores, en fin— habían alcanzado un nivel de riqueza que no hubieran sido capaces de soñarlo, siquiera, sus abuelos de 1701. La política liberal de los Borbones había desatado en las provincias americanas el poder creador del capitalismo, y la América española sembraba, vendía, cobraba y laboraba las minas libremente, o casi libremente. Y de súbito llegaron las restricciones, comenzaron los delegados de Su Majestad Carlos III a mostrarse demasiado enérgicos en el mantenimiento de los estancos de tabaco y en el cobro de nuevos atributos.

Como ha sucedido siempre en los primeros tiempos de una guerra, la de España y Francia contra Inglaterra de 1779 produjo una paralización en las actividades económicas de los países beligerantes. En las colonias americanas de España que vendían minerales, los efectos fueron inmediatos, pues los metales perdieron precio, con lo que se arruinaron casi todos los criollos dueños de minas, y con ellos fueron lanzados al hambre los negros y los indios que trabajaban las minas de Chile, Perú y Alto Perú. Los impuestos creados para mantener armadas de guerra resultaron muy altos para los pequeños productores y los comerciantes de Buenos Aires, Quito, Nueva Granada y la parte occidental de Venezuela. Los pequeños agricultores que percibían entradas del tabaco en casi toda América, se hallaron perjudicados con el estanco de la hoja.

Los pueblos que han ido acostumbrándose a manejar sus bienes con libertad no toleran las restricciones que de buenas a primeras coartan esa libertad; y cuando en esos pueblos hay grandes masas sometidas a un nivel de vida ínfimo y además a malos tratos, como sucedía en América con los esclavos negros e indios, con los zambos, los mulatos y los libertos, el germen de las revoluciones comienza a desarrollarse en forma casi incontenible. La guerra social venezolana de 1812, como otras que se produjeron en América en los primeros años del siglo XIX, y aun la feroz de Haití, empezó a tomar cuerpo en 1780 y 1781, debido a las restricciones inesperadas que tomó la monarquía española por causa de la guerra de 1779.

Las primeras manifestaciones de una guerra social americana se dieron entre 1780 y 1781. Inicialmente fueron rebeliones de indios en el Perú, organizadas y comandadas por un descendiente de Incas, Tupac Amaru, y su teniente Tupac Catari; pero a poco esos movimientos se extendieron a criollos y españoles afectados por la baja de los minerales, por el estanco del tabaco y por los impuestos de guerra. En Nueva Granada y en las secciones andinas de Venezuela, el movimiento se llamó de "los comuneros" y tuvo caracteres impresionantes. Fue ahogado en sangre sin pérdida de tiempo, especialmente en Nueva Granada, antes de que presentara consecuencias políticas.

Pero en la provincia de Caracas había factores que daban a la situación matices de carácter especial; y entre ellos se destacaban los

siguientes: presencia de una clase criolla, aristocrática, latifundista y esclavista, que dominaba la vida económica de la colonia; cohesión férrea de esa clase frente a todas las demás y frente a los españoles peninsulares; apreciable grado de desarrollo cultural y político de los dirigentes de esa clase, a juzgar por lo que escribieron sobre ideas políticas y la forma que usaron para escribirlo; y por último, voluntad de poder político en el grupo.

Esa clase social era conocida del pueblo con el nombre de los mantuanos debido a las mantas que usaban sus mujeres. Sus figuras más destacadas procedían de familias asentadas en el país desde los días de la Conquista, de manera que en el sentir de los colonos, tenían el prestigio del linaje colonial. Generalmente habían heredado de sus antepasados grandes extensiones de tierras, de las habidas por los conquistadores como mercedes de guerra, si bien esas tierras sólo tuvieron valor cuando hubo esclavos para explotarlas y mercado exterior para sus frutos. Muchas de las familias linajudas fueron en sus orígenes encomenderos de indios; después adquirieron esclavos y se dedicaron a la siembra de la caña, de algodón, de cacao. Hacia la época de que estamos tratando, esto es, por el 1780, eran los potentados criollos, los dueños de la mayor fuente de riqueza de la provincia, y además dominaban la vida política de Caracas a través de las posiciones que ocupaban en el Cabildo desde mediados del siglo.

En el año de 1781, la nobleza criolla de Caracas estaba pensando ya en la independencia de la provincia. La independencia venezolana se declaró treinta años después, en julio de 1811; pero no hay la menor duda de que en 1781, la oligarquía aristocrática, latifundista y esclavista de Caracas, la deseaba y estaba dispuesta a luchar por ella. El 24 de febrero de 1782, tres de los personajes más destacados de ese grupo social escribieron a Francisco de Miranda una carta en la cual mencionan otra que le habían enviado en julio de 1781. La de 1781 se ha perdido, pero la de 1782 es un documento notable, que hacemos figurar inmediatamente sin restarle una palabra. En ella no se pierde una sílaba. Todo lo que se dice en esa carta tiene valor político. Es especialmente digna de recomendación para los historiadores y sociólogos que se empeñan en clasificar la lucha de la independencia de América entre los acontecimientos desatados por la revolución francesa, pues esa carta se escribió siete años antes de

que estallara la revolución en Francia. La carta fue escrita por don Juan Vicente de Bolívar, don Martín Tovar y el marqués de Mijares, típicos representantes de su clase, actuaran o no en nombre de otros como ellos; y a nuestro juicio es un documento que revela en todos sus alcances el estado de ánimo de los grupos dominantes de la América colonial en su época y una excelente demostración de que las revoluciones de Francia y de América —las dos Américas— tienen un mismo origen y por tanto una no es fruto de otra sino que ambas fueron provocadas por un mismo fenómeno: la aparición del capitalismo occidental.

He aquí la carta:

> Amado paisano nuestro: Ya informamos a usted plenamente, por cartas que le enviamos en el mes de julio pasado de 81, el lamentable estado de esta provincia toda, y la desesperación general en que nos han puesto las tiránicas providencias de este Intendente, que no parece ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer, ultrajando él y todos sus secuaces personalmente a todo el mundo, y a su ejemplo todo pícaro godo hace lo mismo; y lo peor es que el maldito señor ministro Gálvez (más cruel que Nerón y Felipe II juntos) lo apruebe todo y sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles; y acaba de enviar una orden a todos los gobernadores para que ningún Caballero Americano se pueda ausentar a país ninguno extranjero sin licencia del Rey. Que es menester se pida por su mano a Madrid, conque véanos usted aquí ya reducidos a una prisión desdorosa y tratados peor que muchos negros esclavos, de quienes sus amos hacen mayor confianza.
>
> Y así, no nos queda más recursos que en la repulsa de una insoportable e infame opresión (como usted dice en su carta a don Francisco Arrieta). Usted es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que, con los brazos abiertos y puestos de rodillas, se lo pedimos también por el amor de Dios y a la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin, y derramar hasta la última gota de nuestra sangre en cosas hermosas y grandes. Bien sabemos lo que ha pasado por nuestro vecindario, en Santa Fe y en el Cuzco; pero no nos agrada el resultado, y, temiendo iguales consecuencias (y con la

experiencia, además, en casa de la de León), no hemos querido dar un paso, ni le daremos, sin su consejo de usted, en cuya prudencia tenemos puesta toda nuestra esperanza.

Allá enviamos a usted con el hijo de ... firmas y noticias que hemos creído necesarias para que, en nombre nuestro y de toda la provincia, pacte y contrate, con nuestro poder y consentimiento, y aún más allá, si lo tuviera usted por conveniente, con potencias extranjeras, a fin de conseguir el rescate de tan maldito cautiverio.

Ésta la fiamos al padre Cárdenas, religioso de la Merced, que va a La Habana, y es sujeto de quien se puede usted fiar y muy de su hermano de usted Arrieta, quien le contará a usted todo a boca muy pormenor, y nos promete traer la respuesta de ésta personalmente, para nuestro alivio: por Dios, que no deje usted de enviárnosla sin falta. Dios le guarde su importante vida muchos años.

B. L. M. de usted sus fieles y amantes paisanos, etc.

La carta pudo haber sido solicitada por Miranda, a través de su agente Arrieta, para mostrarla en Inglaterra a fin de negociar ayuda para su empresa, y eso explicaría los plenos poderes que se le dan al Precursor para pactar y contratar, "y aún más allá, si lo tuviera usted por conveniente, con potencias extranjeras". Pero fuera o no solicitada por Miranda, no hay duda de que en toda ella se ve la voluntad de independencia y de que expresa un sentimiento no privado. Se habla en esa carta de que se envían "firmas", es decir peticiones de otros que no son los tres autores del documento; de que se habla de "la madre patria" refiriéndose a Venezuela, aunque no se mencione ese nombre, y no a España.

Es de notar que el odio que resuma la carta al Intendente de la Real Hacienda, el contador Abalos, alcanzaba también a todos los españoles, llamados "pícaros godos" por los firmantes, pues el Intendente, "nuevo Lucifer", ultrajaba a todo el mundo —es decir, a todos los nobles criollos, pues para ellos un esclavo o un tendero canario no tenían categoría de personas—, cosa que también hacían "sus secuaces", "y a su ejemplo, todo pícaro godo hace lo mismo". Ese calificativo de "godo" es expresivo de que ya había un sentimiento de nacionalidad, una conciencia de que los caballeros venezolanos no sólo eran diferentes de los no caballeros de la provincia, sino además diferentes de los españoles, a los cuales tenían tan a menos que ni siquiera les llamaban españoles o peninsulares, sino

godos. Por otra parte, comparar a Nerón —universalmente odiado por todo católico— con un rey tan católico como Felipe II indicaba que los sentimientos hacia la institución monárquica no eran de lealtad.

Detalles de mucha significación son las mayúsculas al hablar de los señores distinguidos de América —"ningún Caballero Americano", dicen— así como la mención de lo que pasaba "por nuestro vecindario, en Santa Fe y en el Cuzco". Santa Fe era la capital de Nueva Granada, donde veinticuatro días antes de ser escrita esa carta era descuartizado el jefe de los comuneros, José Antonio Galán —y su descendencia declarada infame y su casa demolida y el solar sembrado de sal—; el Cuzco era la antigua capital de los Incas y había sido sitiada un año antes por Tupac Amaru. El final de las rebeliones de Perú y Nueva Granada les hacía pensar a los firmantes de la carta en el final de la que encabezó en Caracas Juan Francisco León, y "no nos agrada el resultado", decían. Por último, la carta fue enviada con un religioso de la Merced, lo que indica que el sentimiento anti español había alcanzado para esos días a miembros de la Iglesia.

Tómese nota del cuidado con que está escrita la carta. No se habla en ella del rey ni se menciona para nada la posibilidad de hacer a Venezuela independiente de la metrópoli, pero la independencia está ahí palabra por palabra. Desde el punto de vista de las formas, hubiera sido difícil hallar en ella la prueba de que los autores conspiraban contra el rey, y sin embargo eso era lo que estaban haciendo.

Entre los mantuanos que firmaban la carta había alguno de nobleza más o menos dudosa o reciente, pero todos tenían verdadero poderío económico. Juan Vicente de Bolívar, el primero de los firmantes, por ejemplo, murió cuatro años después, en 1786, y al morir dejó a sus herederos una fortuna cuantiosa: más de mil esclavos, dos trapiches de caña en los valles de Aragua y dos fincas de cacao en esos mismos valles; 258.000 pesos en efectivo y 46.000 en joyas; cuatro casas amobladas y con sus sirvientes esclavos en Caracas, nueve casas en La Guaira; fincas de ganado y de añil; minas; y en camino hacia Méjico y España, más de 800 fanegas de cacao y más de 3.500 libras de añil.

Diecisiete meses después de haber firmado la carta a Miranda, a don Juan Vicente de Bolívar le nació un hijo; fue el 24 de julio de 1783,

para ser más precisos. Al niño se le bautizó con los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, pero la historia le llamaría simplemente Simón. . . Simón Bolívar. A los treinta años de edad, Simón Bolívar sería el Libertador.

La carta de los mantuanos caraqueños a Miranda era el producto de ochenta años de desarrollo colonial y era a la vez el anuncio de una nueva época. Hay pocos documentos tan expresivos de lo que había sucedido y de lo que iba a suceder en las provincias americanas de España.

## V. FIN DEL SIGLO XVIII EN ESPAÑA Y VENEZUELA

Don Francisco de Goya y Lucientes nos ha dejado numerosos retratos de la pareja real formada por Carlos IV y María Luisa de Parma.

En el rostro de la señora no hay inteligencia ni bondad. La nariz ganchuda, los ojillos hoscos y la pequeña boca de labios finos se distribuyen en una cara más bien desagradable. El rey sale del mágico pincel de Goya con aire de pobre hombre. Se parece enormemente a su mujer, lo que se explica porque los cónyuges eran primos; pero de los rasgos de Carlos IV se desprende cierta bonhomía, aunque no carácter.

Este matrimonio sin verdadera aura de majestad heredó el trono español en 1788, un año antes de que comenzara la revolución en Francia, e iba a tocarle ver la disolución del imperio, su prisión y la de su hijo, y a un corso sin historia sentado en el trono de sus mayores.

La decapitación de Luis XVI fue una fatalidad histórica que nadie pudo evitar. Las cortes europeas, sin faltar una, hicieron cuanto estuvo a su alcance para salvar la vida del nieto de Luis XIV, y necesariamente debían colocarse, y se colocaron, contra la revolución. Cuando el Borbón francés entregó su cabeza al verdugo, el Borbón español se vio empujado a la guerra.

Los vaivenes de la política española frente a la revolución francesa determinaron la liquidación política de hombres eminentes, que seguían la tradición liberal de sus antecesores —todos del siglo XVIII español— y se hallaban, por tanto, más cerca de los liberales franceses que de los monárquicos austriacos o ingleses. Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, tuvieron que abandonar sus cargos de ministros del rey; y en su lugar acabó gobernando casi por sí solo Manuel Godoy. Manuel Godoy había pasado de guardia de corps a amante de María Luisa, cuando ésta era princesa. Al comenzar la guerra contra Francia, Godoy de apenas veinticinco años y ya Grande de España, entró a gobernar como ministro de Su Majestad.

El oportunismo, explicable en un favorito tan rápida e insólitamente encumbrado, la posición anti francesa del príncipe heredero —el que después iba a ser Fernando VII— enemigo jurado de Godoy, y el hecho mismo de que éste no fuera de origen noble y por tanto no se sintiera obligado con la aristocracia oligárquica, harían después de Godoy un partidario de Napoleón.

La guerra comenzó en 1793. Los ejércitos franceses entraron en España y ocuparon ciudades tan importantes como San Sebastián y Bilbao. Pero en verdad, el peligro mayor no se hallaba en los soldados franceses sino en las ideas que ellos representaban y propagaban. Muchos españoles empezaron a conspirar contra la monarquía, y algunos de ellos fueron enviados en calidad de presos a La Guaira y allí tomaron parte en el complot llamado de “Gual y España”, descubierto en 1797 y ahogado en sangre.

Las ideas de la revolución llegaban a América, pues, desde la misma España, pero también por otros caminos. Los acontecimientos de Francia habían tenido repercusiones tremendas en Haití, la colonia francesa situada en la orilla opuesta del mismo mar que bañaba las costas de Venezuela. Los esclavos de Haití se habían sublevado y habían dado figuras notables que se presentaban ante el mundo como adalides de una raza hasta entonces despreciada.

La guerra entre la Francia revolucionaria y la España borbónica terminó en 1795, con la Paz de Basilea. El acuerdo se llevó a cabo sobre una permuta: a cambio de que los franceses evacuaran las ciudades españolas que habían tomado, España cedía a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo; así los franceses tendrían la mejor base posible para luchar contra los negros rebeldes de Haití.

La esclavitud había sido abolida en Haití desde 1793; pero los antiguos eslavos no se conformaban con la simple abolición de su estado social, y querían, además, dejar de ser colonos franceses, convertir la tierra en que habían sido esclavos en una república de hombres libres. Como es de suponer, esa actitud tenía que producir sus efectos en los negros esclavos de las colonias españolas, y también en los amos de esos negros. Los primeros se sentían estimulados a la lucha por la libertad y los segundos llenos de miedo y al mismo tiempo de odio contra la revolución francesa y las ideas que ella propagaba.

No sabemos cuántos esclavos había en Venezuela hacia 1795. Por los estimados hechos en 1810 podemos pensar que en 1795 debió haber unos 50.000, cifra que no era alta si se comparaba con los que había en Haití, pero que era suficiente para justificar el miedo de los amos blancos al contagio haitiano. Por otra parte, los esclavos venezolanos no habían sido ejemplo de sumisión. En el informe que rindió en 1720 don Pedro José Olavarriaga se hablaba de 20.000 esclavos prófugos que atacaban poblados aislados. Sin duda el número es alto, pero algún fondo de verdad habría en cuanto al ataque a poblaciones por parte de esclavos prófugos. Se sabe que a causa de las prisiones y muertes ordenadas con motivo de las sublevaciones habidas contra la Compañía Guipuzcoana hacia 1732 en Yaracuy, los negros de la región trataron de rescatar a sus compañeros en acciones armadas. Antes aún, en el siglo XVI, había habido la insurrección negra que capitaneó el llamado Rey Miguel. Pero sublevación de esclavos con carácter de guerra social, ayudada por negros y pardos libres, no la había conocido Venezuela. Lo conoció aunque en pequeña escala, en 1795, como efecto directo de la rebelión haitiana.

Hacia 1795 había en la jurisdicción de Coro más de tres mil esclavos, pero la población negra y parda llegaba a doce mil personas. Los blancos no pasaban de cuatro mil, y entre ellos, los mantuanos, según Pedro M. Arcaya, "no llegaban a formar más de una octava o décima parte"; esto es, tal vez cuatrocientos, lo que para aquel tiempo significaba unas ochenta familias.

Entre los negros de Coro circulaba hacía tiempo la creencia de que el rey había ordenado la libertad de los esclavos pero no podían disfrutarla porque el cabildo de Caracas se oponía y había pedido al monarca la revisión de la cédula real en que se les declaraba emancipados. Se decía que un negro loango vecino de Coro, que había estado en España, había visto la cédula. Esa creencia, y el exceso de rigor en el cobro de tributos de alcabala, mantenía cierta levadura de rebeldía en los negros de la región. De ahí que cuando llegaron las noticias de las sublevaciones de Haití y los esclavos oyeron a algunos de sus amos hablar de las ideas que esparcía la revolución francesa, muchos negros decidieron alzarse proclamando "la ley de los franceses, la república, la libertad de los esclavos y la supresión de impuestos de alcabala y demás que se cobraban a la sazón".

Los esclavos se sublevaron en mayo de 1795. Los blancos muertos fueron pocos; los negros, bastantes más, y de manera expeditiva. "He degollado nueve de los aprehendidos, sin más procesos que el de la voz", decía uno de los jefes españoles en nota al gobernador; y el mismo jefe, hablando de veintitrés negros heridos en un combate en que ya habían muerto veinticinco, explicaba que los decapitó "el mismo día por la tarde, por no tener forma de mantenerlos con guardias en la cárcel". Treinta y cinco más fueron ajusticiados "a golpe de pistola", cinco decapitados, otros tres lo fueron en un lugar cercano, y a cuchillo, murieron cinco. El jefezuelo español hablaba de ciento cinco negros muertos como si hubieran sido reses sacrificadas para el consumo.

Allí mismo, en Coro, al seguirse el proceso por la sublevación, hicieron acto de presencia las rivalidades de los blancos. Esas rivalidades dividían a los criollos entre nobles y plebeyos, a todos los criollos de los peninsulares, a los peninsulares entre canarios y españoles. Azuzando todas estas divisiones estaban los prejuicios raciales y de casta. Las propias autoridades reales se mantenían divididas, intrigando unas contra otras, en la corte y en la colonia. La férrea unidad de la oligarquía criolla que podía apreciarse hacia el 1780, había desaparecido en 1795 destruida por el miedo a la revolución francesa. La revolución norteamericana no había tocado la imagen del orden social que tenían los mantuanos de Venezuela; no había estimulado la libertad de los esclavos ni la desaparición, con esa libertad, de los latifundios. La revolución norteamericana, pues, no había asustado a los mantuanos, pero la francesa sí, y al asustarlos los paralizó y los hizo incapaces para actuar, por lo menos en esos años finales del siglo XVIII, y con ello se agravaron las contradicciones del país. Con su organización social basada en el latifundio y en la esclavitud, en la división del pueblo en castas, y aun en razas, y aun en españoles y canarios y criollos, la provincia venezolana era, para decirlo con una imagen usada por el Dr. Jiménez de Asúa, una pistola cargada. Cualquier dedo podía halar el gatillo y producir una matanza como la de Coro.

Los altos funcionarios españoles en Venezuela procedían de los medios liberales, lo que se explica porque muchos de ellos habían llegado a la provincia antes de que comenzara la revolución francesa y con ella el cambio de política en España, y porque a pesar de ese cambio, los

liberales tenían casi un siglo gobernando y el elemento humano del cual podían escogerse los funcionarios no podía cambiar de mentalidad de un día para otro. Esos funcionarios se escandalizaban cuando llegaban a Caracas. El español no conocía en la Península los prejuicios de raza. El anti judaísmo español había sido religioso, no racial, al grado que los judíos cristianizados siguieron viviendo en España a docenas de millares. Los funcionarios que llegaban de la metrópoli no tenían inconvenientes en codearse con pardos y mulatos y hasta en recomendarlos al trono como casta que merecía mejor trato del que estaba recibiendo.

Para los nobles de Caracas, ése era un crimen imperdonable, y se quejaban de la conducta de tales funcionarios. La nobleza caraqueña era tan altiva que, como hemos dicho, se oponía a los matrimonios de los canarios con muchachas de buenas familias criollas, y se oponía también a esos matrimonios cuando los aspirantes a maridos eran españoles del común, sin títulos de nobleza; esos nobles americanos se oponían a que por la vía del matrimonio entrara en su grupo un comerciante peninsular, porque el comercio era "oficio baxo e impropio de personas blancas".

Los negros de Coro creían que los mantuanos de Caracas se habían opuesto a la cédula real que los declaraba libres, y aunque esa cédula no había existido, no había propiamente calumnia en el rumor, pues la verdad es que los mantuanos se oponían a todo cuanto pudiera beneficiar en el orden social no sólo a los negros, sino a todos los demás grupos.

Lo que había entre los mantuanos y todos esos otros sectores sociales era un estado de enemistad violenta, algo más que una simple división de clases y castas; y como el pueblo sabía que los funcionarios españoles no compartían la actitud del mantuanismo, la masa del pueblo se sentía cada vez más cerca de España que de los criollos poderosos.

No sabemos en qué medida se sintieron alarmados o agraviados los mantuanos por la sublevación negra de Coro, pero un año después, es decir en 1796, se dirigían al rey protestando de los funcionarios españoles "por la abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda la gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas"; decían que esos funcionarios "pintan muy distinto de lo que es en realidad el estado de

la provincia, el modo de pensar de las familias distinguidas y limpias, su total separación en el trato y comercio con los mulatos o pardos, olvidando la gravedad de la injuria que concibe una persona blanca en que sólo se diga que se roza con ellos o entre en sus casas, y la imposibilidad de que ese concepto se borre aunque se interponga la ley, el privilegio o la gracia".

Su Majestad desató la cólera santa de los mantuanos cuando promulgó su célebre real cédula de "gracias al sacar", que permitía a un pardo quedar limpio de sangre —es decir, blanco y puro y sin traza de infieles en sus antepasados— pagando 700 reales de vellón, y a un quinterón, pagando 1.000; concedía privilegios de hidalguía a quien pudiera pagar 107.000, y estado de hijo legítimo a los bastardos mediante pagos de cantidades estipuladas según cada caso; en esos casos se incluían hijos de clérigos e hijos de ambos padres solteros.

Para lo mantuanos, esa real cédula desconocía sus privilegios y dislocaba el orden social en que ellos vivían, un orden social que para ellos era cosa sagrada; se volvieron airados contra esa medida del rey, la consideraron como la mejor prueba del despotismo español que ellos estaban sufriendo y profetizaron que su resultado sería la guerra social, una guerra que convertiría "a esta preciosa parte del universo en un conjunto asqueroso de pecados, delitos y maldades", seguramente ejecutados por los "pardos, quinterones, mestizos, blancos de orilla, curanderos, comerciantes" —a todos los cuales despreciaban por igual— que tuvieran dinero con que comprar las dispensas establecidas en la real cédula de marras.

Los mantuanos, que odiaban a los "blancos de orilla", a los pardos, a los mulatos, a los negros libres, a los zambos y explotaban a los esclavos, iban divorciándose del poder real. Pero como hallaban que los comerciantes eran sus enemigos, porque los comerciantes ganaban con cierta facilidad dinero con el que compraban privilegios que los igualaban a ellos, tan pronto como se descubrió el complot de Gual y España en La Guaira, se pusieron de parte del rey, pues la de Gual y España era una conspiración de comerciantes, no de nobles terratenientes. Precisamente en esos días los mantuanos de Caracas tenían disputa con los comerciantes de la capital por problemas de competencia en negocios. Olvidándose momentáneamente de su

actitud frente al rey, los mantuanos más linajudos de Caracas enviaron a Su Majestad un memorial ofreciéndole hacer todo lo que se necesitara para aniquilar la conjura de La Guaira, y ponían a disposición del rey "sus fondos, los de cada uno de sus individuos y los de la nobleza y gente principal y decente de la capital y formar de ésta una o más compañías para la defensa y guarda de su persona".

Por su propia organización social y por presiones de la política exterior española, el imperio americano de España estaba dividido, y de mala manera. En ese imperio, la provincia de Caracas —es decir, Venezuela— se hallaba en estado de peligrosa agitación. Los mantuanos tenían una salida para el fermento que se acumulaba, y era conquistar el poder político mediante la independencia. Pero el miedo al ejemplo de la revolución francesa y a sus resultados en Haití les impedía actuar, y su propio poder inactivo, que no se expresaba políticamente en una acción creadora, se corrompía y los corrompía a ellos como grupo social; en vez de luchar contra la metrópoli luchaban contra los que compartían con ellos la misma tierra y el destino de la provincia. Así, la energía de su casta, que era mucha, fue dedicada a propagar el chisme, a alimentar odios de clase, a dividir. Cultivaron con verdadera pasión no el arte, sino el fanatismo de la división. Odiaban con el mismo ardor al trono y al pueblo, y el odio los envenenaba a tal grado que vivían para alimentarlo.

La conspiración de Gual y España, encabezada por comerciantes y descubierta en julio de 1797, fue francamente independentista. En ella aparecían mezclados curas, comerciantes, abogados y hasta españoles de los que habían sido enviados presos desde España por haber conspirado para establecer una república española.

Clases sociales de menos fuerza y capacidad que la suya parecían a punto de arrebatar a los mantuanos la dirección de los acontecimientos. El país se conmovía. Curas predicantes proclamaban el derecho a la libertad; los pardos de Maracaibo conspiraban; los negros de Cariaco se agrupaban para repetir en su jurisdicción lo que habían hecho los negros de Coro dos años antes. El siglo fecundo de América iba terminando y su final hallaba a Venezuela dividida y conmovida. Los pueblos divididos son pueblos débiles, en los que

la guerra intestina encuentra materia inflamable. Ya estaban vivos y algunos bien crecidos, los que iban a hacer la guerra social de 1812.

En mayo de 1799, don José María España, el rebelde de La Guaira, era ajusticiado. Su cuerpo fue cortado en piezas y las diferentes partes se colocaron en los lugares donde había estado conspirando. Era la víctima más prestigiosa de una revolución que estaba ya en marcha.

Todavía pendía España de la horca cuando oyó la voz de un sacerdote que clamaba: "¿Qué importa la manera con que murió el que está en el cielo?... Quizás, aún a los ojos del mundo, en estos malos días en que la sangre de los reyes mancha las manos del verdugo, el patíbulo venga a ser un título de gloria".

El ministro del Señor no andaba errado.

## *VI. LA ROTURA DE LOS VÍNCULOS*

Los siglos políticos, como las edades geológicas, no se cuentan por años. En el orden político, el siglo XIX del Hemisferio occidental nació con el establecimiento de la República Federal norteamericana, y el de Europa, con la destrucción de la monarquía francesa. En España y sus dominios, sin embargo, la nueva centuria nació en 1808.

Si algún hecho marca el inicio de la revolución que convirtió en repúblicas las colonias españolas de América, ése fue la prisión de la casa real de España, acaecida en Bayona, al comenzar el mes de mayo de 1808; pues la metrópoli y las provincias de ultramar se quedaron sin el centro de su vida administrativa y política, que era el rey, y en el proceso de hallar una fórmula que mantuviera el imperio funcionando, los vínculos legales e históricos se rompieron, las partes quedaron al garete, y con ello sobrevino la conmoción revolucionaria que trastornó el orden antiguo y dio nacimiento al orden nuevo.

La prisión de los Borbones de España fue obra de Napoleón, el hacedor y deshacedor de reyes; pero también fue obra de la corrupción de la corte hispánica; de la liviandad de María Luisa, la reina; de la debilidad de Carlos IV, el rey; de la cobardía de Fernando VII, el hijo de la liviana y el débil; de la ambición de Manuel Godoy, el antiguo sargento de la guardia real, cuyos amoríos con María Luisa lo llevaron a ministro, a duque de Alcudia, a Príncipe de la Paz, a jefe del gabinete y al tratamiento de Alteza Serenísima; y en fin de cuentas fue la obra de la revolución que estaba trastocando todo el orden conocido y tenía que trastornar, por lo tanto, el orden imperial en España y sus colonias americanas.

España había tenido que acabar atándose al carro francés, pero Napoleón era tan peligroso para sus enemigos como para sus aliados. La historia de las concesiones españolas a Napoleón es larga, y no es del caso enumerarlas ahora. La alianza hispano-francesa tuvo efectos desastrosos para España, como por ejemplo, la pérdida de la Isla Trinidad, cedida a Inglaterra en 1798, y la pérdida de la flota de

guerra y de sus mejores Mariños en la batalla de Trafalgar, donde las escuadras de Francia y España fueron aniquiladas por los ingleses. La batalla de Trafalgar tuvo efecto en octubre de 1805.

Esos desastres fueron colocando al pueblo español en una posición cada vez más anti francesa y por tanto cada vez más antiliberal, pues el pueblo entendía que el poder español estaba descalabrándose por haberse atado al francés; y poco a poco el pueblo fue personalizando en Manuel Godoy su odio a Napoleón y a las ideas de la revolución, y al mismo tiempo iba personalizando su creciente sentimiento conservador en el príncipe heredero, Fernando de Borbón Parma.

En junio de 1807, Bonaparte, que había resuelto tomar Portugal para cerrar la costa de ese país a los ingleses, negociaba con Godoy el libre paso de los ejércitos franceses por España. Los rumores de la negociación provocaron tanto malestar que la inquietud llegó al círculo real. En octubre, Napoleón y Godoy estaban listos para firmar un tratado —el de Fontainebleau— en que se convenían los detalles de la acción sobre Portugal, y Fernando y sus amigos de la corte se dispusieron a dar un golpe palaciego contra Godoy. Ésa fue la llamada conspiración del Escorial, descubierta en el mismo mes de octubre.

Acusado de querer destronar al padre y de haber organizado un complot para quitarle la vida a la reina, Fernando delató a sus compañeros de conjura y pidió perdón. Carlos IV comunicó la noticia a Napoleón, por cierta en una carta indigna, y el Emperador, ni corto ni perezoso, aprovechó la división de la casa real para aumentar su presión sobre el débil Carlos IV. España firmó el Tratado de Fontainebleau el 27 del propio mes de octubre de 1807.

Según ese tratado, España cedía su territorio para que las tropas de Napoleón operaran en él de paso hacia Portugal; a cambio de ese servicio, Godoy recibiría una porción de Portugal a título de reino, con monarquía hereditaria; otra parte se destinaría a ser cambiada por los territorios españoles que se hallaban en manos inglesas —como Gibraltar y la Isla de Trinidad—; otra se daría a los reyes de Etruria —la reina era hija de Carlos IV— que habían sido despojados de su reino por Napoleón; y por último Carlos IV sería coronado Emperador de las Américas, un cambio de palabras que no hacía variar en lo más mínimo la situación del rey en relación con las colonias americanas.

En noviembre, Napoleón había barrido las fuerzas portuguesas, y el regente de Portugal, con toda la familia real, huía a Brasil. Sin embargo ya en febrero de 1808 el impetuoso vencedor desconocía el tratado que él mismo había impuesto a España a través de Manuel Godoy, y en vez de un permiso para el paso ocasional de sus tropas hacia Portugal, pedía un camino permanente a través de España para enlazar Francia con Portugal; además, no esperó la concesión que solicitaba, sino que hizo que sus tropas avanzaran por España. Espantados por el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, Carlos IV y Godoy decidieron que la familia real siguiera el ejemplo de la portuguesa y se trasladara a América.

Pero entonces entró en escena el pueblo español, cuyo fuerte sentimiento nacional lo había llevado ya a una posición radicalmente anti francesa; y el pueblo no admitía que los reyes huyeran de la tierra de sus mayores. Sus Majestades debían luchar y morir con el pueblo. La noche del 17 de marzo de 1808, las multitudes asaltaron el palacio donde se alojaba Godoy en Aranjuez, y ése es el episodio conocido en la historia española como "el motín de Aranjuez". El poderoso ministro pudo esconderse en los sótanos del palacio, entre rollos de alfombras y tapices, y allí estuvo treinta y seis horas, sin comer y sin beber nada. Obligado por el hambre y la sed, resolvió salir, y la multitud, que no había abandonado la vigilancia del lugar, le golpeó y maltrató a tal grado que el resto de su vida llevó una cicatriz en la cara. Como desde la conspiración del Escorial el príncipe Fernando aparecía a los ojos del país como el jefe de los enemigos de Godoy, el motín de Aranjuez se convirtió en un movimiento en favor de Fernando, lo que determinó la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo. Así, el príncipe heredero pasó a ser Fernando VII, rey de España y de los dominios españoles de ultramar.

Mientras se producían esos hechos, las tropas napoleónicas, bajo el mando de Murat, avanzaban hacia el sur en dirección de Madrid, y entraron en la capital española el 23 de marzo. Un día después llegó a Madrid Fernando VII. Marchando lentamente tras sus tropas, Bonaparte se había quedado en Burgos, la vieja ciudad castellana, situada a corta distancia al norte de Madrid.

Murat pidió a Fernando que visitara a Napoleón en Burgos, pero el nuevo rey, que temía caer en una trampa no quiso ir. Sin embargo la situación de Fernando era débil, pues sus padres habían comenzado a conspirar para quitarle la corona un día después de habérsela cedido. Fernando supo que sus padres organizaban viaje a Burgos para ver a Napoleón, y como Napoleón hacía y deshacía reyes, Fernando quiso adelantarse a los padres y salió en busca del Emperador.

Cuando el nuevo rey llegó a Burgos halló que Napoleón se había movido hacia Victoria, que quedaba al noreste, vecina a la frontera de Francia, y él se encaminó a Victoria. Al llegar allí encontró una carta de Bonaparte invitándole a seguir hacia Bayona, ciudad francesa que se halla en las inmediaciones de Biarritz. Cuando todavía no se había decidido a cruzar la frontera, Fernando supo que sus padres se dirigían a Bayona, y él partió para llegar antes que ellos. El hijo y los padres competían en una carrera de indignidades.

El pueblo español, con mejor instinto que su rey, no quería que Fernando entrara en territorio de Francia, y se agolpaba en los caminos cerrándole el paso, y llegó hasta cortar los correajes del coche para que no pudiera avanzar. Pero Fernando pensaba que su corona dependía de Napoleón, no del pueblo, y prosiguió su camino. Llegó a Bayona el 20 de abril, y a partir de ese momento sería durante cinco años prisionero del vencedor de Europa.

El episodio de Bayona es un capítulo triste en la historia de España. Bonaparte no quiso darle al joven rey trato de monarca y el pobre Fernando aceptó la humillación. El Emperador pidió que Fernando abdicara en favor de Carlos, y como Fernando se negara, se produjo una escena lastimosa, durante la cual Carlos y María Luisa insultaron al hijo, le gritaron como verduleros, y la madre llegó a llamarle bastardo. Por fin, abrumado y acobardado, Fernando aceptó volver a ser Príncipe de Asturias, denominación de los herederos de la corona española; el padre recuperó su título de Carlos IV, rey de España, y de inmediato abdicó sus derechos en favor de Napoleón. A cambio de la humillante sumisión, Fernando recibiría 400.000 francos de renta a cargo del tesoro de Francia y el padre 30.000.000 de reales españoles para sostener su real figura y su corte de amigos. Carlos IV pasaría a vivir en Compiegne, cerca de Marsella, y Fernando

sería alojado en Valency; es decir, los dos quedaban de rehenes, como prisioneros en jaulas doradas.

Cuando Fernando partía hacia Burgos en busca de Napoleón dejó en Madrid una junta de gobierno encabezada por su tío, el infante don Antonio. Durante la rebelión del pueblo madrileño contra las tropas de Murat, ocurrida el 2 de mayo —recuérdese que era el año 1808—, esa junta se puso del lado de los franceses con lo cual perdió toda autoridad sobre el pueblo. Para sustituirla, y de manera tan espontánea que sólo se explica como una emanación del genio popular español, comenzaron a brotar por toda España las "juntas de defensa de los derechos de Fernando VII".

Los acontecimientos que se desarrollaron en España a partir de esa hora pertenecen a la historia de España, no a la de América, pues España y América tomaron cursos diferentes en esa encrucijada histórica.

Las "juntas de defensa de los derechos de Fernando VII" obedecían a un principio de conservación de la unidad nacional, pero su autoridad era local; ninguna tenía potestad más allá del lugar donde se establecía; ninguna desde luego, podía tenerla en ultramar, y en ultramar estaban las colonias americanas. La prisión del rey en Bayona, su abdicación en favor del padre y la subsiguiente cesión de derechos de Carlos IV sobre América dejaron a las colonias sin vínculo político con España, y lo que es peor, ni siquiera quedaban vínculos políticos entre todas las provincias americanas.

*(En diciembre de 1813, es decir, cinco años y nueve meses después del día en que comenzó el cautiverio del joven rey español, Napoleón, asediado por sus enemigos de toda Europa, reconocía a Fernando VII y sus herederos como reyes de España y de América. Pero en lo que se refería a América, el reconocimiento era una ficción, porque de los que habían sido los vastos dominios americanos del prisionero de Bayona sólo quedaban territorios insulares: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo. Los demás o eran libres o se hallaban luchando por la libertad).*

Ahora volvamos un poco atrás para comprender lo que sucedía en Venezuela.

Cuando España perdió su flota de guerra en Trafalgar, Inglaterra tomó ventaja de la ocasión para atacarla en el flanco americano. En

marzo de 1806, Francisco de Miranda, protegido por el gobierno inglés, se presentó en Puerto Cabello con tres barcos armados, de los cuales perdió dos. Algunos norteamericanos tomados en esos dos barcos fueron colgados y la cabeza de Miranda fue puesta a precio. En esa oportunidad, los mantuanos de Caracas ofrecieron sus bienes para perseguir al "traidor". Miranda había participado en la revolución francesa, había alcanzado rango de general francés, lo que reforzaba el odio que originalmente le habían tenido los círculos mantuanos —a pesar de las cartas de 1781 y 1782— por el delito de ser hijo de un comerciante canario de Caracas.

En agosto del mismo año, Miranda desembarcó en Coro y estuvo en tierra diez días; durante esos días sólo dos esclavos prófugos y una negra presa se presentaron voluntarios ante el Precursor de la independencia americana. Coro había sido, once años atrás, escenario de la pequeña, pero intensa sublevación de los negros de 1795. En Coro, los negros recordaban la fiereza con que fue combatida aquella sublevación y los blancos recordaban la violencia con que se había iniciado. ¿Quién iba a levantarse en Coro contra el orden establecido?

La situación se había vuelto muy inestable y por tanto muy peligrosa, y la nobleza venezolana no había salido aún del estado de parálisis y de intoxicación psicológica en que la habían puesto la revolución francesa y sus reflejos en Haití. Para los mantuanos de Caracas, el problema no era zafarse del poder español para caer en el inglés o para pasar a manos de Francia o, peor aún, de sus propios esclavos, el problema que tenían ellos que resolver era cómo conquistar el poder político de la colonia sin poner en peligro —sino todo lo contrario— el poder económico que tenían. Si iban a la lucha, lo harían para conservar y aumentar su poder, no para conquistar posiciones que ya dominaban ni para arriesgar lo que tenían. La coyuntura favorable que esperaban no se les presentaría sino en 1808, al quedar rotos, por la prisión de Fernando VII en Bayona, los vínculos que ataban a España y sus colonias de América.

A mediados de julio de 1808 llegó a La Guaira un bergantín con pliegos del Consejo de Indias —que era, como si dijéramos, el ministerio de colonias americanas del gobierno español— en que se reclamaba el reconocimiento de José Bonaparte como rey de España. Al saberse la noticia en la calle, el pueblo se amotinó dando

vivas a Fernando VII y mueras a Napoleón. Claro, Napoleón había destruido en Europa a la antigua nobleza y la nobleza de Caracas se sentía amenazada. Ella encabezó el motín. Fueron jóvenes mantuanos, como Simón Bolívar y José Félix Ribas, los que encabezaron al pueblo ese día. El cabildo, compuesto por mantuanos, pidió al capitán general que jurara públicamente fidelidad al rey preso. El capitán general accedió, las autoridades sacaron a las calles el pendón real y el pueblo se pasó el día dando vivas a Fernando VII.

Diez días después de esos sucesos, los mantuanos estaban conspirando para crear una Junta Suprema Gubernativa que debía declarar la independencia de la provincia. La conspiración se fraguaba en reuniones que tenían lugar en una casa de Simón Bolívar. Vista la inestabilidad de la situación, las autoridades no actuaron contra los conjurados. En el mes de noviembre, sin embargo, los mantuanos hicieron público su juego. En Sevilla se había formado una Junta Suprema que reclamaba obediencia de todas las juntas que se habían formado en España y solicitaba el establecimiento de juntas similares en América; y los mantuanos, sin esperar que las autoridades coloniales opinaran sobre el asunto, nombraron delegados suyos e invitaron al Ayuntamiento y a los altos funcionarios españoles a integrar la junta que debía funcionar en Caracas. Entre los ocho delegados del mantuanismo, había dos marqueses y cinco condes criollos.

Había llegado el momento de actuar, el de expulsar del alma colectiva del grupo mantuano el veneno que lo paralizaba, pues en España había un rey llamado José Bonaparte, hermano del ogro que estaba diseminando por el mundo las ideas de la revolución francesa, y los mantuanos caraqueños intuían que bajo ese rey iban a quedar liquidados. La prisión de Fernando VII en Bayona había roto los vínculos de España con América, y la exaltación de José Bonaparte a rey de España había roto el hechizo que había mantenido a los mantuanos inactivos.

Los mantuanos se lanzaban a la lucha, pero como en la sociedad de la provincia había un fermento de odios que dividía a los grupos sociales y raciales, los pardos se asustaron y se movieron a la defensiva. Los pardos, pues, reclamaron que la situación se mantuvieran sin cambios, y en su nombre hablaron los oficiales del Batallón de Pardos. Las autoridades coloniales tuvieron miedo del conflicto que se avecinaba y ordenaron

la detención de todos los firmantes del documento mantuano; y unos fueron detenidos en sus hogares, otros en cuarteles, otros fueron confinados fuera de Caracas, y uno de los delegados escogidos por los firmantes fue enviado a España como reo de Estado, lo cual en el lenguaje de la época quería decir delincuente político.

Pero la marcha de los acontecimientos era inexorable y lo que parecía peligroso un día no lo era al día siguiente. Napoleón entró en Madrid en diciembre de ese año de 1808, y el año de 1809 comenzó con avances irresistibles de las tropas francesas por todos los rumbos de España. Nadie sabía lo que iba a pasar en la Península y no era político mantener detenidos a los hombres más prestigiosos de Caracas. Por otra parte, en el mes de mayo llegó a la provincia un nuevo capitán general, don Vicente Emparan, que traía ideas claras sobre la situación en España.

Puestos en libertad, los mantuanos se prepararon para el segundo golpe. En noviembre de 1808 habían fallado porque no tenían fuerzas militares que los apoyaran. Frente al Batallón de Pardos, esos mestizos de negros a quienes tanto despreciaban, ellos, los amos de Venezuela, no tenían autoridad efectiva. Para los grandes cambios históricos en pueblos que desconocen todavía el ejercicio de los derechos políticos, la palanca de Arquímedes es el fusil; en esa época, el trabuco, la lanza o el cañón de mecha. Con todo su poder económico y su soberbia de clase, los mantuanos sin armas eran débiles frente a los partidos organizados en milicias. La lección fue aprendida, y después del fracaso de noviembre de 1808, los señores de la oligarquía caraqueña se dedicaron a organizar milicias o a hacer valer los nombramientos de oficiales de las que existían, grados que muchos de ellos habían recibido del rey años antes y no los habían ejercido porque pensaban que ser capitanes o tenientes de milicias era indigno de sus altas posiciones. Algunos de los jóvenes mantuanos, los más radicales, se dedicaron a frecuentar el trato de pardos y mulatos de los barrios caraqueños.

Una vez seguros de que contaban con el apoyo del Batallón de Aragua y de que la gente del pueblo no se opondría a sus planes, los mantuanos prepararon el golpe del 19 de abril, día de Jueves Santo de 1810.

Ese golpe fue una obra maestra de habilidad política. Además de ganarse la adhesión del Batallón de Aragua y la de la gente de los barrios, los mantuanos habían reforzado su poder en el Ayuntamiento

colocando en él a hombres jóvenes y radicales partidarios de la independencia, entre ellos el sacerdote chileno José Cortés de Madariaga, cuya actuación fue decisiva en el golpe.

Las mantuanos constituyeron el Ayuntamiento y enviaron una delegación al capitán general Emparan para invitarlo a ir junto con los representantes del pueblo a las ceremonias religiosas del día, que era de las más importantes en el ritual católico porque el Jueves Santo se conmemora la muerte de Jesús. Al mismo tiempo que enviaban su delegación al capitán general, los mantuanos se movían en las calles y colocaban en las vecindades del Ayuntamiento y de la iglesia, hombres y mujeres de los barrios, y entre ellos, capitaneándolos, algunos de los mantuanos más jóvenes y más enérgicos.

De buenas a primeras, en vez de salir hacia la iglesia, el cabildo decidió tratar la situación política en España y en Venezuela, pero el capitán general advirtió que ya era hora de asistir a los oficios religiosos, rompió la discusión y salió hacia la iglesia mayor. Pero los conjurados no le dejaban avanzar. Alegaban, en plena calle, que el problema que se discutía era más importante que la función religiosa, argumento en verdad osado y escandaloso para esos tiempos, y le invitaban a volver al Ayuntamiento. Don Vicente Emperan no quería ceder y hasta llegó a invocar su autoridad para imponerse a los revoltosos, pero en ese momento el jefe del Batallón de Aragua le empujó por un hombro en dirección al Ayuntamiento. Era la rebelión sin sangre.

Lo que vino después fue relativamente simple. Consultado el pueblo si quería que siguiera gobernándolo Emparan, el pueblo gritó que no, a lo que el capitán general respondió con triste majestad: "Yo tampoco quiero mando".

El Ayuntamiento de Caracas, que era el centro de poder del mantuanismo en la provincia, quedó como autoridad máxima en la capital; después pidió a los ayuntamientos del resto de la colonia que reconocieran su autoridad y se proclamó Junta Suprema de Gobierno.

Los mantuanos habían logrado lo que se habían propuesto, y lo hicieron con respaldo del pueblo de Caracas, pero las masas del país no tardarían en reaccionar. Si los zambos y los mulatos de la capital se dejaron engañar, los de las villas y aldeas del interior no caerían en la trampa. Para ellos el enemigo era el mantuano, no España.

# SEGUNDA PARTE
# La guerra social

## *VII. LA GUERRA SOCIAL EN MARCHA*

Hasta el 19 de abril de 1810, la organización social de la provincia venezolana había resultado en el mayor provecho de los mantuanos. Pero los mantuanos vivían con miedo de perder lo que tenían y querían ser los amos del poder político para sentirse seguros de que su dominio sería estable. Sin embargo he aquí que para tomar el poder político tenían que destruir en la cúspide esa organización social y ponían en riesgo todo lo que habían acumulado en un siglo de desarrollo económico y cultural, y al destruir la organización en la cúspide, estaban destruyendo el arco maestro que sostenía todo el edificio social.

Entre abril de 1810, cuando quedó instalada la Junta Suprema y desconocidas las autoridades españolas, y marzo de 1811, cuando quedó instalado el congreso de representantes del pueblo convocado por la Junta de Caracas, hubo numerosos levantamientos, varias conspiraciones y abundantes manifestaciones contra el nuevo régimen. Desde el primer momento, Maracaibo, Coro y Angostura se habían negado a cambiar el gobierno de la Regencia por el de la Junta —indicio de que en los propios círculos mantuanos faltaba unanimidad—, y en junio de 1810 se unió a esas ciudades la villa de Barcelona. En octubre se supo en Caracas que las autoridades españolas de Quito habían hecho una matanza de ciudadanos partidarios de la independencia, y el pueblo caraqueño se amotinó reclamando que la Junta adoptara una política anti española definida, lo cual indica que los mantuanos de Caracas no se sentían seguros y actuaban con tibieza.

En diciembre de 1810 llegaban a Caracas don Francisco Miranda, el veterano luchador contra el poder de España, y el joven Simón Bolívar, que había sido enviado a Londres meses antes como representante de la Junta. Unidos a jóvenes radicales del mantuanismo, los recién llegados formaron una sociedad política al estilo francés que presionaría sobre el Congreso en favor de la independencia. Otro grupo formó la sociedad

club de los Sincamisa, “más demagógica que la anterior”, al decir de Juan Vicente González.

En la etapa del tránsito, mientras pasaba de colonia a república, la antigua provincia daba tumbos. Las contradicciones que se habían ido creando en su composición social se hacían cada vez más agudas, y ya no existía el poder monárquico —el arco maestro de la construcción—, que imponía a todos los sectores la convivencia dentro del orden tradicional.

La situación económica se hacía cada vez más difícil. Como había sucedido a lo largo de la historia en todas partes, los que disponían de dinero lo escondían, temerosos de lo que pudiera suceder, y la liquidez se hacía cada vez más escasa a la vez que la producción agrícola disminuía debido a que el estado de agitación propio de un cambio político tan importante no favorecía el trabajo en los campos.

El 5 de julio de 1811, el Congreso acordó la independencia, que debía ser jurada el día 14. El día 11 hubo motines en Los Teques, villa cercana a Caracas, con vivas a Fernando VII y mueras a los “traidores, rebeldes y herejes”. Poco después se amotinaba también Valencia, al tiempo que entre les mantuanos de Caracas surgían conspiradores que se comunicaban con los realistas de Angostura, Coro y Maracaibo. El levantamiento de Valencia fue pronta y sangrientamente aplastado. Costó más de 800 muertos y más de 1.500 heridos y muchos de los cabecillas murieron en la horca. En total, hubo ocho alzamientos y rebeliones entre abril de 1810 y julio de 1811. Ninguno de ellos daba señales, todavía, de que se iba a la guerra social; todos, sin embargo manifestaban el descontento general con el nuevo orden.

¿Se debía ese descontento a que el pueblo no quería la independencia? No. Se debía a que el pueblo no quería ser gobernado por los que habían tomado el poder debido a que los consideraba, y con razón, sus enemigos. Para la gran masa, el problema no estaba planteado en términos de colonia o independencia, sino en términos de gobierno del rey o gobierno de los mantuanos, y la gran masa prefería el gobierno del rey porque la monarquía con medidas procedentes de Madrid, pero sobre todo a través do sus funcionarios destacados en Venezuela— había probado sor más benévola con ella que los grandes señores criollos. El rey proporcionaba a los pardos y a los quinterones la manera de convertirse

en blancos puros, a un pulpero canario la de tener privilegios de hidalgo, a un hijo bastardo la de pasar a hijo legítimo, y los mantuanos no reconocían esas medidas; por otra parte, ¿qué esclavo ponía en duda que los mantuanos habían pedido la derogatoria de la cédula real que los hacía libres, aquella que había visto el negro Loango de Coro años atrás?

En marzo de 1812, el Congreso designó a Valencia capital del país y escogió un triunvirato de mantuanos para que gobernaran la flamante Unión Federal. A esa altura, la sociedad venezolana —todavía colonial en todos los órdenes y sólo republicana en las declaraciones del Congreso y en los discursos de los líderes— se hallaba en estado de creciente descomposición económica, política y social. Cualquier acto violento podía iniciar una guerra social. Y el acto violento se produjo con el desembarco en Coro del capitán de fragata Domingo Monteverde, que llegaba de Puerto Rico al triando de un grupo de hombres, no de un ejército.

En su biografía de José Félix Ribas, Juan Vicente González afirma que Monteverde se internó en el país por Coro con doscientos treinta soldados "entre españoles y corianos, un cura de nombre Torellas, un cirujano, diez mil cartuchos, un obús de a cuatro y diez quintales de galletas. Como se ve, la fuerza militar de Monteverde era ridícula. "La fortuna", agrega González, "se encargó de tan vulgar personaje".

Pero no fue la fortuna. Nada tuvo que ver la fortuna en la sublevación del indio Reyes Vargas contra el gobierno de Valencia y su adhesión a Monteverde, ni en la deserción masiva de la ciudad de Carora, que se pasó al bando del rey, ni en la entrega de Barquisimeto y San Carlos, que se rindieron a Monteverde, ni en el levantamiento de Puerto Cabello, que fue obra de criollos. Estaba sucediendo lo que lógicamente tenía que suceder, pues en dos años de gobierno el mantuanismo no había dado señales de que había cambiado o iba a cambiar de mentalidad y de actitud frente a las masas, y las masas se iban con Monteverde, que era el enemigo armado del mantuanismo. Los mantuanos seguían odiando a los "blancos de orilla", a los mestizos de todas las razas y todos los grados, a los negros libres y esclavos; no habían abierto al pueblo la entrada en los pequeños círculos gobernantes; no habían ofrecido nada que las masas venezolanas hubieran podido tomar como programa liberal, tan liberal, por lo menos, como el de los Borbones.

La verdad es que el historiador Juan Vicente González, y casi todos los historiadores de los sucesos venezolanos de aquellos días, veían los acontecimientos con mirada superficial; creían que la revolución estaba encarnada por los prohombres venezolanos y la contrarrevolución por Monteverde y sus seguidores, y sucedía todo lo contrario; y el hecho de que Monteverde encarnara la voluntad revolucionaria, igualitaria, de las masas, es lo que explica el buen éxito de su aventura militar.

Una expedición que el Congreso había enviado a la Guayana para someter a los rebeldes de Angostura terminó en un fracaso, y allí no estaba Monteverde y no estaba, por tanto, la buena fortuna del vencedor de San Carlos. Tampoco había estado Monteverde en el levantamiento venezolano del año anterior ni había participado en los otros siete alzamientos habidos entre abril de 1810 y julio de 1811. Monteverde no era portador de una varita mágica sino de la chispa que iba a prender fuego en el polvorín venezolano, y ese polvorín había sido acumulado por el mantuanismo con sus odios de clase y de raza.

Dos acuerdos tomó el ejecutivo designado por el Congreso para hacer frente a Monteverde, y los dos fueron impolíticos: uno, decretar medidas rigurosas contra los enemigos y desertores; otro, designar a Miranda generalísimo de los ejércitos de la república.

La primera medida no hacía sino confirmar las sospechas populares de que los mantuanos querían mantenerse en el poder por medio del terror; la segunda colocaba la suerte de la guerra en las manos de un general que desconocía el fondo social de la crisis.

Miranda podía comandar ejércitos disciplinados. Tenía experiencia militar y valor; había combatido en Europa contra los enemigos de la Francia revolucionaria y en América a favor de los norteamericanos sublevados contra Inglaterra. Pero Miranda no podía comprender lo que estaba sucediendo en el país. Por otra parte, en su caso personal se daba una situación compleja: el pueblo, la masa del pueblo, compuesta de pulperos canarios, agricultores, pobres, mulatos, pardos y negros analfabetos, no sabían quién era Miranda; y la oligarquía mantuana, que le entregaba el poder militar, no confiaba en él. Para los oligarcas, Miranda era un advenedizo, hijo de un comerciante canario a quien los mantuanos habían humillado prohibiéndole ejercer el mando de un

batallón, mando que le había sido conferido por el rey. Miranda había sido excomulgado por haber encabezado la fracasada invasión de 1806; su efigie se quemó en las plazas públicas y el mantuanismo de Caracas y de otras ciudades de la provincia había contribuido a calumniar su nombre. Se le acusó de ser agente de Inglaterra, y esa acusación, como la de enemigo de su religión, estaba agazapada en el fondo de la conciencia venezolana. A los primeros reveses, toda la campaña de descrédito que se había hecho contra Miranda tomaría cuerpo de nuevo.

Monteverde avanzaba con sus tropas de gente del pueblo. No hay que olvidar que la mayoría de sus hombres eran venezolanos. Monteverde había autorizado el saqueo; y los saqueados, ¿quiénes podían ser? Sólo los que tenían propiedades, fincas, bienes; es decir, los mantuanos. En nombre del rey, Monteverde autorizaba el saqueo de los poderosos criollos por parte de los que no tenían nada. Así, más que militar, la acción de Monteverde era política, y por razones políticas, no porque dispusiera de una fuerza militar incontrastable, iba arrollando a las bisoñas tropas republicanas. De esas tropas republicanas se pasaban a las de Monteverde centenares y centenares de soldados, lo cual se explica en parte por razones políticas y en parte —quizá la mayor— porque la tropa republicana no podía ser autorizada a saquear, visto que las propiedades que podían ser saqueadas eran las de sus jefes y esos jefes reclamaban todo lo contrario: que sus bienes fueran respetados y defendidos.

Desde el punto de vista de la posesión de bienes —tierras y esclavos, ropa, dinero, alhajas, vacas y caballos, muebles, comida y licores— la independencia no significaba un cambio para los mantuanos ni para las masas. La independencia sólo significaba la consolidación del orden económico existente, pero con un cambio en el poder político; es decir, el mantuanos retenía, y podía aumentar, su propiedad, y con la conquista del poder político, cosa que le proporcionaba la independencia, estaba más seguro en la posesión de sus bienes, y mucho más seguro todavía si vencía a Monteverde, pues con la victoria consolidaría su poder político. En cambio, un mulato o un zambo que combatiera en las filas de Monteverde podía salir de un combate con algún bien que no tenía antes: ropa, vajilla, muebles, caballo de buen paso. Ahí está el secreto de la victoria de Monteverde, no en favores de la fortuna.

Miranda no tenía bajo su mando un ejército verdadero, que la república no había tenido tiempo de formar, y el temor a las deserciones lo hizo cauto. Por eso no combatió en Valencia, que cayó en manos de Monteverde, y estableció su cuartel general en Maracay, más cerca de Caracas; y por eso no persiguió a los realistas cuando los derrotó en La Cabrera y en Guaira, y ni siquiera se mantuvo en Maracay sino que se retiró a La Victoria, más cerca todavía de Caracas. Miranda no se hallaba seguro porque él no mandaba un ejército sino un amontonamiento de hombres del pueblo que se sentían más atraídos por las banderas realistas de Monteverde que por las republicanas de los mantuanos caraqueños.

Desconfiando de la capacidad militar y sobre todo de la limpieza política de sus oficiales mantuanos, Miranda comenzó a usar oficiales extranjeros; disgustada por esa medida, la recalcitrante oligarquía caraqueña comenzó a propagar la vieja calumnia de que el generalísimo era un agente inglés y actuaba como tal, y puso de moda la vieja conseja de que era un excomulgado y por tanto un enemigo de Dios. Entre sus oficiales mantuanos, Miranda descubrió conspiraciones que no pudo aplastar porque su auditor de guerra se negó a firmar sentencias de muerte.

En La Victoria, Miranda guardaba el paso de Caracas. Los ricos valles de Aragua terminan allí, al pie de las montanas de La Victoria. El veterano luchador esperaba detener allí a Monteverde, pero de súbito recibió la noticia de que el castillo San Felipe de Puerto Cabello —que se hallaba bajo el mando de Simón Bolívar—, la única posición fuerte de la república que amenazaba a Monteverde por la espalda, había caído en manos realistas por sublevación de la guarnición, que no estaba compuesta de españoles sino de venezolanos; y supo que en Barlovento, su propio flanco izquierdo, los negros libres y esclavos se levantaban dando vivas al rey. El generalísimo vio perdida la situación y solicitó capitular. Monteverde y sus huestes entraron en Caracas al comenzar el mes de agosto de 1812.

A pesar de los términos de la capitulación —que daban garantías a los vencidos, y que fueron violados— , los mantuanos y sus partidarios cayeron en prisión, eran enviados presos a España, huían o se escondían. Sin embargo, los vencidos no tuvieron una suerte tan

dura como quieren dar a entender los historiadores. Si se compara su situación bajo Monteverde con la que sufrieron bajo Boves, se advierte que el capitán de fragata canario no fue realmente cruel. Algunos de los jefes de gavillas realistas en el interior del país lo fueron, sin duda, y muchos de ellos comenzaron por su cuenta, en esos días, una especie de guerra a muerte localizada en varios puntos aislados de Venezuela.

El regente Heredia escribía por entonces que contra los "apellidos más ilustres de la provincia... se había encarnizado más la persecución de la gente soez que formaba la mayoría del otro partido". Ese "otro partido" era el realista. Cuenta también Heredia que con frecuencia veía a "niñas delicadas, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde había escogido para que siempre le acompañase".

En ese párrafo del regente Heredia está expresado el verdadero fondo de la lucha, que era social, no política. El zambo Palomo representaba a la gran masa del pueblo, con sus costumbres "despreciables" porque no había razones para que las tuviera mejores, y con el poder de las armas acampando en la altiva ciudad de los mantuanos; y las niñas delicadas y las mujeres hermosísimas encarnaban al mantuanismo vencido por la revolución social, que ya había empezado.

Las grandes guerras sociales se confunden fácilmente con la guerra de razas en países donde hay discriminación racial. Para la época de la entrada de Monteverde en Caracas, la población de la provincia venezolana se calculaba en 800.000; y se descomponía en 62.000 negros esclavos, 406.000 mestizos de varias razas, 120.000 indios y 212.000 blancos europeos y criollos, de los cuales 12.000 eran españoles y canarios.

Tenemos, pues, que de 800.000 habitantes, más de la mitad, 468.000, eran negros, mulatos, pardos, quinterones y zambos. Como el zambo Palomo había, pues, millares y millares en Venezuela. Por su raza y por su condición económica, la mayoría del pueblo era enemiga natural de los mantuanos, además, entre los 12.000 españoles y canarios, los más odiaban también a la nobleza criolla, porque la nobleza criolla despreciaba a los españoles y canarios que no eran aristócratas, y de ésos había pocos en Venezuela; por último, no todos los 200.000

blancos criollos que quedaban eran partidarios de los mantuanos. Pero ateniéndonos a los 468.000 venezolanos de razas consideradas inferiores, tenemos que convenir en que la lucha contra la oligarquía del país, se identificaba, en gran medida, con la guerra de razas.

El 26 de marzo —recordemos que estamos en 1812—, por los días en que Monteverde tomaba Barquisimeto, un terremoto había destruido varias ciudades de Venezuela y gran parte de la ciudad de Caracas, de manera que la capital estaba en ruinas cuando Monteverde y su corte de zambos tomaron posesión de ella, en noviembre se juró la nueva constitución española, que había sido elaborado por diputados de España y América en ausencia de Fernando VII, todavía preso en Bayona, y esa constitución era liberal. En los festejos de la juramentación participó con entusiasmo la gente de los barrios.

¿Por qué ese pueblo respaldaba a Monteverde? ¿Porque era el vencedor? ¿Y a qué se debió que hubiera conquistado la victoria tan rápidamente? ¿Por qué, habiendo desembarcado en Coro con menos de doscientos españoles, y habiendo avanzado hacia el interior con sólo doscientos treinta hombres entre españoles y corianos —es decir, vecinos de Coro – ese canario audaz dominaba en pocos meses todo el país y echaba por tierra la república con tanta facilidad?

Porque la subversión política que habían producido los mantuanos provocó la subversión social de las masas contra ellos, y Monteverde capitaneó a las masas del pueblo en lucha contra los mantuanos.

Monteverde era arbitrario, violento; un canario con alma de conquistador, audaz, ejecutivo, pero no se impuso por el terror. La masa del pueblo lo siguió porque él encarnaba el poder enemigo de los mantuanos. Para los zambos como Palomo, Monteverde no era un monstruo sino un justiciero, que los colocaba a ellos a la altura de los mantuanos, o rebajaba a los mantuanos, a la altura de los zambos. Lo que hubo de cruel en el gobierno de Monteverde no fue producto de ninguna maldad innata en el alma del capitán canario, sino fruto natural del odio que sentía el pueblo hacia el mantuanismo.

Desde el punto de vista de la moral social y de los deberes de un jefe militar en la época, el mayor mal de Monteverde estuvo en no hacer respetar su propia dignidad de jefe vencedor. Monteverde violó los términos de la capitulación que acordó a Miranda, y eso era inmoral.

Además, estimuló el saqueo, la violación, el pillaje, pero no hay duda de que sin ese estímulo su acción militar no hubiera podido convertirse en una guerra social, y sin el carácter social de la guerra, él no hubiera podido penetrar mucha distancia tierra adentro con los doscientos y tantos hombres con que la inició.

Aunque había habido algunas señales, desde la sublevación de los negros de Coro en 1795, de que en Venezuela se preparaba una guerra social, no hay duda de que ella comenzó con el desembarco de Domingo Monteverde en la ciudad de Coro, en marzo de 1812.

# VIII. MIRANDA Y BOLÍVAR

Hasta ahora no ha habido una explicación satisfactoria para la prisión de Miranda y para la intervención en ella de Simón Bolívar, el futuro Libertador de media América; y nos parece que ésta es una buena oportunidad para tratar de dar alguna claridad a ese episodio, que tiene importancia histórica por la categoría de los dos personajes que intervinieron en él.

En la mañana del día 30 de julio de ese año de 1812, el generalísimo Francisco de Miranda, que había firmado el 24 la capitulación ante Monteverde, se dirigió a La Guaira para embarcar esa misma noche en el "Sapphire", buque inglés a bordo del cual estaban ya sus archivos. A última hora el Precursor había decidido pasar la noche en tierra como huésped de un amigo, y sucedió que ese amigo se había puesto al servicio de Monteverde y estaba haciendo correr entre sus relacionados la especie que el viejo luchador había enviado monedas de oro, el oro —según el rumor que difundía el amigo— que Monteverde le había dado a cambio de la rendición.

Los planes de Miranda eran embarcar al amanecer del día 31. En la madrugada despertó al ruido de voces y halló que le rodeaban, espada en mano, Simón Bolívar y dos jóvenes caraqueños. Los tres le intimaban la rendición. Dirigiéndose a su ayudante, que había ido a despertarle y se encontró en medio de la inesperada escena, Miranda comentó: "Bochinche, bochinche. Esta gente no sabe hacer sino bochinche".

Esa prisión de Miranda fue la última de su vida, pues al tomar La Guaira, Monteverde no le devolvió la libertad y ya no saldría más de una mazmorra hasta su muerte, acaecida en la prisión de La Carraca, en Cádiz, España, cuatro años después, es decir, en julio de 1816.

¿Por qué actuó Bolívar así?

En su biografía de Miranda, Mariano Picón Salas se pregunta si no lo hizo "para recuperar su ímpetu y su alma, en un como acto

desesperado de salvación psicológica", para curarse "un poco del sentimiento de humillación e inferioridad que le produjera el desastre de Puerto Cabello". Y puede ser que haya bastante de eso, pero nos parece que hubo mucho más.

Bolívar conoció personalmente a Miranda en Londres, a mediados de 1810; Bolívar estaba cumpliendo entonces veintisiete años y el Precursor sesenta. Éste no podía ignorar que su nuevo amigo procedía de una familia linajuda de Venezuela. Un año antes del nacimiento del joven delegado de la Junta caraqueña, Miranda había recibido una carta en que tres aristócratas de la provincia le aseguraban estar "prestos para seguirlo como nuestro caudillo hasta el fin", y la primera firma en esa carta era de don Juan Vicente de Bolívar padre de Simón.

Entre el conocimiento de ambos personajes en Londres y el episodio de la prisión de Miranda en La Guaira hubo dos años de amistad muy estrecha y de relación filial de parte de Bolívar hacia Miranda. Bolívar fue quien indujo a Miranda a volver a Venezuela, y, ya en Caracas, lo hospedó en su casa y actuó con él en la fundación y la actividad de la Sociedad Patriótica. Al ser designado general en jefe de los ejércitos republicanos, Miranda, confió a Bolívar el mando de Puerto Cabello, que era el punto fuerte de la república en la línea de la costa del Caribe, un importante depósito de pertrechos y a la vez el bastión del flanco derecho de las fuerzas republicanas.

Al mediodía del 30 de junio de ese año decisivo que fue el 1812, mientras el coronel Simón Bolívar se hallaba almorzando en la ciudad, el subteniente del batallón de milicias de Aragua, Francisco Fernández Vinoni, sublevó el Castillo de San Felipe y armó a los presos. A las dos de la tarde, Bolívar envió parte a Miranda relatando sucintamente los hechos y pidiendo ayuda, cosa que repitió horas después, a las tres de la mañana del día 1° de julio.

La primera nota llegó a manos de Miranda el 5 de julio, "ya puesto el sol", según comentó el generalísimo al recibirla. "Se me dice que ataque al enemigo; pero éste debe estar ya en posesión de todo", agregó. Según dijo Bolívar, en el castillo San Felipe había 1.700 quintales de pólvora y casi toda la artillería y municiones de la plaza; y Miranda sabía que Monteverde estaba precisamente corto de pólvora,

artillería y municiones. Con la caída de Puerto Cabello, pues, el enemigo se aviaba de lo que estaba necesitando. Impresionado por la noticia, Miranda comentó, hablando en francés: “Venezuela est blessé au coeur”; esto es: “Venezuela ha sido herida en el corazón”.

Bolívar combatió en Puerto Cabello hasta la mañana del día 6; después embarcó hacia La Guaira y de ahí pasó a Caracas, desde donde escribió a Miranda dos cartas y un parte. La primera carta, fechada el día 12, y la segunda, el día 14, son los primeros documentos del futuro Libertador que muestran su alma al desnudo: apasionada, profunda, tempestuosa y sin frenos para sufrir. Esas cartas tienen mucha importancia para desentrañar el misterio del episodio de La Guaira, tan rápido y tan dramático, que puso a Miranda en manos de los españoles por lo que le restaba de vida.

En el párrafo final de la carta del día 12, Bolívar decía: “Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Vd., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de Vd. y mi honor. Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ése habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria, pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos”.

Debemos tomar nota de que cuando Bolívar dice que va a escribir el parte de las operaciones “para salvar en la opinión pública la elección de Vd.”, se refiere a la elección que de él, Bolívar, hizo Miranda como jefe de Puerto Cabello; y esa necesidad de “salvar en la opinión pública” su crédito —es decir, de justificar la designación que de él hizo el generalísimo— se relaciona muy estrechamente con esta

frase: "... mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar". Al final de la carta, Bolívar dice que la patria se ha perdido en sus manos.

La carta del día 14 es francamente patética. Descontando la despedida no llega a cien palabras y son éstas:

> Mi general: Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a Vd. el adjunto parte, apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido.
> Mi cabeza, mi corazón no están para nada. Así suplico a Vd. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.
> Después de haber perdido la última y mejor plaza del estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?
> ¡De gracia no me obligue Vd. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.

No se necesita ser un observador sagaz para apreciar en esas cartas el sufrimiento de Bolívar, pero a la vez el afecto y el respeto del autor para el destinatario. Sólo se escribe así a quien se admira mucho, a quien casi se venera. Con esas cartas, Bolívar desnudó su alma ante Miranda, lo cual era un acto de fe en la grandeza del jefe, pues sin esa fe Bolívar no hubiera mostrado su alma desnuda ante el generalísimo.

Cuando Bolívar escribía esas cartas, ignoraba que Miranda estaba preparándose para acordar un armisticio con Monteverde. Entre el 17 y el 22 de julio, mientras sus comisionados negociaban con el jefe español, el generalísimo republicano hizo un viaje a Caracas. No hay constancia de que Bolívar lo viera en esa ocasión. Y de buenas a primeras corrió por Caracas y por La Guaira la especie de que Miranda había vendido la república por dinero y que estaba embarcando en un navío inglés el oro de la traición.

Las cartas de Bolívar a Miranda demuestran que a la caída de Puerto Cabello —y como resultado de esa caída— el joven mantuano había entrado en una seria crisis moral. No hay dudas, porque él mismo lo dice, que Bolívar había temido, antes de actuar como jefe de Puerto

Cabello, no ser apto para una jefatura militar, y por lo que demostró con su vida, ser jefe militar era su ambición. La caída de la ciudad en manos enemigas parecía confirmar aquellas dudas. Bolívar entró en crisis personal porque no era lo que él deseaba ser; no tenía, a su juicio, las condiciones necesarias para ser lo que deseaba ser. Puesto que no podía ser jefe, se humillaba y pedía que se le pusiera a servir a las órdenes del "más ínfimo oficial". La carta del día 14, con su apasionado y doloroso final ("¡de gracia no me obligue Vd. a verle la cara!"), confirma el estado de crisis personal en que se debatía el joven y bisoño coronel.

A esa crisis personal se agregó, casi inmediatamente, la crisis nacional, que se hizo evidente con el acuerdo de armisticio entre Miranda y Monteverde y que se confirmó con la capitulación. Así, Bolívar debió sentir que no sólo había fracasado él como individuo, sino que su fracaso había provocado el de la república. Él mismo lo había dicho en su carta del día 12: "...pero ¡ ah! ésta (la patria) se ha perdido en mis manos". En el término de pocos días, el joven coronel había sido víctima de dos crisis muy serias: la de su ser individual y la de su ser colectivo.

En el centro de esas dos crisis estaba Miranda; en la personal, porque Bolívar había desnudado ante él su alma creyéndole un jefe digno de veneración, ante quien se era un traidor si no se era sincero, y sucedía que ese jefe no merecía el desgarramiento de pudor viril que él le había ofrendado puesto que pactó un armisticio sin luchar; y en la crisis nacional, porque los rumores que circulaban, confirmados por el dueño de la casa donde se hospedaba el generalísimo, acusaban a Miranda de haber entregado la república por dinero.

Dada la rapidez de los acontecimientos, las dos crisis que estaba padeciendo Bolívar podían confundirse en una sola. Bolívar ignoraba que el dueño de la casa donde se hospedaba Miranda se había puesto al servicio de Monteverde; no tenía, pues, por qué dudar de lo que decía. Ahora bien, si Bolívar no creía que el generalísimo se había vendido al enemigo, debía admitir, por lo menos, que el veterano luchador se había rendido sin luchar. Por dinero o por cobardía. Miranda, a quien él había querido, respetado, admirado y venerado, se mostraba indigno del altar que le había levantado en su alma.

La simultaneidad de las dos crisis que agobiaban a Bolívar pueden haberse resuelto en una proyección de culpa hacia Miranda. De todo

lo que le sucedía a él y de todo lo que le sucedía al país, el culpable era Miranda. Y como Bolívar era hombre de acción, actuó haciendo preso al generalísimo.

Creemos que sucedió algo más. Creemos que un psicólogo podría hallar que la doble crisis de que fue víctima Bolívar en el mes de julio de 1812 provocó la acción de fuerzas ocultas que se agitaban en el alma del joven coronel desde los primeros años de su vida.

Se sabe que Bolívar fue un niño díscolo, difícil. En "Las Mocedades de Bolívar", Rufino Blanco Fombona achaca esa conducta del futuro Libertador a ausencia de afectos en el hogar. En "La Ciudad y su Música", José Antonio Calcaño relata la escena ocurrida cuando el niño Simón fue llevado a casa del que iba a ser su maestro, Simón Rodríguez, y refiere que los familiares no podían gobernarlo, que "vivía de manera independiente, y se la pasaba por las calles, a pie o a caballo, en compañía de varios otros muchachos que no eran de su condición social", y que "se había convertido en un problema para sus familiares".

Los estudiosos de la vida de Bolívar olvidan con frecuencia que éste perdió a su padre cuando tenía tres años de edad, y a la madre, a los nueve. A los tres años de edad, el niño Simón Bolívar no podía explicarse la ausencia de su padre y debió confundirla, de manera inconsciente, desde luego, con un abandono voluntario. Cuando más apasionado y sensible es un niño —y Bolívar lo era en sumo grado—, con más violencia reacciona contra el abandono por parte del padre. Las sensaciones que la ausencia del padre va provocando en su alma infantil forman un nudo de amarguras que se aloja en lo más profundo de su ser. Bolívar no le perdonó nunca al padre su ausencia. Sólo una vez lo evocó, y fue para reprender en forma indirecta, su falta. Esto sucedió en 1825, en carta escrita desde el Cuzco a su hermana María Antonieta. Hablando en esa ocasión de la negra Hipólita, que había sido su nodriza, decía: "Su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella". Obsérvese que dijo "otro padre", no "otra madre".

Don Juan Vicente de Bolívar tenía sesenta años a la hora de su muerte, la misma edad que tenía Miranda cuando Bolívar le conoció en Londres. En veinticuatro años, las modas varoniles no habían cambiado gran cosa, y Miranda era de un porte digno, como lo había sido don Juan Vicente. Miranda y don Juan Vicente, pues, respondían a una misma

imagen en edad, en apostura, en vestimenta. ¿No se produjo en el alma de Bolívar una sustitución de imágenes cuando conoció al Precursor? ¿No pasaría éste a sustituir a don Juan Vicente en los desconocidos y profundos fondos del alma de Bolívar? El veterano luchador era culto, prestigioso; sus cualidades públicas eran precisamente las que un joven como Simón Bolívar hubiera deseado ver en el padre, y además tenía una figura paternal.

El hecho de que Bolívar insistiera en el retorno de Miranda a Caracas y el hecho de que lo llevara a vivir en su propia casa de San Jacinto —la casa donde Bolívar había nacido y donde había muerto don Juan Vicente— parecen indicar que hubo esa sustitución de imágenes; esto es, que Miranda pasó a ocupar en el alma de Bolívar el lugar que su padre había dejado vacío.

Si esta suposición es buena, tenemos que aceptar que cuando a Bolívar se le presentaron, confundidas en una sola, la crisis personal y la crisis nacional, ambas originadas en la caída de Puerto Cabello, tuvo una conmoción psicológica que removió su subconsciente y lo llevó a castigar a don Juan Vicente Bolívar, el que le había abandonado cuando él era un niño de tres años. Pero don Juan Vicente no existía; Miranda había ocupado su puesto. Así, en la madrugada del 31 de julio de 1812, Bolívar hizo preso a don Juan Vicente en el cuerpo del Precursor Francisco de Miranda.

Y eso era también parte de la guerra social iniciada ese año en Venezuela, pues en la guerra social las fuerzas ocultas en el fondo del alma son las que dirigen la acción de hombres y pueblos.

# *IX. JOSÉ TOMÁS BOVES*

La acción contra Monteverde comenzó el 1.º de enero de 1813. Fuerzas venezolanas al mando de Santiago Mariño atacaron por Oriente, desde el islote de Chacachacare, y tomaron el pequeño puerto de Guiria, donde no había guarnición realista. Algunos triunfos rápidos de Mariño en la zona determinaron el abandono de Maturín por los hombres de Monteverde, y como si sólo hubieran estado esperando un ataque republicano para desatar las iras contenidas, pequeños cabecillas de la región de Oriente comenzaron a actuar simultáneamente y empezaron, a cometer los crímenes de una guerra social hecha por el pueblo sin ningún concierto. Aparecieron nombres hasta entonces desconocidos que encabezaban partidas realistas dedicadas a degollar, desorejar, lancear a cuanto republicano caía en sus manos. En poco tiempo el terror hizo conocidos los nombres de los más crueles de esos cabecillas: Zuazola, Antoñanzas, Cervériz, Yánez, Pascual Martínez. Generalmente, los jefes de los españoles y los seguidores eran venezolanos.

La simultaneidad en la aparición de las partidas, la ferocidad pareja con que actuaban y la oportunidad en que surgieron parecen indicar que Monteverde tenía la guerra social contenida, si no concientemente, por lo menos de manera inconsciente. Tal vez las masas de la región oriental se sentían protegidas por las autoridades realistas y debido a ello no actuaban por su cuenta, pero una vez que se vieron enfrentadas a las pequeñas victorias de Mariño, decidieron actuar por su cuenta.

A mediados de abril, el gobernador de Barcelona fracasó en un ataque dirigido a reconquistar Maturín. En Mayo atacó el propio Monteverde y fue derrotado. Ya en ese mismo mes de Mayo, la guerra social se había extendido por todo el país y hasta en lugares tan alejados de Oriente como los Llanos de Barinas, se degollaba a los blancos criollos.

El día 23 de ese mes de mayo de 1813 entró en Venezuela por los Andes, y tomó Mérida, el futuro Libertador, Simón Bolívar. Al finalizar

mayo, pues, Monteverde se hallaba atacado por los dos extremos oriental y occidental del país, y habiendo fracasado en el extremo oriental volvió a Caracas para, desde allí, tomar las medidas que aconsejaran las circunstancias.

Bolívar había salido de Caracas con pasaporte de Monteverde y se había refugiado en Curazao; desde Curazao pasó a Cartagena, donde consiguió que le dieran el mando de una guarnición de sesenta hombres situada a orillas del río Magdalena. Lo que hoy es Colombia era entonces el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, que se había declarado independiente de España y se hallaba dividido en dos gobiernos, el centralista, con asiento en Bogotá, y el federalista, con asiento en Cartagena. Actuando en nombre del gobierno de Cartagena, Bolívar comenzó a tomar pueblos, villas y ciudades, y ya en marzo se encontraba en la frontera de Venezuela listo a cruzarla, y la cruzó tan pronto recibió permiso para hacerlo. El 10 de junio, una de sus columnas tomó Trujillo, ciudad donde entró Bolívar el día 14. El día 15, desde Trujillo, proclamó la guerra a muerte.

En la vida de Bolívar hay cuatro puntos muy debatidos: la prisión de Miranda, la proclamación de la guerra a muerte, los fusilamientos de La Guaira y el fusilamiento de Piar. Hemos tratado de explicar la prisión de Miranda a base de interpretación de la psiquis de Bolívar; en cuanto a los puntos restantes, creemos que el segundo y el cuarto —la proclamación de la guerra a muerte y el fusilamiento de Piar— obedecen al miedo de Bolívar a la guerra social; y creemos que en el tercero —los fusilamientos de La Guaira— están mezclados el miedo a la guerra social y el temor de que se repitiera en La Guaira la sublevación del castillo de San Felipe con resultados parecidos a los que sufrieron en aquellos días Bolívar y el país.

La proclamación de la guerra a muerte fue un esfuerzo del joven general para convertir la guerra social —la anarquía, como la llamaba él— en una guerra de independencia, en una lucha entre venezolanos de un lado y españoles del otro, si bien del lado de los primeros podía haber españoles republicanos. De acuerdo con la proclama, todo español que fuera cogido con las armas en la mano luchando contra la república, sería fusilado; en cambio, los venezolanos que estuvieran

en los ejércitos realistas, serían perdonados. Si la proclama tenía buen éxito, los jefes españoles se quedarían sin soldados y sin oficiales, porque soldados y oficiales de las fuerzas realistas eran, casi en su totalidad, venezolanos.

La proclama de Trujillo no daría los frutos que esperaba Bolívar porque a mediados de junio de 1813, cuando fue lanzada en Trujillo, la guerra social estaba desatada en todo el país y había tomado ya tales proporciones que ningún poder era capaz de detenerla.

Preocupado por la presencia de Bolívar en los Andes, Monteverde estableció su cuartel general en Valencia, el punto de la llanura donde convergían los caminos de Barinas, de los Andes y de Maracaibo. Su flanco derecho estaba guarnecido por el castillo de Puerto Cabello y su retaguardia se apoyaba en Maracay y La Victoria. La posición militar de Monteverde era tan buena como había sido la de Miranda en 1812.

Pero la posición política del jefe español se parecía también a la de Miranda, aunque por otras razones. A Miranda no lo dejaron actuar los mantuanos y a Monteverde lo desbordó el pueblo. Ya el pueblo, las masas, no se conformaba, como se había conformado en 1812, con tener entrada en el palacio de Gobierno de Caracas, con los saqueos, con las apariencias de la victoria. En 1813, el pueblo quería la guerra social, y estaba haciéndola. El pueblo que había llevado a Monteverde de Coro a la Capital, lo había dejado solo frente a Mariño en Maturín y lo dejaba solo frente a Bolívar en Valencia, porque Monteverde no satisfacía en 1813 las aspiraciones de la masa.

En siete semanas Bolívar hizo la llamada Campaña Admirable, que lo llevó de Trujillo a Caracas, ciudad de la que tomó posesión el 7 de agosto, mientras Monteverde se encerraba en Puerto Cabello.

Sin duda que el joven caudillo caraqueño había demostrado poseer cualidades excepcionales de jefe militar, sobre todo si se toma en cuenta la escasa experiencia que había podido adquirir en el arte de la guerra. Pero no todo el buen éxito de la marcha hacia Caracas se explica con el genio y el arrojo militar de Bolívar y sus tenientes. La verdad es que ante el joven general, que aparecía de improviso como el astro solar de la historia americana, había un vacío político que él iba llenando. Ese vacío político rodeaba a Monteverde y lo asfixiaba. Lo singular del caso es que aunque Bolívar iba ocupando el vacío con sus escuadrones,

y avanzaba a través de él hacia la capital, el vacío persistía en torno suyo con igual intensidad que en torno de Monteverde, pues las masas que abandonaron a Monteverde no corrieron a rodear a Bolívar. A quien las masas iban a rodear, a aclamar como jefe y a seguir ciegamente era a José Tomás Boves, que por esos días de agosto de 1813 iba de retirada hacia La Guayana, en la columna realista que comandaba el general Juan Manuel Cajigal.

Al entrar en Caracas, Bolívar quiso hacer buena su proclama de Trujillo por la cara española: los españoles y canarios que quisieran quedarse en el país podían hacerlo, y ser ciudadanos de la república, si ayudaban a la república; en cambio —y ésa era una demostración de que la guerra a muerte proclamada en Trujillo no había podido detener la guerra social brotada del seno de las masas—, visto que todavía había venezolanos que se esforzaban "en subvertir el orden, formando conventículos y protegiendo conmociones populares", ordenaba que fueran pasados por los armas los venezolanos que lucharan contra la república, y "para aquellos que antes han sido traidores a su patria y a sus conciudadanos, y reincidiesen en ello, bastarán sospechas vehementes para ser ejecutados".

Nada denuncia mejor el verdadero pensamiento de Bolívar —a veces cuidadosamente velado— que la lectura de sus cartas y proclamas. A pesar de su victoriosa Campaña Admirable, el joven general comprendía que las masas venezolanas no querían la libertad nacional sino la igualdad social, y como los Borbones de España habían favorecido la igualdad social, las masas de Venezuela peleaban bajo la bandera realista. Bolívar se empeñaba en convertir esta guerra social, a menudo también racial —"guerra de colores", la llamó él algunas veces—, en una guerra de independencia; pero las masas no respondían a sus deseos.

La situación se había tornado tan peligrosa que el propio Bolívar se veía en el caso de ir igualando, en el sentido profundo de la acción. Desde su entrada en Caracas, según dice Juan Vicente González, "impuso un donativo voluntario al que siguió otro forzoso. Dio una ley después que obligaba a todos los que tuvieran una tienda, una labranza, una propiedad cualquiera a contribuir a la pre y paga del soldado, conminando con quinientos pesos de multa al infractor, y facultando a las autoridades militares para embargar y rematar los bienes de los

morosos. Otra ley en noviembre del mismo año, para que sin perjuicio de la anterior los hacendados destinasen la tercera parte de sus esclavitudes a sembrar maíz, arroz y otros frutos menores, para que no faltasen víveres para la guerra. En enero del año 14 un decreto prohibiendo a todo ciudadano el uso de los pesos fuertes y ordenando presentarlos en la casa de moneda, para ser allí cambiados por macuquina o papel. El 25 de este mes y año Bolívar declara que toda propiedad pertenece al Estado".

No podía darse una legislación más revolucionaria e igualadora. Ni siquiera Lenín, cien años después, se atrevió a declarar, al tomar el poder, que "toda propiedad pertenece al Estado". Pero ésa no era la revolución que querían las masas. Las masas querían igualdad de razas y condición social, cosa que Bolívar, un mantuano, no haría aunque lo deseara. Así, pues, Bolívar no conquistó las masas, y resulta que debido a su radicalismo en el aspecto económico perdió el apoyo de los mantuanos y de todo el que tenía alguna propiedad, algún negocio; y como ya había perdido el apoyo de los españoles y canarios realistas, se encontró al cabo sin respaldo de ninguna facción.

La intranquilidad se adueñó también de Caracas. De noche como de día, las comisiones políticas se presentaban en los hogares a hacer registros, a apresar ciudadanos; los piquetes de fusilamientos actuaban bajo órdenes que se daban sin mandamiento judicial, por "sospechas vehementes"; grupos de soldados entraban en los comercios para confiscar artículos; una mujer llegaba con los ojos llenos de lágrimas a dar la noticia de que acababan de fusilar a su marido; una joven corría en busca de ayuda para salvar la vida de su hermano; un anciano comerciante informaba a sus hijos que le habían multado con una suma tan alta que no podría pagarla nunca.

Cuando el año de 1813 se acercaba a su fin, Monteverde fue depuesto por su propia gente en Puerto Cabello, y el general Cajigal, el jefe de Boves, asumió el mando como capitán general de España en Venezuela. Pero Cajigal recibió la representación del gobierno español; no había recibido la adhesión de las masas realistas venezolanas. Esa adhesión la tenía el que hasta poco antes había sido su subalterno, el asturiano José Tomás Boves, el hombre que iba a darle al 1814 el nombre de Año Terrible de Venezuela con que ha sido bautizado por los historiadores del país.

En realidad, Boves no se llamaba Boves. Adoptó ese apellido por gratitud hacia una familia de Puerto Cabello que le había salvado la vida. En los primeros meses de 1812 quiso combatir en las filas republicanas, pero los rebeldes dudaron de él y estuvieron a punto de darle muerte. Se dedicó a realista, pues, porque los republicanos no le dieron acogida.

Ya en octubre de 1813, Boves operaba en los Llanos de Guárico, y al mediar diciembre lograba su primera victoria importante en el Paso de San Marcos. Hombre de prodigiosa actividad, al comenzar el año de 1814 tenía 7.000 llaneros bajo sus órdenes, de ellos 5.000 jinetes. Y había que saber qué clase de jinetes eran esos llaneros...

Desde fines del siglo anterior vagaban por los Llanos grupos de gente armada que no reconocía ley ni Dios. La mala situación económica de la provincia, debida sobre todo a las guerras de España en Europa, se sentía al finalizar el siglo XVIII más en los Llanos que en Caracas. El viajero Fernando de Pons dice:

> La falta de extracción y el régimen constantemente vicioso de las carnicerías hicieron insensiblemente perder desde 1799, al ganado vacuno, todo su precio; y los cueros tomaron desde esa misma época un aumento que sólo dexó ver al hatero en las res el valor del cuero. Vino la res a no valer en hato más que dos pesos, y muchas veces costaba conducirla a las ciudades para conseguir tres pesos, que los gastos y eventos de la conducción reducían a uno.

De Pons se preguntaba, para contestarse a seguidas: "¿Qué partido quedaba al hatero en medio de sus animales? Aquel que tomó. Pues no había sino los cueros que tuviesen algún valor asegurado, debía matar y desollar sus vacas para vender sus cueros y su sebo."

Según el viajero francés, la costumbre de matar animales a lanza "dió a unos facinerosos dedicados al vicio la idea de proporcionarse un oficio con la destrucción de las reses, al objeto de conseguir sus cueros. Los Llanos fueron luego infestados por aquellos hombres cuya vida es una plaga para la sociedad".

Esos bandoleros de Los Llanos fueron los soldados de Boves, armados de lanzas que hacían de los hierros que arrancaban a las rejas de

las ventanas, y cuando no había hierro, con simples palos "de corazón" cuyas puntas afilaban hasta que fueran penetrantes como cuchillos. En cuanto a los caballos, en los Llanos no había problema para hacerse de ellos, pues abundaban las manadas salvajes, ni los había para conseguir carne —casi la única comida de los llaneros—, pues los hatos estaban repletos de reses.

Esos hombres odiaban naturalmente al blanco mantuano, y del odio a los mantuanos pasaban al odio a todos los blancos. Boves odiaba a los blancos tanto como el más sufrido de los esclavos negros. Según relata su capellán, el padre Ambrosio Llamozas, en memorial dirigido al rey en julio de 1815, Boves decía que "en los Llanos no debe quedar un blanco por dos razones: la primera, por tener destinado aquel territorio para los pardos, y la segunda, para asegurar su retirada en caso de una derrota, pues no se fiaba de los blancos, cuya compañía le desagradó siempre".

La guerra social iniciada por Monteverde y desatada por partidas sin coordinación, estaba esperando un jefe como Boves para convertirse en lo que fue: el espanto suelto sobre la tierra de Venezuela, una fuerza incontenible y cohesionada que destruía cuanto hallaba a su paso. Los hombres de Boves no esperaban, vivaqueando en los campamentos, la orden de atacar las posiciones enemigas, sino que se movían como legiones de demonios para cazar republicanos, sobre todo si eran blancos, para violar mujeres, degollar niños, quemar casas después de haberlas desvalijado. La horda de Boves no respetaba nada, pero el jefe, José Tomás Boves, era impasible; no se le conocían excesos ni en el fumar ni en el beber ni en el trato con mujeres; al morir no disponía sino de su caballo y de una acreencia de trescientos pesos sobre un amigo a quien le había prestado esa cantidad

La crueldad no era para Boves nada alarmante. A dos hermanos que se pasaron de las filas republicanas a las suyas, en el último sitio de Valencia, les hizo colocar cuernos en la frente para que parecieran toros y ordenó a su caballería llanera que corriera en círculo alrededor de ellos, que los lanceara y que arrastrara sus cuerpos amarrados a las colas de los caballos. Después de la toma de Valencia reunió en un baile a todas las damas de la ciudad y las hizo bailar la noche entera a fuerza de latigazos mientras los maridos eran muertos a lanza, "como toros", según dice el Regente Heredia, a poca distancia del lugar del baile.

Para Boves no había lugar sagrado. En más de una ocasión metió su caballo hasta el altar de una iglesia y allí mismo, frente a los ídolos, hizo matar gente. A la hora de degollar, le daba lo mismo la tierra pelada que el piso de mármol de los templos.

Hubo pueblos, como San Joaquín y Santa Ana, donde todos los habitantes murieron degollados por órdenes de Boves. En la capilla del Carmen, en Barcelona, y en presencia de Boves —sin que él demostrara la menor emoción—, uno de los oficiales llaneros despedazó a una señorita que se había refugiado en el altar. La misma noche de ese día, Boves hizo reunir en una fiesta a las mujeres distinguidas de Barcelona y a las que se habían refugiado allí y las hizo bailar con los llaneros, que tenían la ropa cubierta de la sangre de los maridos, hermanos, novios y hasta hijos de esas señoras. A lo largo del baile, los músicos iban siendo decapitados uno a uno, con intervalos para que la música no se acabara temprano; de manera que al amanecer sólo quedaba un violinista, entonando su propio funeral antes de morir. Las señoras fueron obligadas a presenciar ese frío, lento y masivo asesinato. Los músicos decapitados fueron treinta.

Sin embargo ese hombre era agradecido, y la gratitud es flor de virtudes que sólo se da donde hay otras virtudes. Al morir mandaba una horda de 19.000 llaneros, y todos lo respetaban y lo seguían ciegamente. De negros y zambos analfabetos hizo jefes. No toleraba la adulación ni la molicie. Uno de sus oficiales más distinguidos escribió de él que sus hombres "le adoraban y le temían. Entraban en las acciones con la confianza de que su valor y denuedo había de sacarlos victoriosos. Comía con ellos, dormía entre ellos y ellos eran toda su diversión y entretenimiento".

# *X. EL AÑO TERRIBLE DE VENEZUELA*

1814 fue el año en que la guerra social venezolana alcanzó su mayor profundidad de horror y destrucción, y por lo mismo es el año determinante en la vida de Simón Bolívar. Las huellas que dejó el 1814 en el ánimo del Libertador iban a producir varias repúblicas americanas. El recuerdo de la ferocidad desatada por los llaneros de Boves le empujó hasta las alturas de Potosí, en los Andes del Sur.

Simón Bolívar había recibido de la municipalidad de Caracas el título de Libertador y el de capitán general de los ejércitos republicanos en octubre de 1813, cuando acababa de cumplir treinta años; y en esos días comenzaba a destacarse en los Llanos como jefe de hombres del pueblo el asturiano José Tomás Boves, que también cumplía treinta años. Como Simón Bolívar, Boves había nacido en 1783.

Boves era el anti Bolívar; no porque se enfrentara a éste en la guerra, ni porque él hubiera abrazado la bandera del rey mientras Bolívar abrazaba la de la república; no porque él fuera inculto y el otro cultísimo, él español y el otro criollo, él pobre y Bolívar rico; sino porque Bolívar pensaba y actuaba en términos de sociedad, y por eso su lucha se dirigía a la creación de un Estado, y Boves sentía y actuaba en términos de masa, y esa masa se hallaba en guerra contra la sociedad de la cual había sido parte.

La masa no es la sociedad; no lo es en ningún momento histórico. La masa está contenida en la sociedad, lo que quiere decir que es parte de ella; y nunca la parte es el todo. Puede suceder que la parte insurja y someta el todo a su dominio, pero en situaciones normales la parte no se rebela ante el todo. Si la parte —esto es, la masa— se rebeló en Venezuela contra el todo —es decir, la sociedad— se debió a que los tiempos no eran normales; y cuando lo fueron, antes de la rebelión de la masa, los que se beneficiaban eran una minoría que sostenía a hierro y sangre una organización social intolerable, que no permitía el menor cambio.

La época apropiada para sostener una organización social como la mantuana había pasado ya, y sin embargo los mantuanos se empeñaban en sostener sus privilegios y no alcanzaban a darse cuenta de que la masa del país se hallaba en insurgencia contra ellos, y cuanta más oposición encontrara la masa en su insurgencia, más dura sería en su decisión de destruir la sociedad mantuana.

En los regímenes clasistas, la masa es siempre un enemigo oculto o abierto del Estado, es decir, de la sociedad organizada. Esto se debe a que la masa es la depositaria de los innumerables resentimientos que provoca el dominio de la sociedad por una clase. En una organización rígida y cerrada, como era la sociedad mantuana, donde el individuo sometido a las leyes de los privilegiados no podía hacer oír sus quejas o sus reclamaciones, por justas que fueran, en los centros directores de la sociedad, la masa se convierte fácilmente en un depósito de resentimientos que pueden hacer crisis ante cualquier provocación, y la provocación puede estar en agresiones exteriores —una guerra internacional, por ejemplo— o en conmociones políticas domésticas. El poder ofensivo de la masa venezolana de 1813 fue proporcionado a los resentimientos que esa masa había estado acumulando durante los años del predominio mantuano.

Si se le presenta una coyuntura que le permita usar su poder, la masa resentida se vuelve contra la sociedad, la desorganiza y la destruye, que es lo que en fin de cuentas ha sucedido en las pocas grandes revoluciones que conoce la historia. Dejada a su propio impulso, e independizada ya de la sociedad, la masa, como un satélite salido de su órbita que de pronto arremete contra el planeta madre, se lanza a chocar con la sociedad. La masa venezolana se hallaba saliendo del orden social mantuano cuando Monteverde la impulsó a la pelea contra ese orden social. Entre 1812 y 1813, la masa venezolana quedó disparada fuera de órbita y lista a arremeter contra el planeta madre a que había vivido sometida hasta entonces.

Al mismo tiempo sucedía que ya no existía el orden social mantuano —aunque seguían sobreviviéndole las familias mantuanas— porque de hecho, la sociedad mantuana se había desintegrado al rebelársele la masa. Esto no lo sabía y quizá ni siquiera lo sospechaba Simón Bolívar cuando entraba en Caracas, vencedor de Monteverde. El joven caudillo bajaba de los Andes con la idea de un Estado fuerte,

pero sucedía que unos pasos más allá de los cuarteles en que acampaba la tropa que había hecho bajo su mando la Campaña Admirable, había sólo un vacío político, y eso se debía a que ya no existía la sociedad que debía dar sustento al tipo de Estado que Bolívar pretendía edificar.

La sociedad venezolana se había desintegrado; por tanto, Bolívar era el jefe de las fuerzas armadas de un Estado que no podía organizarse, pues el Estado es la expresión jurídica y política de una sociedad organizada. Antes de la desintegración, es decir, antes de 1812, la parte más fuerte de la sociedad era el círculo mantuano; después de la desintegración, la parte más fuerte era la masa. La masa no estaba con Bolívar, sino con Boves; los restos del mantuanismo no apoyaban a Bolívar porque mal podían apoyar a quien había decretado que todas las propiedades eran del Estado. La única fuerza en que podía apoyarse Bolívar era su ejército, y un ejército sin pueblo, en medio de una guerra, se mueve en el vacío; esto es, carece de poder aunque tenga fuerza en hombres y armas. Bolívar, pues, tenía que ser derrotado.

No siempre se ve a la masa en el momento en que se coordina para actuar contra la sociedad. Siendo, como es, un valor social permanente, en tiempos normales se halla como sumergida en el cuerpo social, y allí está, sumergida y sin que se note su presencia, hasta que se presenta la oportunidad para su acción propia. Hoy nos resulta difícil advertir esto debido a que tenemos conciencia diaria de la existencia de la masa; se haya organizada en partidos políticos, en sindicatos obreros y en otros grupos de actuación permanente. Pero al comenzar el siglo XIX —sobre todo en una América sin experiencia de vida política— la masa era una fuerza oculta aún a los ojos de los observadores más sagaces. En esos tiempos, para la gente culta la masa no era sino la chusma, y si se hallaba en rebeldía, había que someterla a hierro y fuego.

Entregado a su idea de un Estado nacional, creado en lucha contra España, Bolívar no veía a la masa venezolana. Para él, sólo había un enemigo al que combatir, y era Monteverde, representación oficial de España; y cuando Monteverde fue depuesto, el enemigo a derrotar era Cajigal, designado sucesor del capitán de fragata canario. Las partidas que andaban por los Llanos eran, a su juicio, bandoleros que se desbandarían con una operación de limpieza tan pronto quedara aniquilada la fuerza militar realista. Eso explica que Bolívar atendiera más al sitio

de Puerto Cabello y a la concentración realista que destruyó en Araure, que al creciente poderío que iba tomando Boves en los Llanos de Apure. Tal vez por eso le resultó tan dura la lección que recibió cuando las masas venezolanas, comandadas por Boves, destruyeron su sueño de un Estado nacional. Años después, en el conocido discurso con que abrió las actividades del Congreso de Angostura, diría que "el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad"; y autoridad, en este caso, significaba para Bolívar sociedad organizada civilmente en Estado, no simple mando de un hombre o de un grupo de hombres.

En los inicios del siglo XIX, la masa no tenía conciencia creadora en ninguna parte, menos aún en América. En esos años, la masa sólo sabía qué cosa no quería, qué cosa odiaba, qué cosa deseaba destruir; y nada más. Lanzada a la lucha por virtud de sus resentimientos, de sus dolores, de sus odios, era un poder que destruía para igualar; pero no sabía cómo construir, ni qué construir, sobre los escombros de aquello que había destruido.

José Tomás Boves o Tomás Rodríguez Boves —o Boves a secas— era el jefe de una masa americana en los primeros años del siglo XIX. A esa masa no podían pedírsele propósitos creadores ; y así como ella, era su caudillo. Frente a Boves, Bolívar comandaba el instrumento armado de una sociedad que ya no existía. La lucha, pues, fue el encuentro de un ejército sin base social y una masa convertida en ejército. Años después, esa masa convertida en ejército se pasó a las filas republicanas, y entonces Bolívar la comandó y realizó la obra que había soñado, porque esa masa se integró en la sociedad nueva, que ya no podía ser la mantuana.

Si la masa es parte de la sociedad, es lógico admitir que ésta sólo puede organizarse en Estado en tanto contenga en su seno a la masa. La masa es parte del todo social, pero el todo pierde su razón de ser si le falta la parte. La integración de la masa en el Estado nacional que Bolívar deseaba crear, sólo hubiera podido lograrse en 1813 si Bolívar se hubiera puesto al frente de la masa con un programa anti-mantuano; y eso no podía suceder debido a que la república había sido obra de los mantuanos, y debido también en que siendo él, como lo era, mantuano por origen, posición y cultura, le hubiera sido casi imposible volverse de la noche a la mañana anti-mantuano. En 1813 Bolívar no estaba en condiciones de comprender que él estaba sirviendo a la idea de un

Estado abstracto, que sólo existía en su mente y que no podía existir en los hechos porque una parte de la sociedad, la más fuerte en ese momento —es decir, la masa— había insurgido contra ella y estaba en lucha con la sociedad.

En 1813, Bolívar era un romántico que no comprendía la raíz de los sucesos en que él mismo era actor de primera categoría. Hasta el final del Año Terrible de 1814, el Libertador creía, con toda la vehemencia de su alma, en los conceptos abstractos de Nación, República, Libertad, todos escritos con mayúsculas en su corazón apasionado. En 1813, Boves, que era la encarnación de la guerra social y estaba a gran distancia de los románticos, afilaba la lanza con que iba a quedar destruido el sueño de Bolívar.

El 1° de junio de 1813, el duque de Wellington derrotó en Victoria al ejército francés que se hallaba en España. Ese ejército estaba bajo el mando de José Bonaparte, el rey que su hermano Napoleón impuso en el trono de Fernando de Aragón e Isabel la Católica. Después de la victoria de Wellington, fuerzas inglesas y españolas, aliadas contra Napoleón, avanzaron sobre Francia. Las noticias de esos acontecimientos llegaban a Venezuela y daban alientos a los partidarios de Fernando VII, es decir, a los caudillos de la guerra social. En diciembre, Napoleón comenzó a negociar con Fernando VII el retorno a España del monarca preso. Las fuerzas realistas de Europa, España y América, se reponían después de muchos años de luchas sin mayores esperanzas. Es posible que esa conjunción de fuerzas contribuyera a fortalecer en Bolívar la idea de que el verdadero enemigo a quien debía vencer era el ejército oficial realista, esto es, el comandado por los jefes de tropas regulares, y que en consecuencia prestara poca atención a las hordas de Boves.

Pero esas hordas de Boves eran ya una amenaza seria al comenzar el año de 1814. Bolívar se preocupó, al fin, y mandó al general Campo Elias a hacer frente a Boves en los Llanos mientras él se dirigía a Puerto Cabello para reforzar el sitio de esa plaza. La entrada de los Llanos a la parte norte de Venezuela —la parte poblada y rica donde se asientan Caracas, Valencia, Puerto Cabello, Maracay, La Victoria— es La Puerta, una verdadera puerta de montaña, paso estratégico de fácil defensa para quien lo ocupa. Pues bien, ahí, en La Puerta, destruyó Boves a Campo

Elías en los primeros días de febrero del Año Terrible, a pesar de que Campo Elías era quien defendía la posición.

Con esa batalla Boves se abrió el camino hacia Valencia, lo que equivalía a decir hacia Puerto Cabello, donde podía reunirse con la guarnición sitiada por Bolívar; pero se abría también el camino de La Victoria y Caracas, si prefería marchar sobre la capital en vez de dirigirse a Valencia.

Temeroso de que Boves siguiera hacia Caracas y de que se rebelaran los prisioneros españoles de La Guaira para unírsele, como año y medio antes se habían rebelado los prisioneros realistas del castillo de San Felipe para unirse a Monteverde, Bolívar ordenó que se les pasara por las armas. Ochocientos españoles fueron ejecutados en pocos días. Y en verdad, tantos prisioneros situados a corta distancia de Caracas eran una amenaza para la república.

Bolívar no había calculado mal: la horda de Boves se dirigió a La Victoria, la antepuerta de Caracas, y estuvo combatiendo en La Victoria y San Mateo —la hacienda familiar de los Bolívar— hasta fines de marzo. En los últimos días de ese mes, Boves tuvo noticias de que Mariño se acercaba a San Mateo con el ejército de Oriente, y temeroso de ser cogido entre Mariño y Bolívar —que se había puesto personalmente al frente de las fuerzas republicanas en San Mateo—, movió sus tropas hacia el sur, buscando cruzar La Puerta para internarse en los Llanos. Mariño cruzó La Puerta antes que Boves y le presentó batalla en la salida de la garganta por el lado norte, en el campo de Bocachica. El Libertador, que esperaba la derrota de Boves, se movió rápidamente hacia el oeste de Bocachica para taponar el único camino por el cual podía retirarse el jefe de la guerra social. Otra vez acertó Bolívar: Mariño derrotó a Boves, éste buscó retirarse por el camino de Valencia con la idea de unirse a las tropas realistas que sitiaban Valencia desde que Bolívar se movió hacia San Mateo; en el camino de Valencia los restos de la horda de Boves fueron dispersados por el Libertador, y éste entró en Valencia el 3 de abril. A su llegada, los realistas levantaron el sitio. Parecía que la república de Bolívar se había impuesto a golpes de audacia militar.

Pero la guerra social es un fenómeno de caracteres peculiares. Recuerda a los volcanes activos en que su poder es permanente. Su

fuerza no se agota mientras tiene razón de ser en los odios del pueblo, como no se agotan los volcanes mientras tengan lava en las entrañas.

Cuando Boves ordenó el ataque a La Victoria, en el mes de febrero, disponía de 7.000 hombres; cuando huyó hacia los Llanos la noche del 1° de abril, le quedaban sólo 400. Y sin embargo al comenzar el mes de junio reapareció en los Llanos a cabeza de miles de seguidores, tan fieros como los que mandaba dos meses antes. El pueblo engrosaba las filas de Boves sin cesar, como aumenta la lluvia el agua de los ríos.

Entre abril y junio, mientras Boves se rehacía en los Llanos, Bolívar combatió sin descanso. Llevaba en la cabeza el sueño de su Estado nacional y tenía a sus órdenes el ejército de ese Estado abstracto, y con ese ejército combatía creyendo que se trataba de la fuerza armada de una república verdadera. Si hay un momento en la historia americana en que la energía de un hombre se manifestó en todo su esplendor, al grado de que dio entonces, y por siglo y medio más, la idea de que tras él había todo un pueblo, fue durante esos dos meses. Pues Bolívar se movía, organizaba, combatía y vencía sólo merced a la monstruosa energía que desplegaba. Él arrastraba a jefes, soldados y ciudadanos a la lucha y a la muerte con la fuerza de un huracán histórico al que nada podía oponerse.

Unidos los ejércitos de Mariño y Bolívar, el Libertador dejó a Mariño en Valencia y marchó a Puerto Cabello, dispuesto a forzar la caída de esa plaza. El capitán general español operaba en Coro y Barquisimeto, mientras la columna de Ceballos —también realista— lo hacía al oeste de Valencia. Mariño salió a destruir esta última fuerza y quedó derrotado en el Arao. Bolívar abandonó el sitio de Puerto Cabello y retornó a Valencia. Ceballos y el capitán general Cajigal unieron sus ejércitos.

Esto sucedía a mediados de abril de ese Año Terrible de 1814. La victoria de Arao, y las noticias que llegaban de España —favorables a la restauración de Fernando VII, que volvió al trono, por fin, el 22 de marzo, aunque esto no se supo en Caracas sino en el mes de mayo— daban mayor impulso a las fuerzas realistas de Venezuela. Parecía que nada podía salvar la república.

Pero Bolívar no estaba dispuesto a ceder. Su voluntad, tensa e indomable, mantenía la guerra. No hay ejemplo de energía igual. El 28

de mayo, esa energía parecía a punto de ser premiada por el dios de la historia, pues ese día el Libertador se enfrentó a Cagigal y Ceballos juntos en la primera batalla de Carabobo; y él mismo dio la carga de caballería que desmoralizó el centro enemigo, donde estaba la artillería realista, con lo cual toda la línea realista perdió su orden, y con él la batalla.

¿De qué podía valer, sin embargo, una victoria tan brillante? Pues la guerra social estaba en marcha, y el 15 de junio —diecisiete días después— el Libertador fue destrozado por Boves en la segunda batalla de La Puerta.

El ejército vencedor de Carabobo quedó deshecho allí, y muchos mantuanos de campanillas murieron a lanzazos. Los caminos hacia Caracas se llenaron de fugitivos de todos los lugares de la zona central, y los llaneros de Boves los lanceaban sin piedad.

Boves, que no se distraía persiguiendo fugitivos, se lanzó sobre Valencia, la sitió durante tres semanas y la tomó el 10 de julio. Tres días antes, el Libertador salía de Caracas encabezando la doliente emigración a Oriente; muertos de sed, de hambre, de cansancio, se abrían camino por la costa huyendo de las hordas llaneras.

Mientras tanto Boves desataba el terror en Valencia y después se dirigía a Caracas, donde entró el 16 de julio entre juegos de artificio, música, repique de campanas en todas las iglesias, y se le ofreció un Tedeum en acción de gracias por sus victorias, que cantó el arzobispo de la capital.

El jefe de las hordas llaneras, el que mató gente dentro de los templos, al pie de los altares, fue alojado con toda ceremonia en el palacio arzobispal.

Los esclavos y sus hijos, los libertos y los mulatos y los zambos de Venezuela, a quienes Boves comandaba y representaba, habían domado, al fin, a los altivos mantuanos que les habían sembrado en el alma la semilla del odio.

## *XI. EL FINAL DE LA GUERRA SOCIAL*

Se equivocaría quien pensara que el Año Terrible de Venezuela fue terrible debido al número de batallas que tuvieron lugar en los doce meses de 1814 o porque el Libertador fue vencido y echado del país.

En verdad, hubo más bajas y más destrucción fuera de los campos de batalla que en las batallas mismas. Las dos acciones de La Puerta, las de La Victoria y San Mateo, las de Bocachica, Magdaleno, el Arao, Carabobo, Barcelona, Maturín y Urica, los sitios de Puerto Cabello y Valencia, todos esos encuentros de las fuerzas de Boves con las republicanas son apenas los puntos salientes de una guerra que no era sólo entre ejércitos y que no se llevaba a cabo exclusivamente en los campos de batalla. La guerra era en todo el país, en todas partes, en las ciudades y en despoblado, en los puntos fuertes y en los caminos; una guerra que se libraba de la costa al confín de los Llanos, de las bocas del Orinoco a la cordillera de los Andes. Era la guerra a muerte de las que habían sido hasta entonces masas sometidas contra todo lo que oliera a mantuanismo.

Y sucedió lo que tenía que suceder; que cuando esa guerra a muerte se generalizó, a la matanza hecha por los realistas contestaron los republicanos matando con igual ferocidad; y en 1814 había matanzas en las ciudades que se hallaban bajo el mando de Bolívar como las había en las ciudades que caían en manos de Boves.

Los presos de ambos sexos eran lanceados en el punto mismo en que caían agotados por el cansancio. El país era recorrido por partidas que no respetaban ni mujeres ni niños ni ancianos. En los hogares divididos por la guerra, la madre lloraba al hijo que caía en el combate del lado republicano y a la vez rezaba a Dios para que le conservara la vida a otro hijo que se hallaba en las filas realistas. Como las ciudades de la cordillera de la costa norte, que eran los centros más poblados, se alimentaban con el producto de los pequeños valles, y en esos valles no quedó nadie en pie ni se encontraba hombre dedicado a sembrar, el hambre se generalizó, y en Caracas las mujeres de familias linajudas recorrían los

barrios buscando desperdicios para alimentar con ellos a sus deudos. Los niños tiernos morían de consunción, los ancianos enloquecían de hambre y miedo, los hombres lloraban de cólera.

Una idea de lo que sucedía en el país —de cómo no había garantías ni seguridades para nadie en ningún bando— puede verse en el siguiente episodio: Cuando Bolívar abandonó Caracas con la emigración a Oriente, los realistas de la ciudad despacharon una comisión para que se adelantara a recibir, en nombre de los habitantes de la capital, a las avanzadas de Boves. La comisión estaba compuesta por el conde de La Granja y don Manuel Marcano, buenos especímenes de aristócratas de la época. El conde y el señor Marcano se engalanaron con sus mejores ropas y sus insignias de nobleza, y se encaminaron al encuentro de las avanzadas del vencedor; pero al tropezar con ellos, una partida realista los mató a lanzadas. Viajar con vestiduras tan galanas era comprarse la muerte. Los hombres de Boves mataban a los mantuanos sin importarles, ni preguntarles a qué partido pertenecían; los de Bolívar mataban españoles, canarios y a cualquier venezolano sospechoso de ser realista.

Casos como el del conde de La Granja y don Manuel Marcano se daban todos los días en cada una de las ciudades, las villas y las aldeas de Venezuela. El 18 de junio de 1814, esto es, cuando todavía Boves no había tomado Valencia ni había entrado en Caracas ni sus fuerzas habían asolado el Oriente —pues hacía sólo tres días que se había dado la segunda batalla de La Puerta—, el asesor de la Intendencia de Venezuela, doctor José Manuel Oropeza, escribió un informe de la situación en que se hallaba el país bajo la guerra social, cuyo resumen hizo con las siguientes palabras:

> No hay ya Provincias; las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas: unas, a centenas; otras, a docenas, y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Arrasadas las poblaciones, familias enteras que no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. La agricultura, enteramente abandonada, sin que se encuentren en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad... Los templos, polutos y llenos de sangre y saqueados hasta los sagrarios.

Ni los templos se salvaron. Hay descripciones de Boves entrando a caballo en las iglesias; las hay de degollaciones masivas frente a los altares mayores. En la capitulación de Valencia se garantizaba la vida de los vencidos, y Boves juró ante la hostia sagrada cumplir esa capitulación, y violó su juramento horas más tarde. El Regente Heredia, realista, decía que Boves estaba exterminando la raza blanca en Venezuela. Blanco criollo, mantuano y republicano quería decir lo mismo para los hombres de Boves. Uno de ellos, su teniente Francisco Tomás Morales, que le sucedió en el mando como comandante general del ejército de Oriente cuando Boves murió en la batalla de Urica, escribía en febrero de 1815 que había exterminado a los republicanos. "...no han quedado ni reliquias de esta inicua raza en toda Costa Firme", aseguraba. Y era verdad, hasta cierto punto, pues esa "raza" iba a resucitar en el alma de los propios hombres que él comandaba.

La llamada emigración a Oriente fue una página en verdad patética. Los enfermos morían por el camino sin que la marcha pudiera detenerse para que los deudos o los amigos les dieran sepultura; los ancianos y los debilitados por el hambre se rezagaban y se internaban después en los bosques, donde morían atacados por las fieras o por partidas de esclavos rebelados. Todos sufrían de hambre, de sed, de miedo. Dormían en la tierra, bajo los árboles. Día y noche se oía el llanto de los niños, que no podían resistir aquella prueba, o los gritos de las mujeres agotadas por el sufrimiento. Ninguno de los emigrados sospechaba que al final de esa marcha estaban esperándoles Boves y sus hordas en Barcelona, en Cumaná, en Maturín. Huyeron de Caracas sólo para morir un poco después, quizá en peor forma que como hubieran muerto en la capital. Sólo se salvaron los pocos que pudieron huir a las islas antillanas.

La emigración a Oriente duró tres semanas —veintiún días infernales, para ser descritos por el Dante— y terminó en Barcelona. Pero como tras los fugitivos avanzaban las fuerzas de Boves comandadas por Morales, Bolívar y Bermúdez se hicieron fuertes en Aragua de Barcelona con tres mil hombres. Morales atacó y tomó la plaza el 17 de agosto. Bolívar se retiró a Barcelona y Bermúdez a Maturín. De Barcelona, Bolívar pasó a Cumaná, donde un consejo de oficiales, celebrado el 25 de agosto, lo desconoció como jefe de las

fuerzas republicanas. El 8 de septiembre, Bermúdez vencía a Morales en Maturín, y ese mismo día Bolívar y Mariño salían hacia Cartagena. El Libertador había sido echado de su patria por la guerra social.

A partir de ese momento comenzaron a irse acumulando en el alma de Bolívar los hechos de esa guerra; los recuerdos de las matanzas, de los incendios, de las violaciones. Él mismo salvó la vida de milagro. Hasta su propio tío, el general José Félix Ribas, un verdadero héroe mantuano, se volvió contra él y lo hizo preso.

No se sabe cuántos, pero tal vez más de cien mil muertos atestiguaban ante Bolívar la ferocidad de la rebelión. En mayo de 1815, desde Kingston —Jamaica—, el joven caudillo diría: "Yo vi, amigo y señor mío, la llama devoradora que consume rápidamente a mi desgraciado país". Y en un resumen hecho con su lengua directa, describía los acontecimientos así:

> Provincias enteras están convertidas en desiertos; otras son teatros espantosos de una anarquía sanguinaria. Las pasiones se han excitado por todos los estímulos, el fanatismo ha volcanizado las cabezas, y el exterminio será el resultado de estos elementos desorganizadores.

Temeroso de que la guerra social se extendiera a toda América —con un temor que ya no le abandonó más mientras vivió— anunciaba en esa misma carta que una parte de la humanidad iba a fenecer "y que la más bella mitad de la tierra será desolada".

En el mes de agosto de 1815, al cumplirse un año del día en que tuvo que dejar su país, el Libertador relataba algunos de los crímenes que se habían cometido en Venezuela y en otras regiones americanas. Contaba las atrocidades de Antoñanzas en San Juan de los Morros, las de Zuazola en Aragua, las de Rosete en Ocumare, las de Ceballos en Valencia. Pero creía que la guerra social era de orden político. En el mes de septiembre de ese mismo año de 1815 afirmaba que: "las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas; ellas han nacido de la divergencia de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones".

Tampoco creía entonces Bolívar que en Venezuela había habido guerra de razas, aunque podríamos pensar que simulaba no creerlo por conveniencia política. Pues a lo largo de los quince años que iba a vivir, a partir de 1815, Bolívar hablaría a menudo de la guerra social venezolana calificándola como una "guerra de colores", es decir, de negros contra blancos.

De todas maneras —tal vez por razones políticas, como hemos dicho— en septiembre de 1815 Bolívar negaba la guerra de razas, y destinó la mayor parte de una larga carta que dirigió al editor de la Gaceta Real de Jamaica, a probar que en Venezuela no había habido guerra de razas. En esa carta decía lo siguiente:

> ...los jefes españoles de Venezuela, Boves, Morales, Rósete, Calzada y otros, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, sin conocer las verdaderas causas de aquella revolución, se esforzaron en sublevar toda la gente de color, inclusive los esclavos, contra los blancos criollos, para esta blecer un sistema de desolación, bajo las banderas de Fernando VIL Todos fueron instados al pillaje, al asesinato de los blancos; les ofrecieron sus empleos y propiedades; los fascinaron con doctrinas supersticiosas en favor del partido español, y, a pesar de incentivos tan vehementes, aquellos incendiarios se vieron obligados a recurrir a la fuerza, estableciendo el principio, que los que no sirven en las armas del rey son traidores o desertores.

Esa carta es el primer documento de Bolívar en que se menciona "el ejemplo de Santo Domingo" en cartas del Libertador. Ahora bien, ese Santo Domingo era Haití, y al mencionarlo, Bolívar se refería a la sublevación de los esclavos de Haití ocurrida a fines del siglo anterior; a la destrucción total de la raza blanca y a la de los mulatos acaudalados, a la destrucción casi total de la riqueza del país a causa de la guerra racial que, como dijimos en las primeras páginas de este libro, fue uno de los ingredientes de la guerra social haitiana.

En esa misma carta, Bolívar usa un argumento que aparentemente confirma su juicio sobre la inexistencia de causas raciales o de casta en la guerra social venezolana, pero que en realidad lo

que hace es negarlo. Dice él que después de haber quedado destruida la república en Venezuela:

> ... por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos…

Eso era cierto, pero precisamente por las razones opuestas a las que creía Bolívar. Ya Boves había muerto y Venezuela estaba ocupada por los ejércitos de Morillo; y los llaneros de aquel feroz asturiano, que se habían ido tras él para conquistar algo —libertad, rangos militares, bienes—, no, como dice Bolívar "por fuerza", buscaron entre los jefes republicanos a aquellos que podían confirmarles lo que habían conquistado con Boves, a los que podían conceder rangos más altos que los que les dio Boves, o donarles tierras o pensiones. Los ejércitos de Morillo eran fuerzas militarmente organizadas, compuestas en su totalidad por españoles; y los antiguos soldados de Boves no iban a conseguir nada con Morillo, un desconocido que traía consigo el origen militar europeo y debía rechazar necesariamente las peticiones de esos llaneros analfabetos e indisciplinados que habían formado la horda de Boves. Por otra parte, para esos hombres la única garantía de que no serían juzgados alguna vez por sus crímenes era seguir peleando, mantenerse con el arma en la mano y hacerse indispensables en la lucha, y después del Año Terrible siguieron peleando bajo el mando de caudillos venezolanos con la misma fiereza con que antes lo habían hecho bajo el mando de Boves. Fue precisamente uno de los mejores oficiales de Boves el que años después dio la carga decisiva en la batalla de Boyacá, con que Bolívar aseguró la libertad de Nueva Granada y con ella la creación de Colombia.

Boves no tuvo, en realidad, sustitutos españoles, aunque tuviera sucesores españoles. Los verdaderos sustitutos de Boves fueron venezolanos; fueron Páez y Monagas y Cedeño y Anzoátegui. Boves era

asturiano de nacimiento y raza, pero era un llanero por sus hábitos y sus inclinaciones, y sólo jefes llaneros podían ser sustitutos suyos.

Como dijimos antes, Bolívar salía de Venezuela el mismo día que Bermúdez vencía a Morales en Maturín, es decir, el 8 de septiembre de 1814. Morales huyó hacia Urica con los restos de sus tropas, y allí en Urica trataría dé reponerse. La intención de Boves, que seguía los pasos de Morales, fue dirigirse a Urica pata completar su ejército con las tropas que le quedaban a Morales. Pero sucedió que el general Piar, puesto al frente de 800 hombres para que los trasladara a Maturín —donde los republicanos al mando de Ribas planeaban hacerse fuertes—, resolvió irse a Cumaná y esperar allí a Boves. Boves destrozó a Piar, entró en Cumaná y repitió en Cumaná los horrores de Barcelona, de Valencia, de todas las ciudades que había tomado. Las matanzas eran continuas, de día y de noche.

Sin embargo, Maturín quedaba como una isla de la república. En Maturín los republicanos eran fuertes, y si se movían con rapidez y con inteligencia, podían atacar a Morales en Urica, acabar con él y lanzarse después sobre Boves y destruirlo. Pero hubo discordias en el campo republicano y debilitados por ella no pudieron usar su poder. En marcha hacia Maturín, Boves los destruyó en la batalla de los Magueyes, el día 9 de noviembre y siguió a Urica donde, sumando a sus hombres los que tenía Morales, se halló con un ejército de 7.000 soldados, de ellos, 4.000 jinetes llaneros que eran verdaderos demonios de la lanza.

Reuniendo sus restos, los republicanos tenían 4.000 hombres, que usados sin salir de la plaza de Maturín podían hacer frente a Boves; pero Ribas era partidario de que debían atacar a Boves en Urica, es decir, al tigre en su cueva, y Ribas impuso su criterio. Las fuerzas republicanas atacaron con tal ímpetu que llegaron al centro del poblado de Urica. Boves, el caudillo de los lanceros, fue lanceado y cayó de su potro alazán sin que los atacantes se dieran cuenta, pues José Tomás Boves peleaba entre sus llaneros como si fuera uno más. Boves, pues, murió en Urica; y sin embargo la batalla de Urica fue perdida por los republicanos.

Muerto el gran jefe de la guerra social sus tenientes designaron sucesor a Morales y declararon en una acta que Morales no estaba

obligado a recibir órdenes del capitán general español. Siete capitanes se opusieron; los siete fueron fusilados en el acto y se envió sus cabezas a Caracas para que fueran colocadas en sitios públicos. Morales no iba a aceptar autoridad ninguna sobre la suya. Pero Morales no era Boves. Con el fin de Boves sobrevino el final de la guerra social.

Boves, el que violó templos y sagrarios, el que ordenó matanzas frente a los altares y juró en vano ante la hostia bendita, fue enterrado en el altar mayor de Urica; en todas las iglesias del país se le hicieron pomposas honras fúnebres y los sacerdotes predicaron desde los pulpitos la bondad del gran desalmado.

De él dijo Bolívar, el 18 de agosto de 1815:

> La pluma se resiste a describir las execrables atrocidades del archimonstruo Boves, el devastador de Venezuela; más de ochenta mil almas han bajado a la silenciosa tumba por su orden o por los medios y aun por las manos de este caníbal, y el bello sexo ha sido deshonrado y destruido por los medios más abominables y de la manera más innatural y horrenda. Los ancianos y los niños han perecido al par de los combatientes. Nada se ha escapado a la furia despiadada de este tigre... Los llanos de Calabozo, los valles de Aragua, la ciudad de Valencia donde violó Boves una capitulación que había ofrecido cumplir bajo el más solemne y sagrado juramento, por los santos evangelios y en presencia de la Majestad Divina, la capital de Caracas, las provincias de Barcelona y Cumaná son monumentos eternos de la más espantosa carnicería. ¡De todas esas bellas ciudades, de todos esos campos risueños, apenas quedan vestigios, excepto escombros, esqueletos y ceniza! La memorable y desgraciada ciudad de Maturín, combatiendo valerosamente contra las armas españolas, tuvo al fin que rendirse rodeada por las llamas y la espada, y pronto quedó convertida en inmenso cementerio: ¡allí yacen los infortunados restos de Venezuela!

Pero unos meses antes, el 17 de febrero, escribiendo desde Mompox, el Libertador decía: “La muerte de Boves es un gran mal

para los españoles, porque difícilmente se encontrarán en otro las cualidades de aquel jefe".

Y tenía razón. Con las "cualidades de aquel jefe" la masa del pueblo hizo la guerra social que dejó deshecho el poder mantuano, sobre cuya tumba cabían como epitafio las palabras del Libertador: "¡Allí yacen los infortunados restos de Venezuela!". Pero de la Venezuela de los mantuanos, no la de los llaneros, los negros, los zambos, los mulatos.

# TERCERA PARTE

# Efectos de la guerra social en la acción libertadora de Bolívar

## *XII. EL TRÁNSITO DE LA GUERRA SOCIAL A LA DE INDEPENDENCIA*

Aunque con la muerte de Boves terminaba la guerra social, no podemos pensar que Boves hizo toda la guerra social. En realidad, el gran jefe que fue Boves actuó como jefe sólo en el año 1814, y la guerra social había durado tres años, desde marzo de 1812. Boves fue el fruto de la guerra social; desde el punto de vista de las masas que hicieron esa guerra, el mejor fruto, el más sazonado y el más legítimo. Cuando la guerra social comenzó, ni los adivinos mejor dotados y más atrevidos hubieran podido anunciar la ascensión de Boves hacia la jefatura de las masas; como los adivinos más osados hubieran sido incapaces de profetizar en 1910 que Emiliano Zapata y Pancho Villa, dos desconocidos del pueblo, iban a ser los grandes jefes de la revolución mexicana.

A Boves lo produjo la guerra social, la movilidad tremenda que esa guerra determinó. El feroz asturiano estaba en Venezuela, y vivía del comercio ambulante en los Llanos de Guárico, cuando comenzó la guerra, y allí hubiera vivido hasta su muerte si no se hubiera dado la guerra social. Sus cualidades hubieran ido con él a la tumba o se hubieran manifestado en la actividad que había escogido como medio de vida, y por enérgico y conocedor de los hombres, hubiera llegado a ser un comerciante rico. Pero la guerra social fue la oportunidad para que sus condiciones de jefe se impusieran. Así, fue un fruto que maduró y realizó su destino a cabalidad.

Al proclamar la independencia de Venezuela, los nobles mantuanos que se habían propuesto organizar el país para gobernarlo ellos, en defensa de sus intereses, no sospechaban que el pueblo iba a rebelarse contra los que hasta ese momento habían sido sus jefes naturales. Con una ingenuidad suicida, que se ha producido muchas veces en la historia, creyeron que las masas no tenían ideas ni sentimientos ni fuerza; creyeron que las masas seguirían ciegamente lo que ellos dijeran. Hasta un líder tan excepcional como Simón

Bolívar fue incapaz de atribuirle, en los primeros tiempos, capacidad de decisión a la masa, porque la capacidad de decisión de la masa reside en un caudillo, en el que la dirige, y Bolívar no alcanzó a ver ese caudillo sino después de la primera batalla de La Puerta. Fue esa batalla la que le hizo abrir los ojos y ver que Boves era el jefe de la guerra social, y que a su lado, los jefes realistas con carácter oficial, como Cajigal y Ceballos, no representaban sino una abstracción.

Al comenzar la guerra social, los robos eran más que los crímenes; y el propio Bolívar, que necesariamente, por razones de utilidad política, debía exagerar la actuación de sus enemigos, habló poco de asesinatos y torturas y mucho de exacciones y despojos cuando escribió sobre los sucesos de 1812. En septiembre de 1813, cuando ya era Libertador de Venezuela, escribiendo desde Valencia —es decir, en el propio terreno de los hechos— sobre los días en que la capitulación de Miranda entregó el poder a Monteverde, decía que "partidas de isleños, catalanes y otros europeos" comenzaron a prender a los criollos. Refería:

> Viéronse los hombres más condecorados del tiempo de la República arrancados del seno de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos, de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez: conducidos con ignominia a las cárceles: llevados a pie unos y otros en enjalmas amarrados de pies y manos hasta las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello: encerrados allí con grillos y cadenas y entregados a la inhumana vigilancia de hombres feroces, muchos de ellos perseguidos en el tiempo de la revolución…

(Nótese que Bolívar pensaba, como los antiguos mantuanos, que los tenderos y bodegueros —los pequeños comerciantes— estaban entre la "gente más soez"; pero esto era parte de los resabios de su grupo social, que no tardarían en desaparecer en Bolívar).

La nobleza criolla huyó de las ciudades, pero allí adonde fue a refugiarse, allí fue a buscarla la guerra social. Bolívar lo dice en esta forma:

> …huyeron a los montes a buscar seguridad entre las fieras, dejando desiertas las ciudades y los pueblos, en cuyas calles y caminos públicos no se veían sino europeos y canarios cargados de pistolas, sables y trabucos, echando fieros, vomitando venganzas, haciendo ultrajes sin distinción de sexos y cometiendo los más descarados robos, de tal manera, que no había oficial de Monteverde que no llevase puesta la camisa, casaca o calzones de algún americano a quien había despojado; y aun algunos oficiales que hacían de comandantes de las plazas como el de La Guaira, el atroz Cerveris, entraba en las bóvedas de aquel puerto con el objeto de cubrir de dicterios a las mismas víctimas de cuyos despojos se hallaba vestido de los pies a la cabeza.

Bolívar no hablaba de crímenes, sino de robos, y los achaca a los españoles, a los jefezuelos de las tropas que comandaba Monteverde; pero la verdad es que tanto como esos jefezuelos españoles y canarios, robaban los venezolanos que iban con ellos. Dice Bolívar que ésos de quien él habla "haciéndose... dueños de todo", que "ocuparon las haciendas y casas de los vecinos; y destrozaban lo que no podían poseer". Como se advierte, la guerra social empezó por la igualación de la propiedad, mediante la apropiación y la destrucción de lo que tenían los mantuanos.

Pero a medida que avanzaban los meses, la situación se hacía grave y del robo se pasaba al crimen. Ya en diciembre de ese año de 1813, Bolívar reconocía que su proclama de guerra a muerte había fracasado, por lo menos en el propósito de llevar a los venezolanos al lado de la república. Decía: "... nuestros compatriotas... se han prestado a ser el instrumento odioso de los malvados españoles... y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos...". Y aseguraba el indulto a "todo americano que se presente al juez de su pueblo u otra cualquiera autoridad pública, en el término de un mes... y no se le perseguirá en manera alguna por haber servido en el ejército español o por haberse alistado en las cuadrillas de salteadores". Esas "cuadrillas de salteadores" eran los que estaban haciendo la guerra social.

El Año Terrible llegaba. En febrero de 1814 Bolívar lanzó una proclama que comenzaba así: "Un jefe de bandidos, conocido por su atrocidad, el perverso Boves, ha podido penetrar hasta la Villa de Cura, reuniendo esas cuadrillas de salteadores esparcidos en los caminos de los Llanos". Y en el mismo mes de febrero, el día 24, contaba cómo Zuazola había aniquilado a los pobladores de Aragua, cómo eran los hombres desollados de las plantas de los pies y obligados a caminar por caminos pedregosos después del desuello; cómo se les cortaba a los barbudos el cutis de la cara con barba y todo, cómo en Cumaná se desorejaba a vivos y muertos y se adornaban las casas realistas con esas orejas clavadas en las paredes. "Partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina. El hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos", dice, en lengua que parece bíblica.

Bolívar, pues, reconocía que la guerra social estaba desatada.

En la proclama del 24 de febrero pretendía justificar la muerte de los ochocientos prisioneros españoles que tenía la república en La Guaira diciendo que iban a sublevarse de acuerdo con las partidas de Rosete —jefezuelo realista— que merodeaban "distante de Caracas sólo el tránsito de siete horas", por Ocumare, donde los partidarios de la república "son mutilados sin diferencia de sexo, ni edad: tres en el templo y sobre los altares; trescientos troncos de nuestros hermanos están esparcidos en la calles y cercanías del pequeño pueblo: en las ventanas y en las puertas clavan aquellas partes de sus cuerpos que el pudor prohíbe nombrar".

La guerra social fue, pues, extendiéndose por todo el país y al mismo tiempo creciendo en intensidad, yendo del robo al crimen, y del crimen aislado al colectivo, hasta que el 24 de marzo del Año Terrible de 1814, Bolívar, en reconocimiento de que ya esa guerra era incontenible, confesaba: "Los bandidos han logrado lo que ejércitos disciplinados no habían obtenido".

Con esa frase, Bolívar admitía que "los bandidos" eran ya una fuerza organizada; y lo eran, sin duda, puesto que habían hallado un jefe que decidía por ellos, que los unía, los conducía y los llevaba a

matar y a morir. Boves, en fin, dio trama y dirección a la guerra social, y la muerte de Boves descabezó a las fuerzas que hacían la guerra social.

Pero no debe pensarse que la muerte de Boves produjo la paz. Después de Urica no hubo grandes batallas durante algún tiempo, pero no hubo una paz absoluta porque se siguió combatiendo, aunque en pequeña escala, en diversos puntos del país.

Puede decirse que entre el final de la guerra social capitaneada por Boves y el inicio de la verdadera guerra de independencia, que iba a organizarse en 1817, hubo una especie de intermedio de guerra civil llevada a cabo en varios puntos del país; una guerra de guerrillas que hacían criollos partidarios de la república contra criollos partidarios del rey, con algunos españoles en ambos bandos, y que esa guerra de guerrillas comenzó a definirse en el sentido de una especie de preguerra de independencia a mediados de 1815, gracias a la expedición de Morillo.

El mariscal de campo don Pablo Morillo llegó a las costas de Venezuela a principios de abril de 1815, con un ejército español de más de diez mil hombres. Fernando VII, que se sentía seguro ya en su trono, quería paz en el imperio americano; pero una paz impuesta a cañonazos.

La expedición de Morillo marcó el punto de partida de la definición de la guerra debido a que le quitó el aspecto de contienda civil entre venezolanos y le dio el aspecto de lucha de venezolanos contra españoles. En buena cuenta, los hombres de Boves, sin Boves, no tenían por delante ya más venezolanos a quien matar ni despojar, por lo menos venezolanos blancos y ricos, pues de hecho, no quedaban venezolanos de esa clase; y por otra parte sucedía que los soldados que Morillo llevaba a Venezuela no tenían nada que ver con los hombres de Boves; no eran sus amigos, no les ofrecían seguridad alguna. Los canarios, los catalanes, los asturianos y los vascos que vivían en el país desde los días de la colonia se habían mezclado con los criollos, y algunos de ellos se apegaron tanto a la gente venezolana que murieron combatiendo contra los realistas. Unos eran agricultores, otros eran pulperos, otros eran artesanos, otros eran pescadores; habían pasado parte de su vida en los Llanos, en La Guaira, en Valencia, en Caracas; el que más y el que menos tenía hijos mestizos o amigos

mulatos o compadres zambos. Pero esos soldados de Morillo eran verdaderamente extranjeros, gente que no tenía ninguna vinculación con el país; gente que llegaba desde España dispuesta a matar venezolanos, y desde el primer momento llegaba con una actitud de enemigo.

Ningún acontecimiento histórico se produce en cortes nítidos. Hubiera sido de tontos esperar que al pasar de guerra social a guerra de independencia, la lucha de Venezuela lo hubiera hecho de un día para otro y dejando de golpe en el pasado todas sus características de guerra social. Ésta iría reduciéndose gradualmente o iría tomando poco a poco su debida proporción, pero no desaparecería del todo. Iría en el morral de los soldados de la independencia, como una semilla siempre viva. Los llaneros, los libertos, los mulatos y los zambos, ascenderían de batalla en batalla, ganarían preeminencia según avanzara la marcha de la historia; pero entre ellos habría muchos que llegarían a los grados más altos sin dejar de ser díscolos, dañinos a la disciplina de los ejércitos republicanos e incapaces de adaptarse a ambientes de paz y orden.

Cuando Morillo estaba en Caracas, Bolívar estaba en Cartagena. Morillo se dio cuenta de que Nueva Granada y Venezuela formaban una unidad geográfica y militar, a pesar de la Cordillera de los Andes, y sin perder tiempo se dirigió de Venezuela a Nueva Granada, tomó Bogotá —donde fusiló a unos cientos de patriotas— y puso sitio a Cartagena. Con Cartagena en poder, suyo, el general español dominaba toda la costa venezolana del Caribe. Bolívar había pasado a Jamaica y de esa isla se fue a Haití en diciembre de 1815.

Bolívar estuvo dos veces en Haití, ambas en 1816, además de los siete días finales de 1815. Pocos meses antes de su primer viaje se refirió a Haití, como dijimos en el capítulo XI, con las palabras de "el ejemplo de Santo Domingo", de lo cual podría inferirse que había estado estudiando la situación haitiana desde antes de ir a ese país.

En Haití, el joven Libertador consiguió ayuda del presidente Alejandro Petión y al comenzar el mes de mayo de 1816 llegaba a la isla Margarita al frente de una flotilla con unos doscientos cincuenta expedicionarios. En Margarita fue reconocido como jefe supremo de las fuerzas libertadoras de Venezuela, con Mariño como segundo jefe;

e inmediatamente comenzó a actuar. El día 8 de mayo proclamó el final de la guerra a muerte, aunque condicionado, pues si los españoles seguían haciendo ese tipo de guerra, "tomaremos una justa represalia y seréis exterminados". En Carúpano, el 2 de junio, decretó la libertad de los esclavos y al mismo tiempo ordenó la incorporación de todos ellos al ejército libertador, "desde la edad de catorce hasta los sesenta años". En Ocumare, el 6 de julio, abolió otra vez, sin condiciones, la guerra a muerte y la esclavitud.

Bolívar, pues, reconocía a mediados de 1816 que ya no había guerra social y de manera implícita admitía que quedaban sus gérmenes y que había que evitar que esos gérmenes evolucionaran como lo habían hecho años antes. La guerra social se había producido porque había habido injusticia social; y aunque no hay duda de que al libertar a los esclavos Bolívar cumplía una promesa hecha a Petión, tampoco debe haber duda de que Bolívar había acabado dándose cuenta de que la guerra social había tenido razón de ser, entre otras causas, en la esclavitud.

Después de su llegada a Carúpano en 1816, Bolívar despachó a Mariño a Guiria —hacia el este— y a Piar hacia Maturín, mientras él se dirigía por la vía de la costa al centro vital del país, que era Caracas. Su plan era tomar Ocumare de la Costa, entre La Guaira y Puerto Cabello, y lanzarse sobre Caracas, tal vez porque pensaba que si tomaba la capital mediante un golpe de audacia sería inmediatamente reconocido jefe del gobierno revolucionario por los jefes de las diversas guerrillas que estaban operando en regiones apartadas de Venezuela. La operación fracasó y Bolívar se dirigió a Guiria, donde halló a Mariño y a Bermúdez rebelados contra él. De Guiria embarcó otra vez hacia Haití, y hasta Haití le llegó una solicitud de los jefes de las guerrillas venezolanas para que volviera a hacerse cargo del mando supremo. El presidente Petión volvió a ayudarle, y al finalizar el mes de diciembre de 1816, el joven caudillo se encontraba en Margarita, y el primer día de 1817, en la tierra continental de la antigua Costa Firme.

En ese momento, agotada del todo la guerra social, iba a comenzar la verdadera guerra de independencia, hecha por los mismos soldados que con Boves habían destruido la república. Esos antiguos llaneros realistas, bajo el mando de jefes republicanos, iban a llegar hasta Potosí derrotando ejércitos realistas.

## *XIII. LA INFLUENCIA DE HAITÍ EN LA OBRA DE BOLÍVAR*

En el capítulo XI de este libro dijimos que en una carta escrita para ser publicada en la Gaceta Real de Jamaica —septiembre de 1815— Bolívar se refirió por vez primera a la revolución haitiana mencionándola como "el ejemplo de Santo Domingo".

Se sabe que por los días de esa carta, el joven caudillo tenía una amante en Kingston. Algunos historiadores dicen de ella que era de Santo Domingo; pero Santo Domingo era entonces la traducción española de Saint-Domingue, y Saint-Domingue había sido el nombre colonial de Haití. La amante de Bolívar era, pues, una emigrada de Haití, ya que las familias emigradas de la parte española de Santo Domingo se fueron a Puerto Rico, a Cuba y a la misma Venezuela y no hay constancia de que ninguna de ellas fuera a dar a Jamaica.

Es posible que de su amante haitiana de Kingston recibiera el Libertador las noticias sobre la guerra social que había acabado con la riqueza haitiana. No nos referimos a las noticias de conjunto, puesto que ésas debía conocerlas Bolívar ya que la revolución haitiana había sido un acontecimiento demasiado importante para que un político de su categoría las ignorara; nos referimos a las noticias de detalles, a las que podía dar un testigo presencial de los acontecimientos; a las descripciones de cómo había sido Haití antes de 1790 y qué había quedado de su antiguo esplendor; de cuánta había sido la crueldad desplegada en la revolución y de cómo morían las familias blancas propietarias de esclavos e ingenios de azúcar; de cómo los esclavos habían pasado a jefes militares y políticos, a emperadores y reyes.

Difícilmente nadie mejor que Bolívar podía hacerse cargo de lo que había sucedido en Haití, pues él había sido testigo, actor y víctima de la guerra social venezolana. Lo único que tenía que hacer el joven caudillo caraqueño para comprender a fondo a qué punto destructor y fiero había llegado la revolución haitiana, era comparar a los jefes de

la revolución de Haití con Boves y Antoñanzas. Necesariamente, los haitianos, por razones de educación, hábitos y posición social, tenían que ser más crueles, puesto que habían nacido esclavos y habían sufrido todo el rigor de su estado. Al fin y al cabo, Boves y Antoñanzas no habían sido esclavos como Dessalines y Cristóbal.

Por otra parte, la colonia francesa de Saint-Domingue, con todo y no sobrepasar los 15.000 kilómetros cuadrados, había sido más rica y más fastuosa que la Venezuela colonial con su 1.000.000 de kilómetros cuadrados y sus 800.000 habitantes. Haití tenía más de 500.000 esclavos trabajando para unos cuantos millares de franceses y para el rico mercado metropolitano de Francia. Al comenzar la guerra social venezolana, el país tenía 62.000 esclavos, esto es, ocho veces menos que Haití cuando Haití comenzó la suya, y un mercado comprador mucho más pobre que el de la antigua colonia francesa. A pesar de las divisiones de castas, tan marcadas en Haití como en Venezuela, en Haití había muchos mulatos ricos y blancos franceses cargados de oro que casaban con mulatas, y había mulatas amancebadas con blancos que derrochaban fortunas de sus amantes, cosa que no se había visto en Venezuela. El lujo, el refinamiento y la corrupción de los colonos franceses y de los mulatos ricos de Haití era proverbial y pocas veces visto en otra parte. La revolución, pues, tuvo en Haití más bienes para destruir que los que tuvo la revolución en Venezuela. Y por último, si Boves fue fiero, Dessalines no lo fue menos; si Morales degolló cientos de hombres y mujeres, Cristóbal convirtió en cenizas a la fastuosa ciudad de Cabo Haitiano.

La revolución haitiana había sido más radical porque había cumplido al mismo tiempo el doble papel de guerra social y guerra de independencia, cosa que no sucedió en Venezuela porque Boves era español y peleaba a nombre de España, de manera que no le interesaba hacer independiente al país. Dessalines, el antiguo esclavo, estableció la doctrina de que el mal de Haití estaba en el color blanco, y en consecuencia degolló a todos los blancos, y como sucedía que en Haití no había haitianos blancos, blanco y francés quería decir lo mismo. En Haití, pues, la guerra de razas fue al mismo tiempo la guerra contra la metrópoli; y eso no sucedió en Venezuela, donde los ricos blancos criollos se habían declarado en lucha contra España. Boves, que era

español, y cuyo ejército estaba compuesto en su casi totalidad por venezolanos, murió como jefe militar español; Dessalines murió como jefe del Estado haitiano, con el título de Emperador Jacques I.

Jacques I fue asesinado en octubre de 1806. Como no había dejado vivo un blanco francés, y como éstos habían sido de hecho los amos de toda la tierra de Haití, al terminar la guerra la nación había quedado dueña de las tierras. Los dos sucesores de Dessalines usarían esa riqueza agraria en dos formas distintas.

Esos sucesores fueron Cristóbal, delegado del emperador en el Norte con su asiento en Cabo Haitiano, y Alejandro Petión, delegado en el Sur con su sede en Puerto Príncipe.

A la muerte de Jacques I, una convención constituyente transformó el imperio en república y designó presidente a Cristóbal. Pero Cristóbal temía que Puerto Príncipe —donde el prestigio de Petión era dominante— no lo aceptaría como presidente, y marchó hacia esa ciudad al frente del ejército del Norte. El general negro no pudo tomar Puerto Príncipe y la asamblea constituyente lo declaró fuera de la ley. De vuelta a Cabo Haitiano, Cristóbal estableció la república del Norte, presidida por él. (Más tarde, en junio de 1811, la república del Norte fue convertida en monarquía y su presidente en Su Majestad Henri Cristophe I; y fue monarquía hasta la trágica muerte del rey, ocurrida en octubre de 1820).

A principios de marzo de 1807 la convención constituyente eligió a Alejandro Petión presidente de Haití, pero en verdad sólo lo fue de la república del Sur, pues las dos porciones de la antigua colonia francesa de Saint-Domingue no volverían a unirse sino después de la muerte de Henri Cristophe, y para entonces ya Petión había muerto. Alejandro Petión gobernó, pues, desde su capital de Puerto Príncipe en un territorio que no podía tener más de 8.000 kilómetros cuadrados. Petión murió el 29 de marzo de 1818, al cumplir diecisiete años en el ejercicio del poder.

Henri Cristophe I y Alejandro Petión usaron de manera muy distinta las tierras de la nación. El rey volvió al latifundio colonial, para beneficio suyo y de la nobleza que él había formado, y con el latifundio resucitó la esclavitud de hecho, aunque no de derecho. El fruto lógico de una monarquía latifundista tenía que ser, y eso fue, la tiranía política,

basada en un ejército que el rey mantenía reclutando campesinos sin tierra. Petión, en cambio, distribuyó entre los campesinos del Sur las tierras del Estado, y a menudo él mismo hacía los repartos. Con una población de vida frugal, en la que todos los adultos habían nacido esclavos o a lo sumo negros y esclavos libertos, la república agraria de Petión vivió de manera sencilla y pacífica en una especie de democracia patriarcal, a la vez nacionalista y sosegada.

Así la conoció Bolívar cuando llegó a Los Cayos, primero, y a Puerto Príncipe después, a fines de 1815; y estaba en Haití del Sur de nuevo en 1816, en su segundo viaje, cuando Alejandro Petión fue exaltado a la presidencia vitalicia con derecho a nombrar sucesor. A principios de octubre de 1816, hallándose en Puerto Príncipe, el Libertador escribió felicitándole por haber sido declarado presidente de por vida; y no lo hizo para halagar al gobernante o para ganar su simpatía, pues contaba con ésta; y además, Petión era un hombre austero, a quien no le gustaban los halagos. Bolívar lo hizo porque sabía que el pueblo haitiano le había pedido a su gobernante que fuera presidente vitalicio sin que mediaran presiones oficiales. Diez años después, Bolívar recordaría esos días y usaría sus recuerdos de Haití a la hora de escribir la constitución política de Bolivia; pero Bolivia era tierra de latifundistas y señores con siervos indios, no la república agraria y democrática de Alejandro Petión, lo cual explica el fracaso de la presidencia vitalicia de Sucre en el antiguo Alto Perú.

A pesar de la paz, de la vida casi arcádica que vio el Libertador en Haití del Sur, también vio los efectos de la guerra social. Esa guerra había terminado hacía años, y sin embargo Haití no era la tierra fabulosa que había sido en 1790. No conocemos una descripción de Haití del Sur en 1816, pero sabemos que a las grandes plantaciones trabajadas por esclavos habían sucedido los pequeños fundos de producción primitiva, familiar y pobre; y podemos imaginarnos, porque lo hemos visto en nuestros días en diversos países de la América Latina, que al lado de las viejas casonas de piedras de los días coloniales, y aun dentro de ellas mismas, debían estar viviendo los antiguos esclavos con los mismos hábitos que habían tenido antes de ser libertados por la revolución; que los baños de piscina de los grandes patios arbolados estarían convertidos en depósitos de basura, que en vez de los carruajes dorados que

transitaron años antes por las calles empedradas, llevando caballeros empolvados y mulatas cubiertas de sedas y joyas, se verían los enanos borricos cargados de plátanos y yuca caminando despaciosamente por callejuelas de tierra. En 1816 Haití del Sur era feliz pero pobre, y ya nunca más volvería a ser la tierra espléndida de otros tiempos; Haití del Norte era una tiranía de espanto. Ante ese espectáculo, Bolívar debía pensar necesariamente que lo que la guerra social había hecho de Haití lo haría de Venezuela.

La influencia de Haití en la vida de Bolívar, y por tanto en la historia americana, tuvo varias manifestaciones: gracias a la ayuda de Petión, el Libertador pudo terminar la obra que había iniciado a orillas del río Magdalena en 1813; basado en el recuerdo de la república de Petión concibió la constitución boliviana. Sin embargo lo más importante de esa influencia fue lo que Bolívar no quiso decir de manera abierta, aunque lo dejó dicho en varias formas: había que evitar que la guerra social produjera en Venezuela las consecuencias que produjo en Haití. La espina dorsal oculta de la obra de Bolívar sería ésa: impedir que la guerra social resucitara en Venezuela.

Desde luego, el Libertador no llegó a esa conclusión por sorpresa, sólo a la vista del estancamiento haitiano. Ya antes había intuido los resultados de la guerra social. En 1812 no aceptaba que la lucha era sólo una guerra social; pero al terminar ese año decía en Cartagena que en Venezuela había una "subversión de principios y cosas", y que con tal subversión "el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada"; y en septiembre de 1813, al hacer historia de los acontecimientos de 1812, dice claramente: "Tal era el infeliz estado de Caracas cuando reventó en los valles de la costa del Este, la revolución de los negros, libres y esclavos, provocada, auxiliada y sostenida por los emisarios de Monteverde"; y a seguidas hace una larga descripción de lo que ya era la guerra social, aunque él no la calificaba así.

A pesar de que rehusaba llamar a la guerra social por su nombre, Bolívar tuvo que admitir que era una guerra social. En febrero de 1814, en pleno Año Terrible, recordaba que "dos años han pasado, y se ven aún en las empalizadas de San Juan de los Morros los esqueletos humanos"; relata escenas de exterminios verdaderamente espantosos, pero afirma

que fueron obra de los españoles. Se pregunta: "¿Cuál ha sido el blanco de tantas traiciones, crueldades, conspiraciones, perfidias, transgresiones repetidas de las leyes, de los pactos, del derecho de las naciones, y de esa devastación de Venezuela, que nunca la pluma podrá describir?" Y se contesta: "No aspiran a establecer un imperio: es su objeto arruinarlo todo. La tiranía misma, para que pueda existir, está obligada a conservar. Las plantaciones, los ganados, las obras de arte, las preciosidades del lujo, la opulencia de las ciudades son el incentivo de los conquistadores. Los españoles no son ni estos conquistadores: son las bandas de tártaros que quieren borrar los rasgos de la civilización, echar por tierra con su hacha salvaje los monumentos de las artes, sofocar la industria, las mismas materias de primera necesidad". ¿No es eso lo que hacen los hombres lanzados a la guerra social, destruirlo todo? Y por otra parte, ¿no sabía Bolívar que aunque unos pocos españoles mandaran las fuerzas destructoras, éstas eran de venezolanos? Según dijo en esa misma ocasión, Venezuela había sido destruida: "La agricultura, la industria y el movimiento del comercio no se percibían más, en un país muerto bajo la esclavitud. Las máquinas eran inutilizadas, los almacenes pillados; quedaban sólo vestigios de la antigua grandeza; en las ciudades casi desiertas, no se veían más que algunos brutos pastando...". (Debemos aclarar que al decir "en un país muerto bajo la esclavitud", Bolívar se refería a la esclavitud impuesta por la tiranía de las armas, no a la de los esclavos negros.)

Todo lo que Bolívar había visto y conocido en Venezuela entre 1812 y 1814 tenía que cristalizar en su inteligencia y en su imaginación ante el espectáculo que le presentó Haití. Haití del Sur era el mejor ejemplo de lo que podía producir la guerra social, pues esa república de Petión era feliz. ¿Cómo sería, pues, un país en el que la guerra social lo destruyera todo y no pudiera disfrutar de un gobierno como el de Petión?

La guerra social no había sido en Venezuela, como hemos dicho antes, la suma de las batallas que ganó o perdió Boves. La guerra social venezolana había sido la devastación y el crimen extendidos por todo el país; habían sido las partidas innumerables actuando en cada lugarejo, matando, violando, quemando, robando, torturando. Bolívar la había visto en todo su horror; y en algún momento había pensado que

la manera de evitarla en lo sucesivo era conseguir que los hombres que la hacían se dedicaran a combatir por la libertad. El 13 de enero de 1815 había terminado un discurso en Bogotá con estas palabras: "Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón, y que el odio, la venganza y la guerra se alejen de nuestro seno y se lleven a las fronteras a emplearlos contra quienes únicamente son justos, a saber, contra los tiranos". En el lenguaje de Bolívar, "tiranos" eran los españoles.

Pero fue después de haber estado en Haití cuando Bolívar se resolvió a actuar en el sentido de destruir en Venezuela los gérmenes de la guerra social. Así, a la vuelta de su primer viaje a Haití declaró la libertad de los esclavos y su incorporación al ejército libertador (en Carúpano, el 2 de junio de 1816), como ya dijimos, y siguió preocupado durante toda la campaña que llevó a cabo más tarde, hasta culminar en el armisticio de Morillo, por mantener a los esclavos bajo la disciplina militar.

Esto se prueba con sus medidas y sus palabras. El 11 de marzo de 1818 insistía, con un decreto, en la abolición de la esclavitud y en que "todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad"; ese mismo mes, en La Victoria y en el Consejo —villa cercana a Caracas— repetía lo mismo; en julio, de vuelta a Angostura, le comunicaba a la Alta Corte de Justicia que la esclavitud había sido abolida, y ante el Congreso de Angostura, el día de su instalación —15 de febrero de 1819— en el célebre discurso que lleva el nombre de la ciudad, afirmaba que las bases de la república debían ser "la división de los Poderes, la Libertad civil, la proscripción de la Esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios". Allí dijo: "La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro Cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego", "...vosotros sabéis la historia de los Helotas, de Espartaco y de Haití". Y tanto valor daba él a ese temor que le hacía recordar ante el Congreso los sucesos de Haití, que dejaba en libertad a los congresistas de aceptar o no sus decretos, pero reclamaba que se aprobaran los que habían dado libertad a los esclavos. Dijo: "Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos y Decretos; pero yo imploro la

confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".

Si Bolívar comenzó liberando esclavos en 1816 para satisfacer un compromiso hecho con el presidente Petión, no hay duda de que siguió libertándolos para evitar la guerra social. A lo largo de su lucha, y cuando Petión ya no existía, se mantuvo preocupado por el problema de la esclavitud como razón de ser, o parte de la razón de ser, de la guerra social; y más adelante veremos pruebas de esta afirmación. En cuanto el ejemplo de Haití, ése estuvo presente en sus preocupaciones durante muchos años. El 30 de mayo de 1820, en carta a Santander, escribía algo verdaderamente revelador. Decía:

> Lo de los esclavos, si andan alborotando el avispero, resultará lo que en Haití: la avaricia de los colonos hizo la revolución, porque la república francesa decretó la libertad, y ellos la rehusaron, y a fuerza de resistencia y oposiciones irritaron los partidos naturalmente enemigos.

Lo que Bolívar quería decir con esos párrafos un tanto confusos era que Francia había decretado la libertad de los esclavos, a lo cual se opusieron los amos (colonos) de Haití, y con su oposición provocaron las sublevaciones negras. "El impulso de esta revolución", seguía diciendo Bolívar, refiriéndose a la que él encabezaba, "está dado, ya nadie lo puede detener y lo más que se podrá conseguir es darle buena dirección... Debemos triunfar por el camino de la revolución, y no por otro. Los españoles no matarán (a) los esclavos, pero matarán (a) los amos y entonces se perderá todo". Eso, matar a los amos era lo que habían hecho las hordas de Boves en 1814.

Entre los diez puntos por los cuales el Libertador consideraba que debía celebrarse el Congreso de Panamá y debía llegarse a un anficcionado americano, había uno —el noveno— dictado por el recuerdo de la revolución haitiana. Por lo menos, así lo dijo Bolívar mismo en el borrador que hizo en 1826 con el objeto de organizar sus ideas sobre el congreso de Panamá; y éstas son las palabras que usó:

> La América no temerá más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo; ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitadores.

En el punto octavo de ese borrador había aludido a la guerra social venezolana con esta frase: "La diferencia de origen y colores perdería su influencia y poder"; pero en el noveno habló directamente de Haití. Pues allí donde él escribía "isla de Santo Domingo" —ya lo hemos dicho— se refería a Haití, la antigua Saint-Domingue de los franceses.

Por último, el 9 de noviembre de 1830, cinco semanas antes de morir, en carta al general Juan José Flores, insistía en que la guerra social destruiría a América; afirmaba que Colombia caería "infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas"; aseguraba que "si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América", y recordaba a Haití con esta alusión: "La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas...".

"Las Antillas" era Haití, pues sólo Haití, en las tierras antillanas, había sido el teatro de la guerra social.

## *XIV. EL FUSILAMIENTO DE PIAR*

La guerra venezolana de la independencia comenzó verdaderamente en 1817. Los mantuanos creyeron que la habían hecho en 1811, Bolívar pretendió que la había realizado en 1813 y 1814. Pero ni la de 1811 ni la de 1813-14 fueron guerras de independencia. La de 1811 fue sólo el prólogo de la guerra social, y ésta se prolongó hasta el final de 1814, y después fue diluyéndose en 1815 y 1816 en guerritas locales, en parte sociales, en parte de independencia. Pero al comenzar el año de 1817 ya no había guerra social en Venezuela y las fuerzas nacionales estaban, arma en ristre, listas para comenzar la de independencia.

La muerte de Boves había dejado a las hordas llaneras sin jefe; entonces estas hordas agrupáronse alrededor de pequeños jefes que aparecían en lugares distantes, algunos mestizos como José Antonio Páez o Manuel Cedeño, otros blancos como los hermanos Monagas. Los hombres de Boves, que se habían acostumbrado a vivir en la guerra —y de ella— no podían volver a sus hábitos anteriores y menos aún a la sumisión en que habían nacido; y buscaron jefes que no eran realistas porque ya los realistas no tenían jefes como Boves. Así fue como la parte más agresiva de la masa fue conducida, por la guerra social, del realismo al republicanismo, de la colonia a la independencia, en un proceso similar al que se había dado en Haití veintitantos años antes. Tal vez la personificación más nítida de ese proceso fue Negro Primero, que murió en la última batalla de Carabobo con el grado de ayudante de Páez, el Aquiles de Venezuela: la primera vez que participó en una acción de armas, Negro Primero, fue con un amigo, a pelear para conseguir despojos de los vencidos, ropa y aperos para su caballo.

De ese proceso se había dado cuenta Bolívar ya en 1815, es decir, antes de que se manifestara abiertamente. En el capítulo XI copiamos los párrafos de su carta de Kingston donde describía el pase de los llaneros a las filas independientes. "Los actuales defensores de

la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos", decía. Y apenas hacía ocho meses que Boves había muerto.

En esos días de 1815, para la generalidad de los venezolanos la guerra social sólo había dejado tras sí la muerte, la destrucción, el terror, y a Venezuela bajo el dominio español, al parecer de modo absoluto. Esa creencia era fruto de una perspectiva demasiado corta, pues la guerra social había sacudido de tal manera, y con tanta violencia, las entrañas de la sociedad venezolana, que por el momento nada podía ser estable en el país, ni siquiera el poder español.

Pero pronto iban a verse los resultados profundos de la guerra social. Hombres nuevos habían sucedido a Boves. Boves —ya lo hemos dicho— no tuvo sustitutos españoles, pero los tuvo venezolanos. Páez, Cedeño, Anzoátegui, los Monagas, eran tan excelentes guerreros como el terrible asturiano, e igual que él, supieron ganarse la confianza de los llaneros.

Al comenzar el año de 1817, todos esos jefes juntos formaban un Boves, pero no eran Boves porque tenían limitaciones. Tras Boves se hallaba el poder español, con el prestigio secular de la monarquía; tras sus herederos venezolanos no había nadie, no había tradición de poder nacional. Esos nuevos jefes venezolanos eran algo parecido a señores feudales de las armas republicanas, y les hacía falta un rey que los unificara. Bolívar era ese rey, el que los respaldaría, el que les reconocería rangos y autoridad.

En el terreno político, Bolívar era el llamado a ser jefe natural de una especie de ejército disperso que se movía en varias regiones del país, pero un ejército que no se asfixiaba en un vacío como aquel que él había comandado en 1813. En 1813 no existía la sociedad que podía y debía darle base y sustancia civil y política a aquel ejército, y en 1817, destruida del todo la sociedad mantuana a los golpes de la guerra social, la población venezolana, igualada por la fuerza, estaba lista para integrarse en una nueva sociedad de la que el nuevo ejército sería un instrumento natural.

Bolívar, sin embargo, no estaba seguro de que la guerra social hubiera terminado, y quería tomar Caracas sin perder tiempo. Desde Caracas, él se impondría al teniente o a los tenientes que manifestaran resabios de guerra social; así, se internó en dirección de la zona montañosa y rica de Ocumare del Tuy, buscando tomar Caracas por sorpresa.

Pero fue derrotado el 9 de enero en Clarines y tuvo que retroceder a Barcelona, donde resistió un sitio por mar y tierra de casi tres meses.

A fines de marzo (1817), el joven caudillo se dirigió hacia el Sur, en busca de la Guayana, donde algunos de los jefes que le habían reconocido como comandante supremo estaban sitiando la ciudad de Angosturas —hoy Ciudad Bolívar—, en la orilla del Orinoco. Allí estaba Manuel Piar, el general que poco antes había tenido dos victorias importantes contra las fuerzas españolas; y Manuel Piar era un caudillo en potencia de la guerra social, el hombre que podía renovar en 1817 el tipo de guerra que había hecho Boves. Bolívar, que comprendió inmediatamente el peligro en que se hallaba la lucha por la independencia de volver a empantanarse en una guerra social, tomó la decisión de impedir la rebelión del general Piar a cualquier precio.

La generalidad de los historiadores cree que la actitud de Bolívar frente a Piar —y de Piar frente a Bolívar— fue una mera batalla de dos hombres por la preeminencia militar. Sin embargo Bolívar fue explícito en el punto y dijo con toda claridad que fusiló a Piar porque éste quiso resucitar la guerra social; y Bolívar fue hombre de honestidad intelectual poco común, que podía callar la verdad, o decirla a medias, si decirla por entero perjudicaba sus planes políticos, pero que era completamente incapaz de una mentira. Por honestidad intelectual y además porque era una naturaleza viril en la plena acepción del término, Bolívar no mentía.

El Libertador relevó a Piar y a Cedeño del mando en el sitio de Angostura y en su lugar designó a Bermúdez, y él mismo se puso al frente del ataque a Guayana la Vieja, un puerto del Orinoco que estaba al oriente de Angostura.

Aunque no hay documentos que lo indiquen, es casi seguro que Bolívar notó desde el primer momento de su llegada a La Guayana que Piar maquinaba algo peligroso. Por esos días se produjo un episodio que ha sido muy celebrado por los historiadores, el llamado Delirio de Casacoima; y consistió en que una noche de lluvia, sorprendido por el enemigo, Bolívar se lanzó a la laguna de Casacoima, que estaba infestada de cocodrilos y culebras venenosas, y cuando logró reunirse con sus hombres, ya tarde, mientras se calentaba ante una hoguera y esperaba que el calor del fuego secara sus ropas mojadas, comenzó a hablar de

lo que haría el ejército libertador: cruzaría los Andes, libertaría Nueva Granada, pasaría después a Quito y al Perú y acabaría echando a los españoles de toda América. Uno de los que le oía, creyendo que Bolívar deliraba, comentó que el Libertador se había vuelto loco.

Pero sucedía que el 13 de enero de 1815, él había dicho en Bogotá que "el odio, la venganza y la guerra" debían alejarse de "nuestro seno" y debían ser llevados "a las fronteras a emplearlos" contra los españoles; y ahí, en Casacoima, él simplemente expresaba en una forma detallada y vivida aquella idea dicha en Bogotá dos años y medio antes; y si la idea apenas esbozada en Bogotá resultaba ampliada esa noche en Casacoima, era porque algún estímulo la había actualizado. ¿Cuál podía ser este estímulo? El temor a que Manuel Piar, un general brillante, joven, aguerrido y de naturaleza díscola, pudiera resucitar la guerra social.

No hay duda de que a partir de su choque con Piar —en que éste fue fulminado de manera terrible—, Bolívar comenzó a desenvolver toda una política llamada a secar la raíz de la guerra social; de manera que si no fuera suficiente lo que el mismo Bolívar dijo para llegar a la conclusión de que la lucha entre él y Piar no fue una simple disputa sangrienta por el poder, lo que Bolívar hizo después para extender lo que hoy llamamos justicia social en favor de la gente más humilde del ejército libertador —por lo general, negros y mestizos— es un argumento de peso en la dilucidación del problema.

La importancia que Bolívar concedió al caso de Piar indica que el Libertador no se había asustado con un fantasma; pues si el general Piar hubiera sido un simple soñador o un hombre solitario con la idea de hacer una "guerra de colores" —como le llamaba Bolívar a la guerra social—, sin masa que pudiera seguirle, es probable que Bolívar no le hubiera perseguido con la fiereza con que lo hizo. Pero en toda Venezuela había negros, pardos, mulatos, zambos y hasta indios que podían responder a la llamada de un Boves criollo. Desde que se fugó de Angostura el 25 de julio hasta que cayó fusilado el 16 de octubre (1817), Piar representó un serio peligro de reinicio de la guerra social, y durante todo ese tiempo Bolívar estuvo tomando medidas que lo evitaran; pero además, las siguió tomando después.

Al mismo tiempo que Piar, estaba rebelado contra Bolívar el general Mariño, pero Bolívar apenas se preocupó por la actitud del que

había sido su segundo en mando en el Año Terrible, porque Mariño, un mantuano, no iba a hacer la guerra social. En cambio, preparó cuidadosamente la captura de Piar, su juicio y su muerte.

Piar era hijo de una mulata de Curazao y de un canario avecindado en Caracas. Podía pasar por blanco, pero él sabía que no lo era y tal vez eso le hizo crecer amargado contra la sociedad mantuana, tan puntillosa en materia de limpieza racial. Parece que Piar trató de esconder su origen, seguramente para no ser infamado por mestizo. Bolívar, que temió a la guerra social por su poder destructor pero que nunca fue racista, se indignaba ante esa cobardía moral. En el manifiesto que escribió el 5 de agosto para explicar la conducta del fugitivo, decía:

> Engreído el general Piar de pertenecer a una familia noble de Tenerife, negaba desde sus primeros años, ¡¡¡ qué horrible escándalo!!! (sic) negaba conocer el infeliz seno que había llevado este aborto en sus entrañas. Tan nefando en su desnaturalizada ingratitud ultrajaba a la misma madre de quien había recibido la vida por el solo motivo de no ser aquella respetable mujer del color claro que él había heredado de su padre. Quien no supo amar, respetar y servir a los autores de sus días no podía someterse al deber de ciudadano y menos aún al más riguroso de todos, el militar.

En otro párrafo decía que "el general Piar ha tenido como un timbre la genealogía de su padre y ha llegado su impudencia hasta el punto de pretender no sólo ser noble, sino aun descendiente de un príncipe de Portugal (entre sus papeles existe este documento)".

Desde luego, en la proclama del 5 de agosto hay muchos párrafos de propaganda política, destinados a presentar a Piar como el peor de los oficiales del ejército libertador; y había razones para inculparlo de numerosas rebeldías, pues Piar era díscolo sin el menor asomo de duda. Pero las partes importantes de la proclama, las que en verdad demuestran la causa real de la preocupación de Bolívar, son las que se refieren a la amenaza de guerra social encarnada en Manuel Piar.

Piar se había rebelado antes contra la autoridad de Bolívar y éste no había pretendido fusilarlo. En esos mismos días estaba rebelado Mariño; antes se habían rebelado Bermúdez y Ribas y después se

rebelarían Arismendi y Páez, y Bolívar no llegó con ninguno de ellos a los extremos a que llegó con Piar en 1817. ¿Por qué? Porque sólo Piar, entre todos ellos, amenazó con la guerra social; y después de haberla vivido en Venezuela y de haber visto sus resultados en Haití, Bolívar tuvo ante sí todo el tiempo, hasta su muerte, el fantasma de esa guerra como un engendro de los infiernos.

Decía él que

> Calumniar al gobierno de pretender cambiar la forma republicana en la tiránica; proclamar los principios odiosos de la guerra de colores para destruir así la igualdad que desde el día glorioso de nuestra insurrección hasta este momento ha sido base fundamental; instigar a la guerra civil; convidar a la anarquía, aconsejar el asesinato, el robo y el desorden, es en sustancia lo que ha hecho Piar desde que obtuvo licencia de retirarse del ejército...

Y más adelante:

> El general Piar con su insensata y abominable conspiración sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. Venezolanos, ¿No os horrorizáis del cuadro sanguinario que os ofrece el nefando proyecto de Piar? Calificar de un delito el accidente casual que no puede borrar ni evitar. El rostro según Piar es un delito y lleva consigo el decreto de vida o de muerte. Así ninguno sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para substraerse de la mutua persecución. Si jamás la guerra fratricida como lo desea Piar llegase a tener lugar en Venezuela, esta infeliz región no sería más que un vasto sepulcro donde irían a enterrarse en todas partes la virtud, la inocencia y el valor...

Bolívar parecía temer que esas enérgicas frases acerca de la guerra social no fueran suficientes para convencer a los posibles seguidores de Piar, y mezcladas con ellas escribió algunas más

destinadas a demostrar que la guerra social era ya innecesaria porque la república no establecía diferencias de clases ni de color, pues Bolívar tuvo siempre la tendencia a considerar la guerra social como una guerra de razas. Así, decía el Libertador en la proclama del 5 de agosto:

> El general Piar no desea la preponderancia de un color que él aborrece y que siempre ha despreciado como es constante por su conducta y documentos ... la imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis. Por el contrario. ¿Cuáles han sido los principios del Congreso? Cuáles las leyes que ha publicado?.. . Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminente dignidad de ministros del rey, y aun de grandes de España. . . Los pardos degradados hasta la condición más humillante estaban privados de todo. El estado santo del sacerdocio les era prohibido; se podría decir que los españoles les habían cerrado las puertas del cielo...

En los dos meses y diez días transcurridos entre esa proclama y el fusilamiento de Piar —condenado por un tribunal militar, con todas las de la ley—, Bolívar ordenó la confiscación de los bienes enemigos y su repartición entre los soldados del ejército libertador; hizo publicar boletines de varias victorias para dar sensación de poder. Estaba, a su juicio, descabezando la guerra social y lo hacía cuidadosamente.

El 16 de octubre, Piar pagó con su vida tres años de guerra social en cuyos horrores no había tomado parte. El 17, Bolívar escribía una nueva proclama. "Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón", decía. "El general Piar fue ejecutado por sus crímenes de lesa patria, conspiración y deserción". Y más adelante: "El general Piar, a la verdad, había hecho servicios importantes a la República.. .". Afirmaba que Piar iba a ser designado segundo jefe cuando desertó; y de pronto comienza a preguntarle a los soldados:

> ¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y de colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no han sido repartidos entre vosotros?

Todo lo cual, en resumen, quería decir que ni Piar ni nadie tenía que hacer la guerra social porque ya era innecesaria, pues la república había aprendido la lección del Año Terrible y era y seguiría siendo una sociedad sin los irritantes privilegios mantuanos. Pero también quería decir que Bolívar temía a la guerra social; que la temía más que a todo el poder español.

Años después, el 25 de mayo de 1828, Perú de la Croix y el comandante Wilson le oyeron decir en Bucamaranga que

> ...la muerte del general Piar fue entonces de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos, el exterminio de todos ellos y por consiguiente el triunfo de los españoles: que el general Mariño merecía la muerte como Piar, por motivos de su disidencia, pero que su vida no presentaba los mismos peligros y por esto mismo la política pudo ceder a los sentimientos de humanidad y aun de amistad por un antiguo compañero.

A seguidas, el autor del "Diario de Bucamaranga" pone en boca del Libertador estas palabras:

> ...la ejecución del general Piar... aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió proyectar y efectuar la expedición a la Nueva Granada y crear después la República de Colombia: nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida.

Si uno pone atención en lo que decía Bolívar en esos días, a casi once años de distancia de la muerte de Piar, advierte que en 1828 el Libertador seguía preocupado por las amenazas de que la guerra social se

renovara. El día 12 de mayo, esto es, dos semanas antes de su declaración sobre Piar, le había dicho a Perú de la Croix lo siguiente:

> El general Páez, mi amigo, es el hombre más ambicioso y más vano del mundo: no quiere obedecer, si no mandar: sufre de verme más arriba que él en la escala política de Colombia: no conoce su nulidad; el orgullo de su ignorancia lo ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros y las voces de mando sólo pasarán por su boca, pues vendrán de otra voluntad que la suya: yo lo conceptúo como el hombre más peligroso para Colombia, porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros cosacos, y puede, el día que quisiere, apoderarse del apoyo de la plebe y de las castas negras y zambas. Éste es mi temor, que he confesado a muy pocos y que reconozco muy reservadamente.

A pesar de ese "muy reservadamente", dos años antes, el 23 de junio de 1826, escribiendo desde Magdalena al general Santander, Bolívar decía: "...con Páez no se debe usar de este lenguaje, porque el día que se le encienda la sangre, su sangre le sirve de mucho"; y subrayaba la primera "sangre" para que no hubiera duda de que se refería a que Páez tenía autoridad sobre la masa porque era mestizo.

Así, pues, cuando habló sobre Piar, el 25 de mayo de 1828, lo hizo porque en esos días tenía presente la lección del Año Terrible, que a su juicio podía repetirse de momento.

## XV. "POR SALVAR A CARACAS..."

En 1820, creada Colombia, con la paz a la vista porque desde enero había en España un gobierno liberal que necesariamente tendría que hacer la paz con las provincias americanas rebeladas, comienzan a aparecer en el ánimo de Bolívar señales de preocupación.

Al finalizar el mes de mayo le habla a Santander de los esclavos y de la responsabilidad que tuvieron los amos de esclavos en los sucesos de Haití; le recuerda que "el impulso de esta revolución está dado, ya nadie lo puede contener y lo más que se podrá conseguir es darle buena dirección"; entiende que "se debe escribir tanto a los jefes como a los magnates lo que conviene que sepan, para recomendarles lo que afectan ignorar'", con lo cual indica que se debe decir a los amos de esclavos que los hagan libres si no quieren correr la suerte de los esclavistas haitianos.

En esa misma carta —fechada en el Rosario de Cúcuta el 30 de mayo de 1820— dice: "La ley de repartición de bienes es para toda Colombia, y ahora, bien y mal, es para todos. Mas han hecho cierta reforma en la ley, según se asegura, aunque no he visto la ley. Se mandan entregar vales de bienes nacionales a los militares, para que los compren en remate en el mejor postor".

Esa ley era la que Bolívar había redactado para que se dieran a los soldados del ejército libertador las tierras confiscadas a los realistas, y como la mayoría de los soldados era gente de pueblo, negros libres y antiguos esclavos, pardos y zambos, al hacerlos propietarios se les daba seguridad. Pero la reforma a la ley trastornaba todos los planes de Bolívar, pues la reformada creaba una nueva oligarquía terrateniente que llegaría a ocupar en la sociedad republicana el lugar que habían ocupado los mantuanos en la sociedad colonial.

Mediante la reforma hecha a la ley, algunos generales y comerciantes no tenían ni siquiera que comprar las propiedades, sino los vales de propiedad que el gobierno daba a los soldados. En una época de gran

necesidad, los soldados vendían sus vales por bagatelas. Páez mismo acabó siendo un gran terrateniente gracias a ese subterfugio. Y sucedía que sobre la base del latifundio se mantenía la esclavitud, de manera que todos los decretos de Bolívar liberando a los esclavos carecían de fuerza real. A pesar de esos decretos, la esclavitud duró en Venezuela hasta 1854.

Eso explica que en esos meses de 1820, mientras iba negociando la paz con Morillo, Bolívar se refiriera con frecuencia a la necesidad de enrolar esclavos y libertos en el ejército Libertador, pues haciéndolos soldados podía lograrse que no se rebelaran. El 8 de junio le escribía al coronel Justo Briceño: "...sobre todo mátese Vd. en que los libertos del Sur se instruyan de preferencia a todo. Éstos son hombres seguros"; el 25 del mismo mes le decía a Santander: "Los libertos que vengan derecho aquí, porque si yo no los hago disciplinar no se disciplinan nunca"; el 11 de julio, al mismo Santander: "Pida Vd. esclavos al Sur y vuelva a pedir... Cuantos esclavos vengan, mándelos Vd. a Málaga al comandante Lugo; y hasta que no pasen 4.000 por Bogotá siga Vd. pidiendo para poder sostener la independencia y la guerra. A Montilla le he mandado que tome esclavos para el servicio".

Bolívar pedía libertos y esclavos para el ejército —"para el servicio"— porque pensaba que así podría evitar que los esclavos y los libertos de Nueva Granada hicieran lo que habían hecho los de Venezuela bajo el mando de Boves. A la revolución que él estaba haciendo había que "darle buena dirección" porque nadie podía contener su impulso. "Buena dirección" significaba evitar que se desbordara en guerra social, y para lograr eso lo mejor era acabar con las causas de la guerra social antes de que se iniciara. Si los amos no aceptaban la libertad de los esclavos, él haría a los esclavos libres mediante el expediente de convertirlos en soldados, y disciplinaría a los libertos inculcándoles la disciplina de los cuarteles.

El 10 de junio de 1820, el Libertador entreabría su alma a Santander. Le decía: "...las discordias que nacen de la unión que yo he procurado formar, me hacen sufrir las agonías del suplicio. Haré otra confesión: la causa única, por decirlo así, que me ha animado a proponer la creación de Colombia ha sido la idea de destruir para siempre los motivos de odio, de discordancia y de disolución. ¡Si éstos se aumentan

que chasco horroroso!" Y en la mente de Bolívar —especialmente por esos días—, la palabra "unión" no se refería a la unión de venezolanos y neogranadinos, a la simple suma del antiguo virreinato de Santa Fe con la antigua capitanía general de Venezuela; se refería a la unión de las partes que componían la sociedad de Colombia. Adviértase que desde fines de mayo hasta mediados de julio, es decir, por los días en que escribió el párrafo a que estamos refiriéndonos, habló repetidamente del problema de los esclavos y los libertos.

Pero lo que no le confesaba todavía ni a Santander ni a nadie era que la causa de su preocupación tenía un nombre: se llamaba Venezuela, y cuando profundizaba más en su alma se llamaba Caracas. Venezuela había estado compuesta por varias provincias, y de ellas la mayor era Caracas, y el amor de Bolívar a Venezuela se concentraba, en horas de angustia, en ésa que había sido la antigua provincia de Caracas, y a menudo llamaba Caracas a toda Venezuela, pero tenía horas en que definía en sus sentimientos nítidamente a Caracas y entonces decía que Caracas era su tierra natal, la que mandaba en el fondo de su corazón.

Es fácil darse cuenta de esto que decimos leyendo al Libertador. Así, el 23 de diciembre de 1822, escribía a Santander: "Anoche leí a Rousseau, hablando de la pequeña república de Ginebra, que la mole de un grande estado se conserva y marcha por sí misma, y que la menor falta en uno pequeño lo arruina. Al instante eché la vista sobre la historia y encontré que los grandes imperios se han conservado indestructibles a pesar de las muchas guerras y sacudimientos, y que las pequeñas naciones, como Caracas, han sido sumidas en la nada por un conquistador, un mal ciudadano o un terremoto". Dos años después, desde Lima, decía al mismo Santander: "Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico. Hablo de Venezuela, mi querido país. Esta consideración me ocupa noche y día; porque contemplo que el primer desorden que allí nazca destruye para siempre hasta la esperanza, porque allí el mal será radical y penetra luego a la sangre". Y esto último, que aparecía en carta del 6 de enero de 1825, aparecía reforzado por un párrafo de otra carta, también dirigida a Santander, fechada el 23 de febrero (1825), el cual decía: "Decir a Vd.

que las revoluciones populares son contagiosas en grado superlativo es decir una pamplina que todo el mundo sabe. De Buenos Aires viene la revolución al Perú en triunfo y pasa hasta el Janambú en medio de aclamaciones. Es inútil decir a Vd. lo que es Venezuela y lo que puede hacer".

A medida que pasaban los días de ese año de 1825, más se preocupaba Bolívar por Venezuela. El 8 de mayo, desde Ocaña, volvía a escribir a Santander sobre "las intrigas y las ingratitudes de los señores venezolanos, que, a la verdad, son como Vd. dice, locos e ingratos en sus pretensiones de separarse de la unión, pues a ellos solos es a quien conviene; y si en algo conviene a la Nueva Granada es en evitar el peligro del incendio de Venezuela, que necesariamente va a arder el día después que se haga independiente. Juro a Vd. con la mayor sinceridad que más miedo le tengo a mi querida patria que a toda la América entera. Soy capaz de encargarme con más facilidad de la dirección de todo el Nuevo Mundo, más bien que de Venezuela. Los porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América Meridional son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera". Y para que no haya duda de que el miedo que manifestaba era miedo a que los venezolanos volvieran a desatar la guerra social, pedía en la misma carta que se le diera a Páez poder y confianza para que actuara enérgicamente contra "esos malvados, que, por una estúpida ambición, nos van a sepultar en una guerra de colores, o más bien van a destruir nuestra miserable especie". Al final de la carta, molesto, decía: "No debo, no puedo ni quiero más gobiernos y el que menos quiero es el de Colombia a causa de mis queridos compatriotas de Venezuela. Si la Nueva Granada estuviera aislada de Venezuela llenaría con esos abominables soldados de Boves; con esos infames aduladores de Morillo; con esos esclavos de Morales y Calzada".

Esa cólera, ese desprecio, esa indignación eran manifestaciones del amor desesperado, pues Bolívar sufría por Venezuela debido a que la amaba. Desde el Cuzco, el 10 de julio de ese mismo año de 1825, escribiendo a su tío Esteban Palacios, el alma apasionada del Libertador se desbordaba en emociones y sentimientos generosos y finos por Caracas. El mismo día, en carta al general Santander, volvía sobre el tema y decía que "más miedo le tengo a Colombia que a la misma

España", y en Colombia, a lo que temía era a Venezuela, puesto que anunciaba que se iría a Venezuela, "por supuesto, con muchas fuerzas y muchas facultades", porque su objeto "por ahora no es más que poner orden en Venezuela".

En el mes de septiembre —el día 2—, Bolívar escribía al general Salom diciéndole que "lo más importante en el día es no desprendernos de nuestros colombianos absolutamente, y sin embargo, mandar a Colombia 3.000 hombres para que mantengan en Venezuela el orden"; pero a Unanué, que no era ni militar ni venezolano —como lo era Salom—, podía explicarle su desconfianza, y lo hacía con estas palabras, del todo claras:

> Ya le he dicho a Vd. que no irá otra expedición a Colombia este año, sino la que debe embarcarse después de la toma del Callao en ese puerto; con la mira de llevar a Colombia alguna tropa que no pertenezca a Venezuela ni a Colombia tampoco, a fin de evitar cualquier desorden de parte de aquellos hombres de color, que no dejan de tener aspiraciones muy fuertes.

Para Bolívar, la guerra social era la guerra de razas, y en este mismo capítulo volvemos sobre ese punto; al hablar, pues, de las "aspiraciones muy fuertes" de "aquellos hombres de color" que podían producir "cualquier desorden", estaba manifestando sus temores de que volviera la guerra social a sacudir a Venezuela; y eso lo temía en 1825, casi al cumplirse once años de la muerte de Boves.

Sus temores provenían de que por entonces vivía pensando en Caracas, nostálgico de su tierra. A finales del mismo mes de septiembre —1825— escribía a Santander: "Probablemente yo quedaré un año en este país formando la creación de la república Bolivia. Pero después nada me detendrá más en el Sur. Yo voy a consolar a mis parientes y amigos de Caracas y también a descansar un poco en la vida campestre sin dejar de promover mil mejoras al hermoso país que Dios me dio"; y al general Francisco Rodríguez del Toro, familiar de su esposa muerta, le decía el mismo día: "Yo, ciertamente ansío por saber de su salud, la de su familia que amo como la mía misma y también la de mi querida Venezuela que adoro sobre todos las cosas". Al día

siguiente le escribía a Páez anunciándole que mandaría al general Lara a Venezuela con 3.000 hombres "a fin de poner ese país a cubierto de toda tentativa anárquica"; y terminaba diciéndole: "Mil leguas ocuparán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas: allí recibí la vida, allí debo rendirla: y mis caraqueños serán siempre mis primeros compatriotas. Este sentimiento no me abandonará sino después de la muerte". Ese día, el Libertador dictó varias cartas con párrafos semejantes. Al coronel Diego Ibarra le decía: "...estoy mandando tropas de las que tenemos en el Perú, que tú bien conoces... porque estoy determinado a irme para Colombia a fines del año entrante, llevando 7 u 8.000 hombres, para fijarlos en Venezuela. Con estos buenos soldados podremos asegurar la tranquilidad de nuestra querida patria, cuidar nuestras familias y vivir en paz y sosiego".

De golpe, toda esa preocupación, todo ese miedo a la guerra social venezolana pareció desvanecerse, y durante meses —casi ocho— el alma del Libertador estuvo tranquila. Pero al finalizar mayo de 1826, cuando empezaron a llegarle noticias de la rebelión de Páez contra el congreso de Colombia, su preocupación resurgió con más fuerza que antes. Así, el 7 de junio, desde Magdalena, le decía a Santander:

> Si a Páez lo quieren estrechar los señores del Congreso para que vaya a Bogotá y él desobedeciere, yo no tengo la culpa de semejante desatino... Si la gente de color se levanta y acaba con todo, porque el gobierno no es fuerte, y la locura de todos los convida a tomar su puesto, yo no tengo la culpa. Si a Páez y a Padilla los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa. Estos dos hombres tienen en su sangre los elementos de su poder y, por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo.

Días después —el 23 del mismo mes de junio— le aseguraba a Santander que si a Páez "se le enciende la sangre, su sangre le sirve de mucho". "La plata y la sangre son los enemigos natos de Colombia", afirmaba. "Vd. duda una destrucción en aquella capital (Caracas), porque la masa del pueblo es buena y amiga del orden. Mi hermana me dice lo contrario, y piensa irse del país por temores que no serán

infundados, puesto que tiene que perderlo todo y nada tiene que llevar". Y ya casi terminando esa carta:

> Me alegro mucho de lo que Vd. me dice de Bermúdez. Ojalá que conserve su buena fama para que nos sirva en Venezuela del modo que lo ha hecho hasta ahora. No le hace falta más que una cualidad para ser perfecto, la sangre: quiero decir, que fuera como Padilla para que lo quisiese el pueblo.

¿Qué querían decir todas esas menciones de la sangre, con la palabra a menudo subrayada por el propio Bolívar?

Pues querían decir la raza. El Libertador se refería a que Páez, Padilla y otros muchos líderes militares eran pardos, zambos, mestizos, y por ser así, igual que la mayoría del pueblo, Bolívar entendía que el pueblo podría seguirlos si iniciaban una "guerra de colores". En cambio, Bermúdez tenía un defecto: no era pardo ni zambo; era blanco, y Bolívar entendía que la masa no seguiría a un blanco. A Santander le decía el 8 de julio —1826—: "...el que escape con su cara blanca será bien afortunado"; y a Sucre, casi tres años después —por lo que se ve que sus ideas no cambiaban en ese punto—, el día 28 de septiembre de 1829: "Siembre seremos de nacimiento punible: blancos y venezolanos. Con esos delitos no se puede mandar por estas regiones".

La tendencia del Libertador a ver la guerra de razas como causa fundamental, si no única, de la guerra social, le llevaba a olvidar que Boves y Morales, blancos puros, habían sido jefes de los ejércitos que hicieron la guerra social; que Antoñanzas, Cervériz, Calzada, Monteverde, españoles y canarios, no eran mestizos, aunque los mantuanos no consideraban a los canarios blancos de buena ley. En su discurso de Angostura, Bolívar había hecho mención de los ilotas de Esparta, pero no recordaba que esos siervos no habían sido negros ni mestizos. El hecho de que la guerra social de Haití y Venezuela hubiera sido hecha por negros y mestizos, confundía a Bolívar, de juicio siempre tan objetivo, pues en la historia había habido muchas guerras sociales que no tuvieron en su seno el ingrediente de las guerras de razas; la más cercana de todas había sido la de Francia, que no menos sangrienta que la de Venezuela porque hubiera sido hecha

por blancos del pueblo contra blancos de la aristocracia, sino porque rápidamente encontró su cauce y pasó a convertirse en la guerra de la nación francesa contra los países feudales de Europa.

Bolívar tenía razón en un punto: la guerra social se produciría de nuevo en Venezuela. Pero no era necesario ser pardo o zambo para encabezarla; podía hacerlo también un blanco, la prueba era que Boves, asturiano, no tenía una gota de la sangre de Páez ni de Padilla, y había sido el jefe de la guerra social que tan profundas huellas dejó en Bolívar.

Si nos dedicáramos a recoger todas las menciones, las alusiones y las disquisiciones del Libertador sobre la posibilidad de que Venezuela volviera a ser la víctima de una guerra social, llenaríamos página tras página con ellas. Leyendo lo que él mismo dijo, no puede quedarle a nadie la menor duda de que durante todo lo que le quedó de vida, Bolívar tuvo miedo de que la guerra social se renovara. Pero tampoco debe haber dudas de que el origen de ese miedo estaba más allá de las experiencias que vivió en los años de 1812 a 1814. El origen estaba en su amor a Venezuela, y más que a Venezuela toda, a Caracas. No quería ver a Caracas bajo el terror de las hordas porque la amaba con pasión.

El general Andrés de Santa Cruz no era venezolano; ni siquiera conocía Venezuela, de manera que si Bolívar se desahogaba con él exponiéndole sus sentimientos para Venezuela, no lo hacía con fines políticos. El 26 de octubre de 1826, el Libertador le escribía a Santa Cruz y le decía:

> Yo tengo demasiadas atenciones en mi suelo nativo, que he descuidado largo tiempo por otros países de América: ahora que veo que los males han llegado a su exceso, y que Venezuela es la víctima de mis propios sucesos (éxitos, Nota del autor), no quiero más merecer el vituperio de ingrato a mi primitiva tierra.. . Yo voy a hacer todo el bien que pueda a Venezuela sin atender nada más.. . Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y

> memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¿Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración? Sí general, sirvamos la patria nativa, y después de este deber coloquemos los demás.

Por fin, su corazón estalla, y el 15 de noviembre (1826) le dice a Páez:

> Ya estoy en la capital de la república y lleno de celo por salvar a Venezuela y a Vd. He sabido todos los males que padece mi país nativo, los peligros que corren mis primeros y más queridos amigos y compañeros de armas, los que me han dado gloria y me han llevado hasta el Potosí, los hijos de Venezuela, aquellos que han formado montones de cadáveres en sus propios cuerpos para elevarme sobre América. ¿Podría yo ser insensible a sus dolores? ¿Podría yo dejar de aliviarlos hasta con mi sangre?

Y casi inmediatamente confiesa, a medias, la razón de ser de todas sus luchas fuera de Venezuela: ha ido hasta los Andes del Sur libertando pueblos para salvar a Caracas, para evitarle el mal que él ha visto siempre agazapado en sus entrañas. Y dice:

> En el día no tengo más mira que servir a Venezuela; demasiado he servido a la América; ya es tiempo, pues, de dedicar a Caracas todo mi conato (atención, N. del A.), toda mi solicitud; por Caracas he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido a Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que pudiera ser dichosa: mi primer deber es hacia ese suelo que ha compuesto mi cuerpo y mi alma de sus propios elementos, y en calidad de hijo debo dar mi vida y mi alma misma por mi madre.

Seguramente hubiera sido más explícito si le hubiera estado escribiendo a otra persona. Pero a Páez no podía decirle que había luchado

para salvar a Caracas de la guerra social, de la "guerra de colores", pues Páez llevaba el color de la sangre, "en su sangre". Como decía en esa misma carta, "he sido largo en esta carta y quizá demasiado libre y más que franco, pues nadie debe decirlo todo de una vez".

Él no lo dijo todo de una vez. Por ejemplo, no podía decir en esa carta que estaba escribiéndola precisamente por miedo a que el propio Páez usara su prestigio de caudillo mestizo para levantar bandera de guerra contra Colombia, que era decir contra Bolívar, y se llevara tras sí a los llaneros de Boves, a quienes el Libertador consideraba ávidos de botín e impacientes por destruir lo poco que había quedado en pie al paso del feroz jefe asturiano.

El amor a Caracas mantenía en Bolívar el miedo a la guerra social.

## *XVI. LA CORZA HERIDA*

La idea de enviar expediciones libertadoras a Cuba y a Puerto Rico comenzó a producirse en Bolívar de manera extraña, sin duda estimulada por algunos cubanos que estaban pensando en la libertad de su isla y al mismo tiempo por razones de utilidad política, pero la idea estaba al mismo tiempo frenada por los arraigados temores del caudillo caraqueño a la guerra social. Esto último era sobre todo en relación con Cuba, debido al alto número de esclavos que había allí.

El Libertador escribió desde Pativilca a Santander el 25 de febrero de 1824 esta simple recomendación: "Vea Vd. si se puede hacer algo contra la Habana"; y no volvió a ocuparse más del asunto sino diez meses después, el 20 de diciembre, cuando le dijo al mismo Santander, escribiendo desde Lima:

> Me parecía bien que el gobierno de Colombia, por los medios que juzgue a propósito, intimase a la España que si en tanto tiempo no reconocía la independencia de Colombia y hacía la paz, estas mismas tropas irían inmediatamente a la Habana y Puerto Rico.

En ese párrafo se advierte que Bolívar pensaba amenazar a España con llevar la guerra a Cuba y Puerto Rico, no que estuviera dispuesto a hacerlo. Y a seguidas explica las razones, aunque en forma velada:

> Más cuenta nos tiene la paz que libertar esas dos islas: J'ai ma politique à moi. La Habana independiente nos daría mucho que hacer, la amenaza nos valdrá más que la insurrección. Yo tengo mi política. Este negocio bien conducido puede producirun grande efecto.

Dentro de un momento vamos a analizar los párrafos que acabamos de copiar; ahora debemos ocuparnos del último, en el cual se nota una inclinación de Bolívar a pasar de la amenaza con fines políticos a la acción con otros fines si la amenaza no surte efecto. Dice él a seguidas del último párrafo copiado:

> Si los españoles se obstinaren, Sucre puede ir a una parte, y Páez a otra, porque ambos están animados del mismo, deseo.

Volvamos atrás. ¿Qué quiso decir Bolívar con eso de que "la Habana independiente nos daría mucho que hacer"; con ese "J'ai ma politique à moi" y su inmediata traducción al español, "Yo tengo mi política", ambas expresiones subrayadas por él mismo? ¿Qué quiere decir al escribir que "este negocio bien conducido puede producir un grande efecto".?

La frase "*J'ai ma politique à moi*" será usada otra vez por Bolívar en la misma carta al decir que "las tropas del Magdalena y de Venezuela no deben volver allá" sino que "deben quedarse en el Sur"; es decir que tiene las mismas razones políticas para no devolver a Venezuela las tropas venezolanas que las que tiene para no libertad a Cuba. Y esas razones quedaron ampliamente explicadas en la carta que envió a Santander desde Arequipa el 20 de mayo de 1825. Son éstas:

> No se olvide Vd. jamás de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos, y tercera no libertar a la Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar a los extremos del Sur y del Norte; y sin el establecimiento de una nueva república de Haití. Los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes; y, por lo mismo, terribles. Con respecto a la Habana, nos conviene decir a España, que si no hace la paz, pronto estará privada de sus dos grandes islas. Ya he dicho a Vd. antes esto mismo; y lo repito por si acaso no ha llegado a manos de Vd. mi carta. El general Sucre tiene muchas

> ganas de que se verifique la expedición; pero yo no he podido verlo aún para explicarle mis ideas.

Esas ideas que el Libertador no había podido explicarle a Sucre eran una sola: que Cuba podía convertirse en una nueva Haití; por eso, a pesar del entusiasmo de Sucre, Bolívar no era partidario de que la expedición se llevara a cabo, y por eso la tercera advertencia que le hacía a Santander era "no libertar la Habana", y la primera "que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata".

Para comprender esa mención del Río de la Plata debemos volver al Capítulo XV de este libro y releer los párrafos que copiamos en ese capítulo de las cartas que envió el Libertador a Santander el 23 de febrero y el 8 de mayo de 1825. En uno de la primera carta dice que de "Buenos Aires viene la revolución al Perú en triunfo"; en uno de la segunda asegura que los "porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América Meridional son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera". En las provincias del Río de la Plata —hoy Argentina— estaban entonces en marcha la guerra social, una guerra social tan cruel como la de Venezuela, ésa que Sarmiento describió después tan estupendamente en su "Facundo"; y si se organizaba la Liga o Anfictionía americana con que soñaba Bolívar, éste no podía pensar siquiera que entrara en ella un pueblo que estaba haciendo la guerra social. Por lo demás, en los papeles de Bolívar abundan los párrafos en que compara la situación del Río de la Plata con Venezuela.

En relación con el envío de tropas a Cuba, el 21 de octubre de 1825 el Libertador le recordaba a Santander que la liberación de la hermosa isla del Caribe no convenía "por las razones de marras", es decir, las ya expuestas; y el 11 de noviembre, a las noticias de que había ejércitos españoles en Cuba listos para ser lanzados sobre México, decía que en caso de necesidad él llevaría 6.000 colombianos y 4.000 peruanos a combatir, "...pero entienda Vd. que yo prefiero ir a Méjico a la Habana por las razones de marras".

Bolívar mantuvo esa actitud algún tiempo, a pesar de que por los informes que le llegaban parecía que España estaba organizando un ataque a Colombia desde Cuba y a pesar de que las divisiones entre

el congreso colombiano y Páez podían facilitar el ataque de la antigua metrópoli. Y de pronto, en enero de 1827 —el día 25—, estando en Caracas, le escribe al general Pedro Briceño Méndez la siguiente larga posdata:

> La noticia que acabo de recibir de la guerra entre la Inglaterra y el Portugal me ha determinado a llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico y ya comienzo a tomar mis medidas para llevar a cabo esta empresa útil al país y gloriosa para nuestras armas. Así, Vd. no debe disponer de la "Ceres" como digo, arriba, sino ponerla inmediatamente en carena para que pueda servir en la expedición. El batallón Granaderos debe también ponerse en el mejor pie posible; aumentarse y disciplinarse. Éste es uno de los cuerpos con que yo cuento y tal vez el primero para llenar esta empresa; empresa que nos va a asegurar la estabilidad interior, y adquiriremos un renombre inmortal. Esta expedición nos va a dar la ventaja de hacer más fuerte y duradera la reconciliación en que trabajamos. Aun cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente. Sacaremos amigos y enemigos mutuos, y allá se hacen amigos tiernos en el seno de la guerra y de los peligros.

Lo primero que se nota en esas palabras de Bolívar es que su sentido de la oportunidad política lo lleva a sacar provecho de una guerra internacional; lo segundo, es que se prepara para llevar sus fuerzas a Puerto Rico, no a Cuba. Dice que aun "cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente", y antes ha dicho que está "determinado a llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico". En las tres advertencia hechas a Santander en mayo de 1825, la tercera era "no libertar a la Habana" para no contribuir al "establecimiento de una nueva república de Haití", y en 1827 se prepara para enviar sus soldados a Puerto Rico pero no a Cuba.

La explicación es simple: en Puerto Rico no había una proporción tan alta de esclavos como en Cuba; en Puerto Rico no había peligro de que se desatara una guerra social.

Cuando conocemos la permanente angustia de Bolívar por su temor al resurgimiento de la guerra social en Venezuela, comprendemos sin dificultad el sentido de muchas frases que figuran en la posdata de la carta al general Briceño Méndez; entendemos por qué la expedición sobre Puerto Rico "va a asegurar la estabilidad interior", va "a hacer más fuerte y duradera la reconciliación de que trabajamos"; se sacarán de Venezuela "amigos y enemigos mutuos (subrayado de Bolívar), que allá —en Puerto Rico—, "en el seno de la guerra y de los peligros" se harán "amigos tiernos". Todas esas frases querían decir que el Libertador pensaba aprovechar la oportunidad de una expedición sobre Puerto Rico para sacar de Venezuela a los generales, que tenían posibilidades de encabezar una nueva guerra social.

En los días siguientes al 25 de enero de 1827 —fecha de la carta a Briceño Méndez— Bolívar escribió varias a distintas personas tratando el punto, pero es en la que dirigió el 5 de febrero a Sucre donde se encuentra la clave de lo que acabamos de decir. En esa carta, el Libertador anunciaba a Sucre que la expedición a Puerto Rico iba a constar "de 5 a 6.000 hombres, todos veteranos y mandados por el general Páez. Padilla mandará la marina". Páez y Padilla eran, en opinión de Bolívar, los dos hombres llamados a ser jefes de una guerra social.

En cuanto a Cuba, Bolívar seguía viendo su liberación como asunto de peligro y le decía a Sucre que después "veremos qué es lo que se puede hacer sobre la Habana". Sus recelos acerca de Cuba no amenguaban. En todo lo que podía significar una amenaza de guerra social, Bolívar fue invariable después de la experiencia que tuvo en Venezuela y de lo que vio en Haití.

El mismo día que le escribía a Sucre le escribía a Santa Cruz en términos iguales; sin embargo, al general Urdaneta le decía otra cosa; le decía que el día anterior habían llegado noticias de Europa, que "no había guerra entre Inglaterra y Portugal" y, por lo mismo, tampoco tendría lugar la expedición a Puerto Rico. "Suspenda Vd. todos los preparativos hasta otra orden".

Poco a poco, a partir de esa carta a Urdaneta, van alejándose las posibilidades de enviar una expedición a las Antillas españolas, y por tanto poco a poco va alejándose de la mente del Libertador la idea de librarse

de los probables caudillos de la guerra social venezolana sacándolos de Venezuela. Como un último resplandor de las esperanzas que había tenido de usar el pretexto de una expedición a las islas españolas para librar a Venezuela de peligros, el 28 de febrero escribía a Sucre diciéndole que si la guerra entre Inglaterra y Portugal se producía: "mi objeto es mandar una expedición a la Habana, que nos dará la ventaja de descargarnos de los gastos que nos causan en este país las tropas que lo guarnecen y darles abundancia por miseria, gloria por ocio. Si no tiene lugar la guerra, entonces pienso licenciar a todos los cuerpos y dejarlos en cuadro".

En esa carta hablaba de "expedición a la Habana", pero ya él sabía que no había guerra, la guerra que él consideraba necesaria para actuar. La contienda entre Inglaterra y Portugal no se había producido, y la noticia de la expedición había provocado algunos desórdenes entre soldados que temían ser enviados a Puerto Rico. Ya los soldados del ejército libertador no querían seguir liberando países; querían el premio de sus hazañas, y a eso era a lo que temía Bolívar, a que buscaran el premio por sí mismos y dentro de Venezuela. "Estas tropas están corrompidas por la guerra y la revolución", decía a Páez el 16 de marzo.

En esos días, preocupado seriamente por la indisciplina militar, Bolívar estuvo moviendo tropas de un sitio a otro de Venezuela; mandó a Mariño a Carúpano "a reprimir los desórdenes del batallón Reformador, que está compuesto por unos verdaderos bandoleros"; y mientras Mariño iba a Carúpano, "pidió Monagas auxilios contra unos pueblos que se le habían rebelado, y el general Rojas no los pudo mandar de "Boyacá" (otro batallón, N. del A.), porque temía lo mismo en aquellos cantones, por lo que he tenido que mandarle refuerzo de tres compañías del Callao y Anzoátegui".

El Libertador pidió a Páez que castigara "severamente a los facciosos y rebeldes". Decía: "Yo me acuerdo que Boves hizo godos a todos los patriotas y también me acuerdo que el terror ha hecho a los godos patriotas; porque los malvados no tienen honor ni gratitud, y no saben agradecer, sino temer. Los que se han criado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes bajo la autoridad de los principios liberales. Yo estoy resuelto a todo: por libertar a mi patria declaré la guerra a

muerte, sometiéndome, por consiguiente, a todo su rigor: por salvar este mismo país estoy resuelto a hacer la guerra a los rebeldes aunque caiga en medio de sus puñales. Yo no puedo abandonar a Venezuela al cuchillo de la anarquía. Debo sacrificarme por impedir su ruina. No hay otro partido".

Hasta el final de sus días, Simón Bolívar tuvo esa preocupación. En las vísperas de su muerte profetizaba que "este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos imperceptibles de todos colores y razas".

El 10 de noviembre de 1824 lo dijo con hermosa lengua en carta escrita a don Fernando Peñalver: "Semejante a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio".

La flecha era la suma de elementos anárquicos y de injusticia que harían estallar de nuevo la guerra social. Y la guerra social estalló de nuevo, tal como lo temía Bolívar, aunque no en vida suya. Fue el 23 de febrero de 1859, cuando vivían aún Páez y los Monagas y muchos de los capitanes que hicieron con él la guerra de la libertad.

La llamada Guerra Federal duró cinco años y costó casi tantas vidas y tanta destrucción como la de 1812-1814. Su gran jefe no fue José Tomás Boves, el asturiano, sino Ezequiel Zamora, el venezolano. Bolívar, pues, había estado en lo cierto.

La guerra social venezolana de 1812-1814, que Bolívar logró convertir, con enormes esfuerzos y gracias a su capacidad y persistencia, en guerra de independencia, fue destructora en alto grado; y hay que achacar a la destrucción de esa guerra una parte importante en el fracaso de Colombia, pues una república tan vasta como la que quiso organizar el Libertador demandaba esfuerzos y capacidades que el país no podía proporcionar después de tanta devastación y tanta muerte. En cuanto a Venezuela, escenario de la guerra social, quedó sin medios humanos y sin capitales para desarrollarse, y esa falta de desarrollo se prolongó durante más de un siglo después de la muerte de Bolívar.

Tal como lo había previsto Bolívar, Venezuela cayó en manos de la multitud desenfrenada —pues eso fue, en verdad, la llamada Guerra Federal— y en las de tiranos de todas las categorías. Primero fueron los

Monagas, capitanes de la independencia; luego fue Guzmán Blanco, fruto de la Guerra Federal; después fue Cipriano Castro, a quien alguien llamó "el mono lúbrico"; tras él llegó Juan Vicente Gómez, un iletrado de los Andes, y por fin Marcos Pérez Jiménez, un general que en los ejércitos de Bolívar apenas hubiera pasado de teniente. Más de sesenta años de vida de Venezuela estuvieron dominados por esos tiranos a quienes el Libertador describió vívidamente mucho antes de que apareciera el primero.

En verdad, semejante a la corza herida, Venezuela llevaba en el seno una flecha emponzoñada. Si esa flecha no la mató, se debió a que los pueblos no perecen fácilmente, sobre todo cuando tienen padres como Simón Bolívar, cuyo recuerdo les ayuda a vivir en medio de los mayores infortunios.

# Conclusiones

## *XVII. RESUMEN*

La llamada guerra de independencia de Venezuela, que terminó con el establecimiento de la República de Colombia –formada con los territorios de lo que hoy son Venezuela, Colombia y Ecuador – comenzó siendo y fue, durante casi tres años, una guerra social de características peculiares y de poder destructor pocas veces visto.

En la guerra social venezolana las masas no luchaban por la independencia del país sino para vengar agravios que habían estado padeciendo durante veintena de años a manos de los nobles terratenientes blancos, en su mayoría criollos, quienes habían iniciado la lucha por la independencia con el propósito de conquistar el poder político para asegurarse los privilegios que habían alcanzado en la colonia. Esos nobles criollos eran llamados por el pueblo los mantuanos.

En los tiempos anteriores a la proclamación de la independencia de Venezuela, los monarcas Borbones españoles habían ofrecido oportunidades de ascenso en la escala social a ciertos sectores que sufrían de parte de la aristocracia venezolana persecuciones de índole racial, social y económica. Por esa razón esos sectores eran enemigos a muerte de la nobleza del país, y cuando ésta proclamó la independencia encabezaron a las masas de esclavos, negros libres y mestizos en una guerra en que tomaron el lado de España. Fue el apoyo de estas masas lo que le permitió al capitán de fragata Domingo Monteverde destruir en una campaña de pocos meses la primera república de Venezuela, establecida por el mantuanismo en el mes de julio de 1811.

El jefe español logró la victoria sobre los republicanos en julio de 1812, pero las medidas que Monteverde tomó contra los mantuanos de Caracas no fueron tan enérgicas como lo esperaban las masas y en consecuencia esas masas le retiraron su apoyo. Colocado en un vacío político, Monteverde tuvo que retirarse ante Santiago Mariño, que había invadido Venezuela por el este en el mes de enero de 1813, y no pudo hacer frente a Simón Bolívar, que a mediados del mismo año atacó por el oeste.

Tanto Mariño como Bolívar guerreaban para establecer de nuevo la república y los dos eran mantuanos de origen.

Las masas del país, que le hicieron el vacío a Monteverde, se lo hicieron también a los dos generales republicanos y se organizaron bajo el mando de José Tomás Boves, el gran caudillo de esa primera guerra social venezolana. Con Boves a su frente, negros esclavos y negros libres, pardos, indios y zambos y "blancos de orilla" devastaron al país y exterminaron a la nobleza criolla en una orgía de sangre, lanza y fuego que se conoce en la historia como el Año Terrible de Venezuela. Esa guerra social terminó con la muerte de Boves, ocurrida a fines de 1814 en la batalla de Urica.

Entre los años de 1815 y 1816, los hombres de Boves, dispersados por la falta de su caudillo fueron agrupándose en torno a pequeños jefes republicanos, y cuando esos capitanes reconocieron a Bolívar como su jefe superior –lo cual sucedió de manera definitiva al finalizar el año 1816–, comenzó la verdadera guerra de independencia de Venezuela. Fue el apoyo de las masas guerreras que habían seguido a Boves, conferido ahora a través de los nuevos caudillos regionales, lo que le permitió a Bolívar dar a la guerra que él quería hacer el sentido nacional que había tratado de darle, en vano, desde 1813.

La guerra social de Venezuela impresionó a Bolívar en tal forma que en los diecisiete años de vida que le quedaron a partir de 1813 tuvo presente cada día la terrible lección que había recibido de ella, y en todo momento actuó con su portentosa energía para evitar que la guerra social venezolana tuviera un resurgimiento.

La ejecución de Piar se debió a que el general Piar amenazaba comenzar una segunda parte del Año Terrible; los ejércitos liberadores de Venezuela fueron llevados a Nueva Granada, a Quito, al Perú y al Alto Perú, porque lejos del país que habían devastado bajo el mando de Boves no podrían repetir la hecatombe de la guerra social en Venezuela. Cuando ya no había tierras continentales donde enviar esos ejércitos, Bolívar pensó mandarlos a Puerto Rico y quizá a Cuba para mantenerlos ocupados lejos de Venezuela. En cartas, proclamas y discursos del Libertador abundan las pruebas encubiertas o explícitas de lo que aquí se afirma.

Como los complejos móviles de esa primera guerra social venezolana no podrían apreciarse sino se conocieran las causas que

originaron el distanciamiento entre la nobleza y las masas del país, hay que estudiar la evolución económica y social de la provincia venezolana a partir de principios del siglo XVIII, que fue cuando comenzó a desarrollarse como una sociedad de tipo oligárquico, terrateniente y esclavista, en la que la minoría dominante estableció normas rígidas de intolerancia fanática. Por eso la primera parte de este libro está dedicada a reseñar la evolución venezolana a partir de los inicios del siglo XVIII.

El rebrote de la guerra social de 1812-1814, que Bolívar alcanzó a evitar mientras vivió, se produjo veintiocho años y dos meses después de su muerte, a fines de febrero de 1859, y duró más de cuatro años, hasta junio de 1863. Esa segunda guerra social –llamada en la historia de Venezuela Guerra Federal– fue de consecuencias tan desastrosas como la primera. Muchos de los soldados de Boves participaron de ella en el bando revolucionario o en el opuesto.

La Guerra Federal no fue hecha por los mismos hombres que hicieron la de 1812-1814, pero como se debió a las mismas causas que provocaron la anterior, es en cierta medida, una continuación de aquélla. El Libertador quiso eliminar sus causas, y no pudo hacerlo debido a que se lo impidieron las circunstancias políticas y económicas de su época.

En esa imposibilidad de Bolívar para evitar en el porvenir de Venezuela una nueva guerra social es donde quizá esté la explicación de la terrible soledad en que vivió, y vive aún, como personaje histórico.

La conclusión final de este libro es que el establecimiento de la República de Colombia y la libertad del Perú y del Alto Perú –hoy Bolivia– son el resultado de la guerra social venezolana de 1812-1814. Por miedo a que esa guerra, de ferocidad suma, pudiera reproducirse en Venezuela, Bolívar sacó de su país a los soldados del ejército libertador y los llevó a combatir hasta los Andes del Sur.

Fueron, pues, presiones políticas más que concepciones estratégicas de mero tipo militar lo que hicieron de Bolívar, Libertador de Venezuela, un fundador de repúblicas americanas.

Aguas Buenas, Puerto Rico,
Abril de 1964

# ÍNDICE

EDICIÓN DIGITAL
febrero de 2018

Caracas - Venezuela

# BOLÍVAR
Y
# LA GUERRA SOCIAL

JUAN BOSCH

En esta obra el autor valora el sentido de la oportunidad política impreso en cada una de las palabras de Simón Bolívar. Al mismo tiempo, narra la guerra social venezolana que transcurrió entre 1812 y 1814 como un fenómeno que impresionó al Libertador de tal manera que, durante los años restantes de su vida, empeñó todas sus fuerzas en promover la unión y neutralizar los elementos que pudieran generar el resurgimiento de un nuevo enfrentamiento social.

Juan Bosch (1909-2001), escritor, historiador, poeta y político dominicano es reconocido como una de las grandes personalidades latinoamericanas del siglo XX.

9 789801 434085

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura